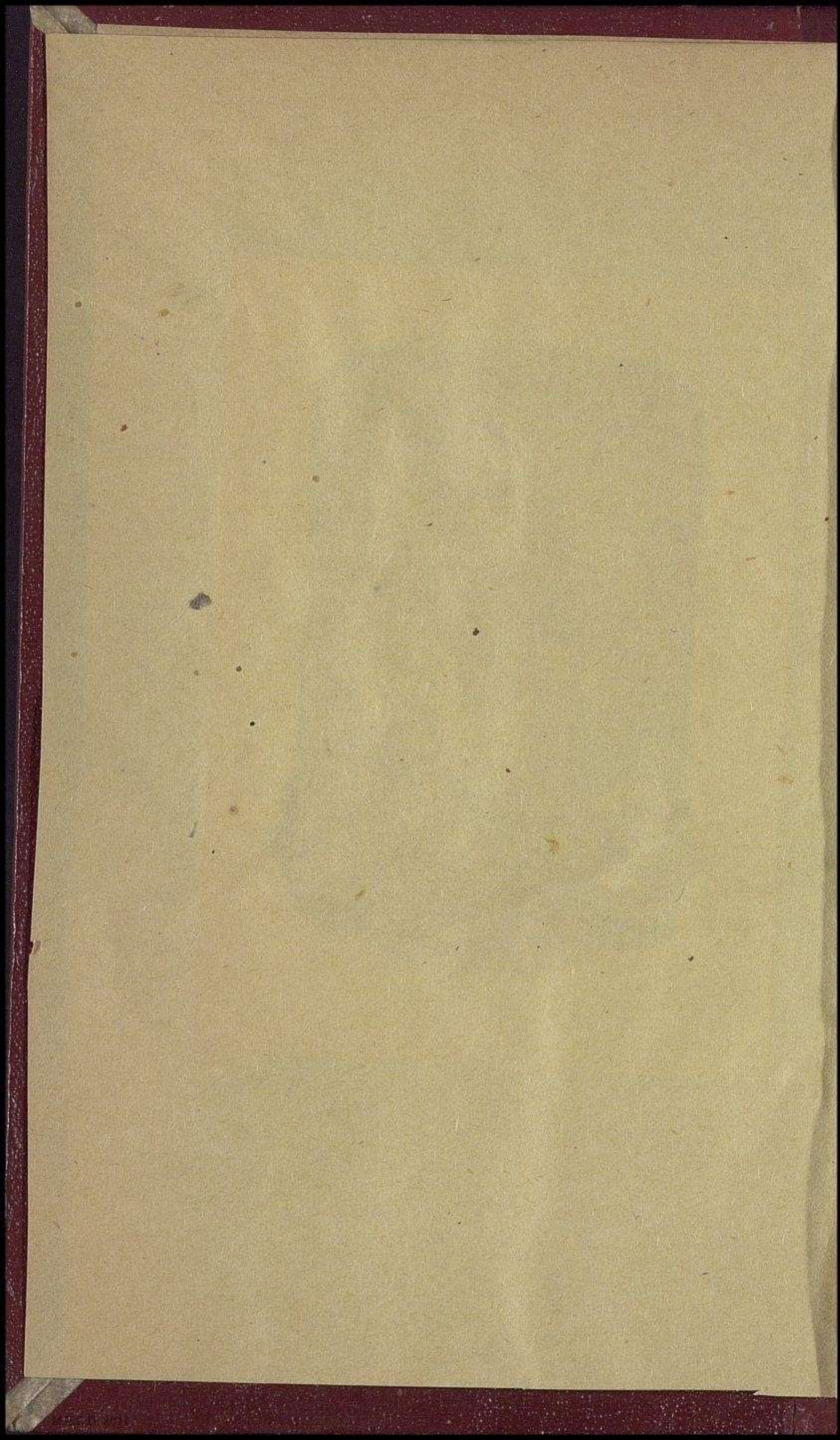


AECID-BH  
  
BH000000102310

3000 per

LA  
AUSTRALIA















PRECIO: UNA PESETA EL TOMO EN TODA ESPAÑA

H. PERRON D'ARC

LA

# AUSTRALIA

AVENTURAS DE VIAJE



MADRID

URBANO MANANIK, EDITOR

CALLE DE RECOLETOS, 7







URBANO MANINI, EDITOR

---

V 39 (9)  
Per

LA AUSTRALIA



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO

LA BIBLIOTECA



URBANO MANINI, EDITOR, MADRID

---

LA  
AUSTRALIA

SUS MINAS DE ORO,

SUS TRIBUS, COSTUMBRES, RELIGION Y TRADICIONES

AVENTURAS DE VIAJE

DE

H. PERRON D'ARC



ADMINISTRACION

CALLE DE RECOLETOS, NÚM. 7

MADRID



Esta obra es propiedad de  
D. Urbano Manini, y nadie sin  
su consentimiento podrá reim-  
primirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que  
marca la ley.



I. C. H.

IMPRESA DE SANTOS LARXÉ, CALLE DE HORTALEZA, 128.

8

80360



---

## INTRODUCCION

---

El gran territorio oceánico, llamado al principio *Austral* (1605), despues *Nueva Holanda* (1642), y bautizado por los modernos viajeros con el nombre de *Australia*, no es propiamente hablando más que una isla; pero esta isla es tan superior en extension á todas las demás, que los geógrafos no vacilan en clasificarla entre los continentes.

Separada de la Papuasias al Norte por el estrecho de Torres, de la Tasmania al Sur por el estrecho de Bass, de la Nueva Zelanda y de la Nueva Caledonia al Este por un canal de cuatrocientas leguas de longitud, está bañada al Oeste por el Océano índico.

Su superficie es de siete millones ochocientos mil kilómetros cuadrados, la vigésima parte de la superficie habitable de nuestro globo.



Así es que mientras que uno de los extremos de su arco por el Septentrion se calcina bajo los abrasadores rayos de un sol tórrido, el otro, es decir, la region del Sur, se ve favorecida por las brisas frescas de la zona templada.

Los primeros navegantes que llegaron á las costas meridionales de la Nueva Holanda, admirados de la riqueza de su flora, de la enorme magnitud de sus árboles, y de la dulzura é igualdad de su clima, imaginaron que todo debia ser maravilloso en aquella tierra bendecida, que los rios debian participar de la magnificencia del país, y que en él encontrarían los productos botánicos de todas las latitudes.

Desgraciadamente quedaron defraudadas sus esperanzas, y aquellas playas felices que habian parecido á Hartighs, á Tasman, á Dampier y á Cook, como pertenecientes al Paraiso, fueron en breve abandonadas por los primeros colonos que se establecieron en ellas, porque no les ofrecian las ventajas necesarias para una ocupacion permanente, y las ilusiones despertadas por las narraciones de aquellos viajeros célebres, estuvieron á punto de no realizarse nunca.

El primer desengaño, el más grave, fué el que produjo la insuficiencia, la pobreza de los rios.

En Europa, en la India, y sobre todo en las dos Américas, los rios que se lanzan al mar, tienen la forma de torrentes impetuosos, ó poseen tal cantidad de agua, que destruyen cuantos obstáculos se oponen á su marcha febril.

En la Nueva Holanda sucede todo lo contrario. Descendiendo con rapidez de las montañas y formándose un cauce profundo en medio de los valles, todos en general carecen de afluentes importantes: pocos rios subalternos, pocos arroyuelos tributarios acuden á engrosar y á acelerar su curso. Por lo cual, reducido á sus



propias márgenes de arena, lentamente acariciadas por el mar al borde de la playa austral, que algunas veces tiene cincuenta metros sobre el nivel del suelo, le ofrece en casi todas partes barreras indestructibles, le rechaza obstruyendo su desembocadura, le convierte en pantanos, y hace imposible toda comunicacion directa entre el mar y el interior del territorio.

Y como si estos fuertes terrenos que se elevan á lo largo de las costas como murallas compactas, no hubiesen parecido al hada que guarda la Australia suficientes barreras para impedir toda aproximacion, toda violacion de domicilio, ha llenado de arrecifes y bancos de coral el reducido número de desagües que han formado los rios para llegar hasta el Océano.

Los corales desempeñan una mision muy importante en los mares del Sur, y el papel mudo y gigantesco que representan en el fondo de las aguas, ha contribuido en gran manera á la composicion geológica del gran país que nos ocupa, para no consagrarle algunas frases, si quiera sea de pasada.

Entre los fenómenos más extraños de los mares calientes, el que más llama nuestra atencion desde luego, es el que formen dichos corales animales sin vísceras, arbustos sin hojas, piedras y plantas á la vez, que se reproducen y se propagan aglomerándose en repúblicas estrechamente unidas las unas á las otras, formando la base de nuevos mundos. Estos infatigables trabajadores han formado alrededor de la Nueva Caledonia un arrecife de novecientos kilómetros, al Este de la Nueva Holanda han formado un banco de mil seiscientos kilómetros de extension, y el archipiélago Peligroso, que tiene el mismo origen, mide dos mil kilómetros de longitud por una latitud sobre poco más ó ménos igual. ¿No son estos los primeros fundamentos de futuros continentes?

Semejantes productos petrificados de ramificaciones



invasoras que Dios emplea para llenar el fondo de los mares, sirven á la mujer para hacerse pendientes, anillos, collares y otros varios adornos.

Hemos dicho que el primer desengaño le produjeron los rios. Los árboles continuaron su obra, demostrando que aunque eran muy bellos, eran muy inferiores á las esperanzas que habian hecho concebir.

Aquellos vejetales tan grandes, tan gigantescos, tan majestuosos en su apariencia, vistos de lejos, perdieron mucho de su prestigio cuando fueron examinados de cerca. De dudosa utilidad en su mayor parte, algunos como el wi-waga poseen cualidades terribles, su contacto paraliza; otros por la original estructura de sus hojas no dan sombra alguna; por último, sus frutos eran escasos. Los viajeros andaban dias enteros sin descubrir un fruto sabroso, sin hallar una planta comestible. En su ignorancia completa de los productos del país, los primeros exploradores no hallaban nada que comer en aquel espléndido territorio.

En vista de esto, comprendieron que la Pomona Austral era una mentira, y que la Australia entera era un país en el que reinaban constantemente la sed y el hambre.

La verdad es que en la Nueva Holanda no hay un árbol alimenticio; que algunos de los que crecen naturalmente, en los demas archipiélagos oceánicos á igual latitud no se encuentran en sus colinas, en sus llanuras ó en sus valles.

En aquel vasto territorio, los cabos, los golfos, los promontorios han sido visitados, todo cuanto bañan las olas es conocido; pero hasta los últimos años nadie ha penetrado en el interior, nadie ha podido explicar las maravillas de aquella parte del mundo.

¡Cuántas vidas ha costado esta exploracion!

Ha sido necesario que la Europa supiera que encer-



raba oro en sus entrañas, para que la ambicion del hombre, desafiando los peligros, llegase á conocer perfectamente el país.

A partir de este instante acudieron multitud de colonos: llevaron ganado de Europa, que se ha multiplicado, y la civilizacion europea es completamente conocida en aquel territorio vírgen.

Melbourne, esa hermosa capital de la Australia, brota del suelo como por encanto. La colonia de que se convierte en capital, toma el nombre de Victoria.

Los colonos se dividen el país en zonas inmensas, y se diseminan en el Buisson: los rebaños que llevan hasta allí y que pastan las hermosas yerbas, se multiplican con tal rapidez, que habiendo exportado en 1840 ciento noventa y cinco mil libras de lana, cinco años despues subió su cifra á ochocientas mil libras. En la actualidad Melbourne, reina de las provincias del Oeste, exporta todos los años ella sola más de veinticinco millones de kilogramos; pero, como he indicado, el gran desarrollo de este país data desde el 3 de Abril de 1851 en que Hargraves encontró oro en la pantanosa falda del Sommer Hill. En el mes de agosto del mismo año, un carretero, cuyo nombre se ignora, encontró tambien oro al pié del monte Anderson en Melbourne (1).

Desde aquel momento los destinos de la Australia se cumplieron.

El metal precioso que encierra en su seno, agitó á la Europa entera, é hizo de aquella lejana region una tierra prometida llamada á ser en breve tiempo uno de

---

(1) El 14 de Agosto de 1851, un carretero, al atravesar un terreno pantanoso, tuvo que detenerse porque la rueda de su carro se hundió en un bache del camino. Comenzó á cavar la tierra para poder sacar la rueda de aquel atolladero, y con el pico que manejaba sacó un pedazo de oro que pesaba 32 onzas.



los países más importantes, más prósperos y más libres del mundo entero.

Apuntadas estas breves ideas sobre la situación de la Australia, voy á narrar las impresiones de mi atrevido viaje al interior de este país, seguro de ofrecer á los lectores en mi relato el atractivo de la novedad, de lo imprevisto y hasta de lo maravilloso.

---



---

## CAPITULO I

---

Terrenos auríferos.—Fogatas.—El poder de las carabinas —Demanda de auxilio.—  
Tres desgraciados.

A últimos del mes de Junio de 1852, ocurrió un suceso extraordinario en los terrenos auríferos de Mongagap.

Una tarde, poco antes de ponerse el sol, las cimas de las montañas que limitaban el horizonte, se iluminaron como otros tantos faros; llamas rojizas se elevaron del mismo modo desde las profundidades de los valles, y durante tres noches consecutivas no cesaron estos signos luminosos.

¿Qué significaban aquellos siniestros resplandores? ¿Cuál era la causa de aquellos incendios?

¿Era por ventura que los buscadores de oro trataban de abrirse un camino á través de los espesos árboles del *Buisson*?



¿Eran los nagarnooks y los nagotaks, dos poderosas tribus, que reunidas se aprestaban á atacar á los europeos residentes en aquella parte de la Australia?

No podíamos explicarnos la causa de aquellas inmensas fogatas.

Delante de nosotros, á derecha y á izquierda ocultos en los pliegues de las colinas, en las cimas pobladas de gomeros, en las gargantas de las sierras, en la profundidad de los barrancos, sabíamos que habia siempre espiándonos un centenar de indígenas, aguardando tal vez una ocasion para caer sobre nosotros y destruirnos.

Bien es verdad que á unos cincuenta kilómetros habia una colonia inglesa, que entre amos y criados contaba unas veinte personas, jóvenes, vigorosas y valientes.

Pero como nosotros ignorábamos los medios de que podrian valerse para atacarnos los aborígenas, y los recursos con que contaban para defenderse si éramos nosotros los que atacábamos, este era el motivo por el cual aquellas luminarias, recordando nuestro aislamiento y nuestra impotencia en medio de las selvas, nos llenaban de inquietud.

Sin embargo, podíamos respirar, porque hasta entonces no habíamos descubierto ninguno de los signos con que aquellos salvajes daban á entender su deseo de emprender la guerra.



En primer lugar, los bosques permanecían silenciosos, el viento no traía á nuestros oídos ningun aullido siniestro de los *yells*, perros del país, que azuzados por sus amos, hacen las veces del clarín guerrero. Por otra parte, ninguno de los indígenas que habíamos apercibido, había blandido su lanza al vernos como una amenaza; ni en fin, ninguno de los insulares se había mostrado á nosotros con el rostro y los cabellos teñidos de blanco, color con que se embadurnaban cuando se disponían á entrar en combate.

No podíamos, pues, esperar un ataque próximo, y sin embargo nuestra inquietud al verlas primero, y al recordar despues las fogatas, era inmensa.

Antes de continuar van á permitirme los lectores que les hable de mí y de las personas que me acompañaban:

Impulsados por la pasión de las aventuras, arrastrados por ese poder irresistible que lleva hácia lo desconocido, mis amigos y yo resolvimos abandonar los Golds-Fields de Melbourne, es decir, los criaderos de oro agotados ya, y nos alejamos para explorar en busca de la fortuna, las desconocidas cordilleras occidentales de los montes Darlings.

Con excelente salud, bien armados y llenos de alegría, cinco personas, tres á caballo, y dos



encargadas de conducir un enorme *dray*, casa y fortaleza á la vez, nos pusimos en marcha, completando la caravana una hermosa perra irlandesa y dos grandes perros de cabeza negra.

Con la brújula en la mano, empleamos algunas semanas en nuestra caminata vadeando rios, costeano montañas, siguiendo de Este á Oeste la interminable cadena de rocas de sílice, que parece la espina dorsal de la Australia.

De cuando en cuando nos deteniamos para descansar, cazar en las llanuras y examinar el terreno.

La suerte no nos era propicia. Cuantas tentativas haciamos para encontrar el metal precioso, eran inútiles; pero en vez de desanimarnos, seguimos adelante.

Si nos faltaba lo positivo, lo necesario; lo bello, lo supérfluo lo encontrábamos en abundancia.

La naturaleza de la Australia ofrecia á nuestra vista maravillas grandiosas, indescriptibles. Flores encantadoras, valles interminables cubiertos de verde césped, gigantescas higueras, colosales *boababs* que parecian fortalezas, pinos de inconmensurable elevacion representando flechas de catedrales, bosques de mirtos, cuyo suave perfume embalsamaba el aire que respirábamos. Al lado de esta vegetacion, admirábamos la multitud de preciosas aves que llenaban el espacio,



reflejando los rayos del sol, en su bello plumaje, todos los colores, todas las piedras preciosas, todo cuanto puede seducir y fascinar la vista.

Llevábamos abundantes provisiones: á cada paso encontrábamos riachuelos de agua clara y sabrosa: la esperanza no nos abandonaba y la alegría era tambien nuestra constante compañera.

Habíamos recorrido grandes distancias y pasado por la region ignorada en aquella época, encontrándonos próximos á Mongagap, donde nos propusimos realizar nuestro principal deseo, segun los datos que nos habia proporcionado un buen amigo y secretario del ingeniero encargado por el Gobierno de practicar la subdivision territorial de aquella region.

Al llegar al término de nuestro viaje, pudimos convencernos de que nuestros datos eran ciertos y de que aquella parte de la Australia podria llegar á ser la tierra prometida; pero al mismo tiempo que nos sonreian estas ventajas, no podiamos ménos de comprender que era quizás la que más peligro ofrecia.

El gobierno de Melbourne se habia adjudicado el inmenso triángulo que forma el Mongagap; pero al declarar desde una cómoda tienda y con la pluma sobre el papel, que aquel terreno le pertenecia, no se habia tomado el trabajo de someter á los naturales del pais, y estos



protestaban á su manera organizando la resistencia, y considerando como enemigos á todos los europeos que se acercaban á los terrenos en que habian dominado toda la vida.

La situacion era difícil y podia ser peligrosa.

Los indígenas habian colocado en el límite de su territorio, lanzas con banderolas de corteza de árbol, troncos y montones de piedra, lo que indicaba que prohibian el paso, y que estaban dispuestos á defender su territorio con las armas, si alguno se atrevia á penetrar en él.

A pesar de aquellos signos amenazadores, atravesamos aquella especie de frontera armada, y aunque con lentitud y cautela, avanzamos temerosos siempre de alguna sorpresa; porque si los negros, reconociendo su inferioridad, no atacaban nunca franca y abiertamente á los europeos, en cambio eran capaces de emplear todas las emboscadas, todas las traiciones que creyeran convenientes á nuestra destruccion.

Hacia tres dias que recorriamos llanuras y bosques sin ver á nadie, sin percibir ninguno de los gritos que imitando á las aves de rapiña empleaban los indígenas para llamarse los unos á los otros. La causa de esta soledad la supimos más tarde.

El cuarto dia por la mañana, cuando nos disponiamos á continuar la marcha, nos sorpren-



dieron dos tiros de carabina que oímos en el intervalo de cinco segundos, aunque era á grande distancia.

Los perros estuvieron á punto de insurreccionarse, pero les impusimos silencio.

Nos mirábamos unos á otros preguntándonos cuál podria ser la causa de aquellas detonaciones, cuando se repitieron.

Aquello no podia ser más que demanda de socorro, ó un lazo que querian tendernos.

En aquellas vastas soledades deben todos los individuos de la raza blanca prestarse mútuo auxilio, ser amigos, amarse y protegerse; pero sucede todo lo contrario.

El oro, el maldito oro tiene la culpa.

A lo mejor vais á pie ó á caballo por una senda de la Australia, á lo lejos veis un europeo y caminais gozoso hácia él: os mira, y si cree descubrir en vuestro rostro la señal de la satisfaccion y os supone dueño de algunas cuantas libras de oro, se finje enfermo, os pide auxilio, vos acudis á favorecerle, y cuando estais muy cerca y os cree débil, ó cuando os distraeis, ó volveis la cara, ó encuentra una ocasion cualquiera, dispara su carabina, os mata, os despoja, y huyendo con su botin, deja vuestro cadáver para que sea pasto de las aves de rapina.

Bien es verdad, que el crimen que ha cometi-



do con vosotros, puede repetirse con él más adelante; pero en aquellas llanuras, en aquellas soledades donde no hay jueces, donde no hay policía, donde los crímenes se escapan del castigo humano, donde no hay más que sed de oro, fiebre de oro, donde los hombres se hallan bajo la influencia de la pasión más infame y cruel, de la codicia; el europeo tiene más probabilidades de hallar un buen amigo en algún habitante del país, que no en otro europeo, y ni aun siquiera en un compatriota.

Por eso los que pueden escarmentar en cabeza ajena, siguen su camino, y cerrando los oídos á la piedad y supliendo la fuerza con la astucia, procuran imponerse, amedrentar y hacer su negocio.

Se repitieron los disparos, y resolvimos de comun acuerdo ir á descubrir la causa que los motivaba.

O'Brian, Smith y yo nos encaminamos hácia el sitio en donde, en nuestro concepto, tenia lugar la última escena de una tragedia.

En ménos de treinta minutos llegamos á un valle encajonado entre dos montañas, y tan estrecho, que en algunos parajes apenas podíamos avanzar de frente.

Poco á poco iba ensanchándose, pero por eso no dejamos de comprender que desafiábamos el peligro.



Los disparos habian cesado desde el momento en que nos pusimos en marcha.

—Separémonos un poco uno de otro,—dijo O'Brian,— y el que primero encuentre el motivo que nos trae aquí, que avise á sus compañeros por medio de un silbido.

Así lo hicimos, y Smith no tardó en llamarnos.

Habia descubierto sobre la tierra una huella que debia pertenecer á un indígena, y más adelante habia otras huellas iguales, y examinándolas bien, nos demostró que por allí habia pasado una sola persona; pero en aquellas huellas no podiamos descubrir más.

¿Era el que habia pasado por allí un espía, era el centinela avanzado de una numerosa columna, habia ido á anunciar nuestra llegada á los suyos, ó era pura y simplemente un hombre que huia de nuestra presencia?

Lo que principalmente no podiamos explicarnos, eran los disparos. El dueño de la carabina que los producía, no era un indígena, ni podia serlo.

En aquella época todos los naturales del pais se sentian poseidos de un terror espantoso sólo al ver una carabina. La sola vista de estas armas ponía en fuga á los hombres, á las mujeres, á los niños, á los ancianos, y los más temerarios no solamente no se habrian atrevido á usar las



cañas huecas, como llamaban á las carabinas, sino que ni aun siquiera se habrian arriesgado á tocarlas con el dedo.

Nuestro amigo el secretario, que con su escolta y el personal de empleados para formar el catastro habian vivido cerca de seis meses en aquellos parages, habia tenido muchas ocasiones de descubrir el terror de los aborígenas, porque para auxiliar á los empleados habia utilizado los servicios de unos cuantos de ellos, arrojados de las aldeas por haber robado mujeres ó asesinado á sus compatriotas. Queriendo desde el primer dia inspirarles gran terror, los formó una mañana, y colocando detras á algunos de los empleados, dispuso que descargasen sus carabinas. Ni uno solo de los indígenas quedó de pie: todos cayeron creyéndose muertos, agitándose en convulsiones violentas, y los más bravos, atemorizados, no hacian más que tocarse los cabellos y las barbas, para ver si unos y otras permanecian en sus puestos.

Tambien nos refirió que Kog-ó-Bung el más perverso, aunque el más inteligente de los negros que tenia á su servicio, sentia una gran veneracion hácia la carabina de nuestro amigo. En varias ocasiones le sorprendió arrodillado delante de ella suplicándole que exterminase á sus enemigos.

Kog-ó-Bung, que habia sido condenado á



muerte por los suyos, por haber robado violentamente y conservado durante quince días en un bosque á la esposa favorita de su jefe, la hermosa Ulla-Dulla, jóven de catorce años, manifestó su culto á la carabina, llevando todos los días y colocándolas á su lado, flores, insectos, aves, pedernales y otros objetos, como hubiera podido hacer con el *karacul* (mágico) más temible de su nacion.

No habia duda de que al temor que á los indígenas inspiraban los fusiles rayados de Europa, cuyos terribles efectos veian sin comprenderlos, debian el ingeniero gefe, su secretario y los empleados que le acompañaban, no haber perecido durante el viaje de exploracion que habian hecho en aquella comarca.

Era de esperar que no habiendo trascurrido más que seis meses desde entonces, nuestras carabinas surtieran el mismo efecto.

Partiendo de este principio, ¿dónde estaba y cuál era la mano blanca que nos habia llamado?

Internándonos más y más en los parajes que recorriamos, apercibimos sobre una altura una magnífica águila roja, que reina del desierto parecia vigilar sus dominios. Poco despues la vimos tomar vuelo, y siguiéndola con nuestra mirada, notamos que comenzó, descendiendo siempre, á agitarse sobre nuestras cabezas.

De pronto, y á muy poca distancia, sobre una



especie de colina que formaba el terreno, vimos surgir una figura humana; un jóven pálido, con los ojos desencajados, se presentó sobre la altura, quiso hablar, pero sus lábios no pudieron agitarse, vaciló, dió una vuelta, y cayó como un cadáver detrás de la espesa capa que formaban las malezas.

Mis amigos y yo acudimos en su socorro, y nunca olvidaré el espectáculo que presenciábamos.

Tres hombres tendidos sobre mantas yacian en aquel paraje: uno de ellos estaba muerto, sus miembros aparecian rígidos, y sus manos que tocamos, estaban heladas. Los otros dos solo estaban desmayados. Una carabina de dos cañones, sillas de montar, arneses, mantas y cafeteras de hoja de lata de las que emplean los buscadores de oro para calentar el agua y hacer el té, se veian por el suelo al lado suyo.

Gracias á nuestros auxilios, aunque no sin gran trabajo, pudimos volver á la vida á aquellos dos hombres, y aunque nuestra impaciencia era tan grande por saber cuál era la causa de su situacion, estaban tan débiles, su postracion era tal, que no podian hablarnos, ni respondernos siquiera.

Desde luego comprendimos que el hambre y la sed, era la causa principal de la muerte del compañero de los dos infelices, á quienes habíamos salvado y la postracion de ellos mismos.



Enterramos al muerto, y O'Brian, irlandés y ferviente católico, hizo una cruz con dos ramas de árbol.

Dormimos sin que turbara nuestro sueño más que el canto lúgubre del kakopo (1), y al día siguiente, cuando nuestros dos protegidos, repuestos ya, pudieron hablar, nos dieron algunas explicaciones.

Su relación, confirmada por las investigaciones que durante la mañana había hecho O'Brian, nos dieron la certeza de que aquellos tres hombres habían sido víctimas de una emboscada.

Su historia, cuyos pormenores no supimos sino algún tiempo después, hará comprender al lector que episodios sombríos é ignorados de todos se tramam y se desarrollan á veces en la soledad de la selva, en la soledad de los bosques vírgenes.

---

(1) Loro nocturno.

---







---

## CAPITULO II

Historia de tres mejicanos.—Un amigo inesperado.—Un guia amable.—Un lazo.

Las dos personas á quienes habiamos salvado de la muerte, eran naturales de Tampico, y podrian tener de veinticinco á veintiocho años de edad.

Los dos habian formado parte de la plaga, por decirlo así, que de todas partes acudió en 1849 á la Australia á invadir, hambrientos de oro, los *placeros* americanos.

Desde su llegada al pais del oro, habian tenido suerte. Esta caprichosa deidad se habia mostrado favorable á sus designios, y en breve tiempo llegaron á reunir unos veinte mil pesos.

Para descansar se dirigieron á San Francisco, y en muy pocas semanas les quitó la suerte



bajo la forma de juego, lo que la suerte bajo la forma de trabajo les habia otorgado antes.

No desmayaron por esto: eran jóvenes, tenían cerca el rio de la Merced, y todo estaba reducido á volver á trabajar.

Apenas se vieron arruinados, se encaminaron á los *placeres* y comenzaron á trabajar de nuevo con el mayor ardor.

Esta vez la fortuna no se mostró propicia, y los tres mejicanos, porque tambien les acompañaba el que habia sucumbido, pasaron dos años en estériles trabajos, hasta que su perseverancia les alcanzó un nuevo triunfo.

Los tres abrigaban el proyecto de abandonar la alta California para dirigirse á la Nueva Holanda.

Un bergantin escocés, el *Batavia*, los condujo al puerto Phillip, despues de una navegacion muy feliz.

Los tres jóvenes se trasladaron á Melbourne, se hospedaron en el *Royal Elisabeth*, uno de los mejores hoteles, y los desocupados de la ciudad pudieron verlos durante algunas semanas beber jerez, fumar ricas brevas y darse una vida de príncipes.

Si San Francisco, la reina del Pacífico, es un pozo sin fondo, Melbourne, la perla de los mares del Sur, no le va en zaga.

Los tres viajeros se regalaron con los man-



jares más exquisitos del país, tales como nidos de golondrinas á la mandarina, lenguas de loro, hígados de cormorans, etc.

Al mismo tiempo asistieron varias veces al teatro de San Estéban, á las danzas javanesas y á todas cuantas diversiones ofrecia la ciudad.

Esta buena vida acabó con su fortuna, y no tardaron en comprender que necesitaban reponer su tesoro.

Buscaban los medios de realizar su deseo, y se disponian á trasladarse á las tierras auríferas de Castlemaine ó de Ballarat, cuando llegó á hospedarse en el mismo hotel en donde ellos vivian, un rico labrador de las provincias del Oeste, que habia ido á Melbourne á vender lanas.

Aquel hombre que poseia vastas propiedades, numerosos rebaños y una *estacion* ó rancho en las inmensas selvas del condado de Perth, entró en relaciones con los mejicanos, y al cabo de algunos dias comian, bebian, paseaban, se divertian juntos, y eran los mejores amigos del mundo.

Un dia al amanecer, de vuelta de un baile, en un momento de expansion íntima, teniendo delante cada cual un vaso de ponche, se contaron su historia, sus esperanzas, sus proyectos, y los tres mejicaos declararon francamente la situacion apurada en que se veian.

El labrador colono que acababa de vender



las lanas, propuso á los mejicanos que se fueran con él, prometiéndoles que á muy corta distancia del paraje donde habitaba, les proporcionaría un abundante criadero de oro.

El colono tenia un gran interés en transformar el silencio y la soledad de los parajes en que vivia, en la animacion y el bullicio de los que ocupaban los mineros.

Su proposicion fué aceptada: completó la cantidad que necesitaban sus tres amigos para pagar el gasto que habian hecho en el hotel, les hizo algunos anticipos para tenerlos contentos, y una mañana los tres amigos, el labrador y sus dos criados, se embarcaron á bordo de un pequeño schooner que se iba á Perth. Se dirigieron á Guiloford, y atravesando el rio de los Cisnes, llegaron por fin á Wardarok-Station, residencia habitual del colono ó *squatter*.

Despues de descansar los mejicanos, ávidos de hallar nuevos filones, rogaron á Mr. Sandridge, que era el nombre de su bienhechor, que les cumpliese la palabra que les habia dado.

Como todos los colonos alejados de los grandes centros, Mr. Sandridge tenia en su casa y á su servicio algunos indígenas que no pudiendo vivir en sus ranchos por haber cometido faltas ó crímenes, se complacian en estar á sus órdenes como criados, y los empleaba en talar árboles, en empedrar y arreglar los caminos, en construir



*logs houses* ó casas de troncos de árboles, y en cuidar sus rebaños.

Uno de estos indígenas, un *mongalung*, que algunos meses antes habia servido de guia á una caravana de europeos encargada por el gobierno colonial de explorar los terrenos llamados de las Siete Montañas, pretendia haber sido testigo ocular del descubrimiento, hecho por los europeos, de muchas colinas cuyas cimas blancas como el mármol, estaban en toda su superficie cubiertas de venas auríferas.

Estos signos, semejantes á los que más tarde se hallaron en las crestas del Dunolly, del Ararat y del King-Gower, anunciaban, no solamente inmensas riquezas metálicas ocultas en el corazon de la roca, sino grandes depósitos auríferos en las capas formadas en sus alrededores por los aluviones (1).

El indígena de quien voy hablando, que por efecto del frecuente trato con los ingleses habia llegado á poseer el idioma lo bastante para hacerse comprender, habia referido á su amo la grande demostracion de alegria de los europeos en presencia de las partículas doradas.

---

(1) La mina de King-Gower, descubierta por dos alemanes en el distrito de Loddon, produjo durante seis meses más de 5,000 duros por semana.



Mr. Sandridge se decidió á dar por guia á sus tres amigos al *mongalung* que se llamaba Monorup.

—Es un muchacho excelente,—les dijo,—el más listo y el más servicial de todos; pero en cambio se halla dominado por todos los vicios y todas las pasiones de su raza. Es ladron, embustero, lujurioso, pérfido, y bajo la apariencia de la sencillez y la docilidad, está siempre dispuesto á cometer cualquier felonía.

Los mejicanos le dieron gracias por esta advertencia, prometiéndose vigilar muy de cerca á su guia; y haciendo los preparativos necesarios, convinieron en partir al dia siguiente.

Antes de ponerse en camino interrogaron á Monorup, y las noticias que les dió del pais que iban á recorrer, de los caminos que tenian que andar, de la caza, de los frutos que hallarian á cada paso, de las aguas vivas con que podrian refrescar sus ardores; todo esto unido á la amabilidad con que el indígena les hablaba, bastó para conquistarle su aprecio, y tan complacidos quedaron de sus respuestas, que ofrecieron llevarsele á Tampico desde el momento en que hecha su fortuna, regresaran á sus hogares.

A la hora convenida, los tres amigos montaron á caballo, y provistos de armas y brújula, abandonaron la hacienda de Wardarock-Station para dirigirse á las *colinas*.



El *mongalung*, que durante la noche se había pintarrajeado la cara de amarillo, color de las expediciones pacíficas, guiaba á un caballo portador de los sacos y cestas en donde iban las provisiones.

Las tres primeras jornadas fueron excelentes.

Monorup buscaba los senderos más fáciles, siempre risueño obedecía las órdenes de sus amos, é indicaba los manantiales más puros y cristalinos.

La relacion que los dos jóvenes á quienes habíamos prestado auxilio, nos hicieron, nos impulsó desde luego á creer que á pesar de la amabilidad del indígena, su proyecto desde el primer instante fué extraviar á los mejicanos en medio de los bosques, para que sin recursos de ningun género se murieran de hambre.

Al cuarto dia hizo Monorup que se rompiera una gran botella de rom, tónico necesario en los parajes que recorrian. Por la noche manifestó á sus amos que se habia perdido el saco que contenia la harina.

—Pero no hay que apurarse,—exclamaba sonriendo:—en el camino hallaremos cuanto se necesite.

Al dia siguiente pretextando que iba á ver si encontraba un arroyo para que apaciguaran la sed sus amos, desapareció dejándolos solos.

Ocho horas estuvieron aguardándole, y en este tiempo solo pudieron comer bayas, raices,



y solo hallaron un poco de agua cenagosa, lo cual debilitó mucho sus fuerzas.

El indígena se excusó como pudo, y al anocheecer de la sexta jornada los condujo, al fin, donde los habíamos encontrado.

Allí, al pié de una gruesa roca y oculto por plantas y gramíneas acuáticas, había un manantial que saludaron con regocijo los viajeros porque les devoraba la sed.

Monorup se abstuvo de beber.

Quitó los arreos á los caballos, los dejó en libertad para que pacieran, y partió, según dijo á sus amos, para buscar provisiones.

Los mejicanos bebieron el agua de aquel manantial, y no tardaron en experimentar náuseas violentas. Comprendiendo que aquello sería efecto del cansancio del día, se acostaron á la sombra de los grandes nopales, y esperaron con paciencia el regreso de Monorup.

La noche fué terrible: los tres amigos se retorcian en espantosas convulsiones: una disenteria funesta se declaró en ellos. Imposible es describir el atroz martirio de aquellos infelices.

El sétimo día lo pasaron sin comer, y como no podían moverse, tenían que limitarse á cojer las hojas de los cactus y á chupar su jugo.

Uno de los tres viajeros, el más jóven, sucumbió aquella noche.

Los otros, sin sospechar en la perfidia de



Monorup, creyendo que se habria perdido en la selva, dieron grandes voces llamándole, y uno de ellos, el que aún conservaba más vigor, disparó la carabina varias veces para pedir auxilio.

El indígena no se presentó. Aguardaba sin duda tranquilamente á que la muerte se cebase en aquellos tres hombres para ir á gozarse en su obra.

Este era muy posible que hubiera envenenado el manantial, porque es costumbre en los naturales de la Australia cuando quieren deshacerse de alguna persona, reunir yerbas venenosas y colocarlas en las aberturas de los manantiales, para que el agua que destilen lleve la muerte á sus enemigos. Cuando estos sucumben, entonces los envenenadores y sus amigos se reúnen en torno de los cadáveres, trazan en su pecho líneas blancas, y bailan en torno de las víctimas la danza de los esqueletos.

De esta suerte han perecido muchos europeos en los primeros tiempos del descubrimiento del oro en el *Buisson*.

Despues de la explicacion de los dos jóvenes mejicanos, no dudamos que Monorup habia querido convertirlos en víctimas, y que él era el indígena cuyas huellas habíamos descubierto en el camino.

Despues de prestar á los dos jóvenes cuantos auxilios necesitaban, los llevamos en nuestra



compañía, y al cabo de tres días de viaje, llegamos á una vasta llanura en donde hallamos un ejército de blancos corderos formados en grupos y pasciendo tranquilamente.

La vista de aquellos rebaños nos llenó de alegría, haciéndonos olvidar las fatigas pasadas, porque anunciaban el término de nuestro viaje á través de las selvas y que estaba muy próxima la estación ó rancho que buscábamos.

Las estaciones ó haciendas desempeñan en las selvas australianas un papel de tal importancia, que no vacilo en apuntar algunas indicaciones sobre el particular.

Cuando un europeo, pero sobre todo un inglés, desea adquirir lo que se llama un *Run* en los terrenos vírgenes del Buisson, se dirige á los agentes especiales del gobierno colonial, los cuales despues de informarse de los recursos pecuniarios, y de la moralidad del solicitante, le designan y conceden el terreno que pide, mediante el pago de una contribucion anual sumamente pequeña.

Este terreno es por lo regular inmenso, sobre el cual tiene el privilegio de apacentar animales como yacks, zebús, caballos, etc.

Estas estaciones ó haciendas, uniéndose las unas á las otras, van quitando terreno á la selva inculta, alejan á las tribus de los indígenas, les obligan á huir, y de este modo conquistan



cada año nuevos é inmensos territorios al Estado.

Pero los indígenas á quienes se despoja de esta parte del país en donde han vivido sus padres, á quienes se expulsa de los valles en donde han nacido, á quienes se roba el sustento, puesto que no pueden ni cazar, ni pescar, ni recolectar los frutos y las legumbres que han constituido siempre la base de su alimentacion, y no pueden, sin exponerse á morir, volver á ver los risueños parajes en donde transcurrió su hermosa juventud, si se alejan de estas comarcas, es contra toda su voluntad, y su primer deseo, su único fin, es vengarse de los que les separan para siempre de tan queridos objetos.

Cediendo á la fuerza, pero empleando la astucia, incendian por la noche los cobertizos que construyen los colonos, roban los rebaños ó envenenan los pastos y las aguas, tienden lazos á los pastores solitarios y atacan en pleno dia á los mismos amos de las haciendas cuando se encuentran en número suficiente para intentar el ataque con éxito.

Ninguna estacion ó hacienda de las que se han formado en los bosques, ha conquistado el derecho de vivir y de prosperar sin combate.

Muchos de estos establecimientos fueron desde 1848 á 1851, incendiados en pocas horas por los nagarnooks y los nagotaks reunidos.

El *squatter* ó propietario de terrenos que cede



el gobierno en el Buisson, está obligado á tener en el edificio principal de los que constituyen la hacienda, un depósito de provisiones, como harina, azúcar, arroz, té, café, sal, pólvora, balas y útiles y herramientas de mineros, como tambien los medicamentos más esenciales con arreglo al clima.

Todo europeo que atraviase la selva, y que bien por cansancio, por estar herido ó enfermo pedía hospitalidad al dueño de una hacienda, debe ser recibido, hospedado y alimentado por lo ménos durante tres dias.

Asímismo está obligado á dar á quien se los pida y á los mismos precios de Melbourne, los géneros alimenticios que tiene en depósito, del mismo modo que carne fresca de vaca ó carnero, y en fin cuanto necesite el viajero. Si falta á estos deberes de hospitalidad, incurre en grandes penas.

Hechas estas explicaciones, prosigamos la narracion.

---



---

## CAPITULO III

---

Las haciendas de las selvas.—La de los Cinco manantiales.—Un drama íntimo.—El Funny-Mount.  
Robos en despoblado.

Dichosos al vernos en el término de nuestro viaje sin haber arrostrado grandes peligros, acampamos aquella noche como Abraham y Jacob en los primitivos tiempos, en medio de los rebaños.

Al día siguiente, siguiendo el itinerario que nos habian indicado los pastores, llegamos á la hacienda de los Cinco manantiales.

El paraje que ocupaba el edificio de esta hacienda estaba admirablemente escogido. Hallábase situado en la vertiente de una colina de ancha base, rodeada por una franja de eucalictos y gomeros: la puerta principal se abria al Este: delante de una vasta extension, cinco manantia-



les que brotaban de la colina, y que formando líneas tortuosas regaban el valle en todos sentidos, comunicaban una frescura incomparable á la hacienda y sus alrededores.

Imposible es expresar con la palabra el encanto y belleza, la graciosa severidad de aquel maravilloso paisaje.

El dueño de aquella hacienda, que podia figurar entre las de primer órden, tanto por la importancia de los edificios construidos en ella, como por la cantidad de rebaños que poseia, se llamaba Mac-Klowen.

Habia nacido en el Norte y precisamente en el sitio en donde se reunen el Cumberland y la Escocia, y como todos los montañeses, era de una estatura atlética y de una fuerza extraordinaria. Su barba y su cabello de un negro de azabache, habian dado lugar á que le llamasen los que le rodeaban *Black-Mac*, esto es, Mac el negro.

La violencia de su carácter no tenia igual; era hombre de grandes pasiones; todos los que le rodeaban debian vivir sometidos á su voluntad; poco cuidadoso de su vida, arriesgándola á cada instante, consideraba la de los demás como cosa de escaso valor, y con tal de realizar un capricho, de llevar á cabo una venganza, no tenia inconveniente en sacrificar á diez ó doce hombres.

Este hombre de carácter dominador, que atemorizaba al mirar á todos cuantos le rodeaban,



altivo, díscolo, de un aspecto glacial y entrecejo fruncido, mostrábase humilde y risueño, cambiaba por completo, cuando en lo más recóndito de su casa se entregaba á los goces de familia.

Allí, en medio de todas las comodidades y del lujo que el oro habia podido proporcionarle, albergaba á una jóven de diez y siete años, rubia y hermosa, hija de una familia sueca y que se llamaba Amyeta.

Mac el negro la encontró un dia en Melbourne y se casó con ella completamente apasionado. La criolla correspondió á su amor, y el cuadro que ofrecian los dos, era en extremo interesante. El tipo adorable de gracia y de belleza : el tipo rudo de la fuerza y la pasion.

Mac-Klowen se consideraba el hombre más feliz del mundo con la posesion de Amyeta.

Jóven, rico, amado de una mujer encantadora, viendo florecer todos sus proyectos, teniendo en su favor á la fortuna, no podia figurarse, en medio de su felicidad, que una nube empezaba á formarse en el cielo de su vida.

Visitando una tarde con su querida esposa una construccion que habia mandado hacer en sus dominios, sorprendió entre su mujer y un jóven canadiense, director de las obras, una mirada confidencial que produjo en su corazon el efecto de la mordedura de una serpiente : sin embargo, pudo contenerse.



Disimuló sus sospechas, y sin confiar á nadie sus temores, se constituyó en espía de la mujer á quien desde aquel instante consideraba como infiel y desleal.

Necesitando su naturaleza ejercicios violentos, consagrábase muy á menudo á cacerías en terrenos lejanos, á la exploracion de comarcas vecinas, y con este motivo solia pasar dias enteros fuera de su casa.

No cambió de vida, en apariencia al ménos, y tan bien se arregló, que no trascurrieron ocho dias sin que adquiriese el convencimiento de su infortunio.

Amyeta le engañaba.

En el fondo del parque que Mac-Klowen habia formado, y en el bosque á la distancia de cerca de un kilómetro de la casa principal donde habitaba, habia una gruta natural, tapizada de lianas y oculta bajo las flexibles y largas ramas de los *sóforas* ó sauces llorones.

Aquella gruta, desde la que se disfrutaba la vista de un paisaje encantador, era el paseo favorito de Amyeta. Allí iba á leer, á bordar, á soñar, durante las ausencias de su marido.

Algunos meses antes de la época en que nosotros le conocimos, Mac-Klowen aprobaba la eleccion de este retiro, y convirtió sus alrededores en un jardin para que fuese más del agrado de su esposa.



Aquella gruta solitaria, á la que ninguno de los criados se acercaba, porque Mac-Klowen se lo habia prohibido terminantemente, era el paraje escogido por la jóven y encantadora sueca para sus citas con el canadiense.

Estas citas tenian lugar, por lo general, durante las siestas australianas, horas silenciosas en las que todos dormian.

En uno de estos momentos de calma y de silencio, tuvo lugar la escena última, la escena sangrienta, la escena trágica.

El marido sorprendió á los dos culpables.

Mac-Klowen, á quien suponian errante en medio de las montañas, se presentó como un ángel exterminador en el dintel de la gruta con el revolver en la mano.

Darbloze, que este era el nombre del canadiense, francés de origen, afrontó con fiereza el peligro.

Sin pronunciar una palabra el marido burlado, disparó sobre el culpable su revolver, y el infeliz cayó bañado en sangre. Disparó sobre él segunda vez, y se disponia á sepultar una tercera bala en su cuerpo, cuando Amyeta, que se desmayó al pronto, volviendo en sí, se precipitó sobre el cuerpo inanimado de su amante, y haciendo un supremo esfuerzo, exclamó, dirigiendo una mirada amenazadora á Mac-Klowen:



—¡Os ódio, maldito seais!

Mac-Klowen, lleno de furor al oír estas palabras, dió un golpe con la culata del revolver en la sien de Amyeta, y la dejó como muerta al lado del canadiense. Después comenzó á pisotear aquellos dos cuerpos que inmóviles y sin aliento no daban señales de vida.

Sin embargo, los dos, después de un paroxismo, se reanimaron, entreabrieron los ojos, y su primer movimiento fué estrecharse en un eterno y último abrazo.

La ira del marido ofendido no tuvo límites. Feroz como un tigre, concibió una idea verdaderamente infernal.

—¡No volveréis á salir de esta gruta!—exclamó.—Unidos en la traición, quedad también unidos en la muerte.

Arrojando el revolver y cogiendo un cuchillo que llevaba, los cosió á puñaladas, y sin escuchar los agudos gritos de la desventurada Amyeta, cubrió la entrada de la gruta con piedras, y durante un día y una noche permaneció cerca de aquel paraje, escuchando con sonrisa idiota los gemidos cada vez más débiles que se escapaban de los labios de los moribundos amantes.

Al amanecer del segundo día cesaron los gemidos.

Mac-Klowen destruyó el muro provisional



que habia colocado en la gruta, ató una cuerda á los pies del canadiense, y arrastrándole, le precipitó en un pozo profundo que habia en medio de la selva. Volvió á la gruta y enterró el cuerpo de su esposa al pié de un gomero.

Terminada esta operacion, aquel hombre feroz sintió sus ojos inundarse de lágrimas. Habia sufrido mucho y no podia sufrir más.

La emocion le quitó la fuerza, y despues de vacilar, cayó como una masa inerte en tierra, permaneciendo desmayado hasta que sus servidores, que le expiaban desde lejos sin atreverse á acercarse á él, acudieron en su auxilio y le llevaron á su casa. Tuvo una fiebre horrible, y durante una semana de delirio no hizo más que llamar á Amyeta, acompañando sus gritos de los más dulces nombres.

Este lúgubre episodio habia ocurrido quince dias ántes de nuestra llegada á la hacienda de los Cinco manantiales, que se hallaba bajo la influencia lúgubre de aquella tragedia.

Solo permanecimos cuarenta y ocho horas en casa de Mac-Klowen, tiempo necesario para renovar nuestras provisiones.

En aquel tiempo solo vimos una vez á Mac-Klowen, el cual, segun nos contaron, no hacia más que correr de un lado á otro por los bosques, repitiendo las últimas palabras que habia pronunciado Amyeta: «¡Yo os ódio, maldito seas!»



Tres irlandeses empleados en la hacienda de los Cinco manantiales, que habian obtenido licencia de su amo para marchar, se unieron á nosotros con el ánimo de explotar los terrenos auríferos del Mongagap.

Con estos tres individuos llegó á diez el número de nuestra pequeña caravana, número suficiente, en nuestra opinion, para desafiar los peligros que pudieran presentarse.

Al cabo de tres dias de marcha llegamos al término de nuestro viaje.

En el centro de un ramo de colinas, por decirlo así, cuyas crestas ligeramente onduladas parecian las olas petrificadas de un antiguo océano, se levantaba una montaña de cinco metros de elevacion, casi redonda, y cuya cima plana se asemejaba á una azotea. Por un singular capricho de la naturaleza, sobre uno de los bordes de esta azotea habia inclinado hácia el abismo un árbol, un *she Oak*, cuyas ramas caídas, finas y ligeras se agitaban á todos vientos.

Inmediatamente bautizamos la montaña con el nombre de *Funny-Mount*.

Todos nos pusimos manos á la obra con el objeto de apoderarnos del oro que la montaña y las colinas que la rodeaban, debia encerrar en su seno. El éxito era favorable, y durante las primeras siete semanas que allí pasamos, reinaba en torno nuestro la mayor tranquilidad.



Solo á las escudillas de madera que nos servían para recojer el oro y separar de él la arena, acompañaba el canto de los mineros americanos, canto que repetiamos todos para distraer nuestra fatiga. He aquí las estrofas :

«Animo, amigos, ánimo; trabajemos alegremente, registremos las entrañas de las rocas.

«Separemos el barro del oro.

«En aquel monte hay quizá un tesoro que desea ver la luz del dia. Bien venido sea, rompamos la puerta de su prision, que brille á los rayos del sol purísimo.

«¿Qué pensamientos os asaltan, queridos compañeros, al buscar en el seno del cuarzo la partícula de oro?

«Nuestros pensamientos son encantadores. Pensamos que muy pronto llevaremos el oro á nuestras familias.

«Llevaremos la alegría á las madres, la salud á los hijos.

«Animo, amigos, ánimo; trabajemos alegremente, etc.»

Despues de la exploracion necesaria, encontramos, por fin, un filon de una gran riqueza.

Ya habiamos reunido treinta libras de oro, cuando nos vimos sorprendidos por los siniestros resplandores de las grandes fogatas de que hablé al principio de mi narracion.

A fin de comprender lo que voy á referir



en seguida, veamos lo que pasaba entonces en medio de los bosques y en las tribus próximas á nosotros.

La poblacion indígena de la Nueva Holanda, principalmente las tribus del interior, se hallaban dominadas en aquel tiempo por un ódio terrible contra los europeos.

Las invasiones continuas de su territorio, la necesidad que tenian de huir á cada instante; sus derrotas en todos los encuentros y en todos los combates que sostenian con los invasores, habian despertado un rencor profundo en su corazon.

Hacia tiempo se hallaban bajo la influencia de predicciones religiosas que aumentaban su animosidad.

Los *coradjis* ó sacerdotes indígenas, acusados de ser impotentes para defender á los naturales del país, y sériamente amenazados de muerte si no ponian obstáculos á la marcha victoriosa de los europeos, no encontraron mejor medio para ganar tiempo y librarse del peligro, que anunciar á los que de ellos dependian, el fin del mundo.

Esta catástrofe próxima, este cataclismo inevitable, debia llegar de un momento á otro, destruir á los extranjeros y limpiar para siempre el territorio de aquella lepra blanca.

Segun la relacion que les habian hecho los



*coradjis*, aquel acto de severa justicia debía realizarse de esta manera:

El cielo debía caer de improviso sobre la tierra, sumirla en espesas tinieblas y aplastar sin misericordia á todos aquellos, que ignorantes de las voluntades celestes, no se hubieran preparado para aquel gran desastre.

Estas siniestras declaraciones que los *coradjis* predicaban y anunciaban en las aldeas, en los caminos, en todas partes, pusieron á los indígenas en una agitacion indescriptible.

¿Dónde se ocultarian? ¿Cómo evitarian las consecuencias del peso de aquella masa azul que debía caer sobre la tierra y destruir cuanto se hallara sobre su superficie?

Todas las cavernas fueron invadidas, formaron galerías subterráneas, y los barrancos, y los pliegues de las sierras, y todos los parajes donde creian hallar los medios de librarse, fueron ocupados por los indígenas.

Como no habia escondrijos para todos, muchos de ellos corrian errantes de un lado á otro buscando nuevas hendiduras en donde guarecerse, y llenando el aire con sus gritos apenas descubrian en el horizonte una nube oscura ó cualquier síntoma que les anunciase el derrumbamiento del cielo sobre la tierra.

Otro motivo de inquietud atormentaba al mismo tiempo á los negros.



Aun suponiendo que hubiera cavidades tan vastas que pudieran contener á los que deseaban evitar las consecuencias del terrible choque, ¿cómo podrian vivir durante los dias de perturbacion que aunciaban los *coradjis*?

Estos sacerdotes, viendo la proporcion de la tempestad que habian levantado, no sabiendo cómo calmar la agitacion que habia producido, imaginaron convocar en diversos puntos del territorio, reuniones generales, en las que los jefes y los ancianos de las tribus indicasen los medios más eficaces para preservarles de los peligros que les amenazaban.

Adoptada esta resolucion, partieron en distintas direcciones los encargados de convocar las juntas, y durante muchas noches consecutivas aparecieron fogatas en las montañas, fogatas que eran más que otra cosa un llamamiento para que acudieran á las cimas de los montes los que tan interesados se hallaban en conjurar el peligro.

Los nagarnooks y los nagotaks que eran las dos grandes familias más próximas á los parajes en que nos encontrábamos, respondian al llamamiento luminoso.

Los jefes de las tribus se reunieron y comenzaron las deliberaciones bajo la presidencia de los *coradjis*: las discusiones fueron largas. El fanatismo por una parte, y el terror por otra,



eran las musas que inspiraban á aquellos improvisados oradores.

El resultado de estas discusiones fué que los indígenas decretaran un plan de campaña militar contra los blancos.

No tardaremos en ver á aquellos guerreros manos á la obra, y de paso conoceremos el fin que se proponían realizar.

En cuanto á nosotros, víctimas destinadas á la muerte por los *coradjis* al llegar al territorio de Mongagap, escogimos para establecer nuestro campamento, el paraje que nos pareció más conveniente.

Era el principio de un valle, regado por un manantial muy cristalino, protegido por una verdadera muralla de rocas y poblado de numerosos *lillipillis* de follaje cobrizo.

Colocamos nuestras tiendas formando círculo; de manera que por la noche, cuando terminábamos el trabajo y nos reuníamos en nuestros hogares, parecíamos una sola familia.

Durante el día sucedía todo lo contrario. Unos se dirigían á las colinas, otros á la montaña; todos estábamos separados unos de otros, y cada grupo se encaminaba guiado por su capricho, ó mejor aún, por el deseo de encontrar oro.

Completamente aislados en aquellas tierras vírgenes, habíamos vivido en la más perfecta seguridad, sin precauciones, sin temores, dejan-



do las herramientas que nos servian para remover la tierra, al borde de las escavaciones auríferas, en las arenas de los arroyuelos, y encontrándolas al dia siguiente en el paraje en donde las habiamos dejado.

Al abandonar la hacienda de los Cinco manantiales, compramos un centenar de ovejas, las cuales en completa libertad pacian en el prado á nuestra vista.

Una mañana, dos dias despues de la aparicion de los incendios nocturnos, Gerónimo Necedal y Doloroso Baquero, que así se llamaban los jóvenes mejicanos á quienes habiamos salvado, se presentaron á nosotros con el rostro completamente abatido. Habian salido como de costumbre muy temprano al paraje en donde trabajaban, y los picos y las palas que habian dejado en él la víspera, habian desaparecido por completo.

Aún no habian trascurrido diez minutos desde que los mejicanos nos habian comunicado la desaparicion de sus herramientas, cuando los tres irlandeses acudieron furiosos y quejándose del mismo mal.

Poniendo nuestras barbas á remojar, porque el caso no era para ménos, nos dirigimos Smith, O'Brian y yo á nuestras minas, y nos encontramos con que tambien nuestras herramientas habian sido escamoteadas.



Mac Gregor, otro de nuestros compañeros, subió á la montaña que habiamos convenido en llamar *Funny-Mount*, y desde allí, despues de haber registrado todo el valle con su catalejo, nos anunció con grandes gritos que las ovejas habian desaparecido.

Tantas pérdidas eran en extremo lamentables, y la habilidad con que aquellas sustracciones se habian llevado á cabo, demostraba una audacia, una destreza que exigia toda nuestra atencion.

Recordamos entonces que durante la noche precedente, nuestros perros se habian agitado mucho, habian ladrado más que de costumbre, y todo esto demostraba que éramos acechados por nuestros enemigos, y que necesitábamos tomar una resolucion enérgica para no ser juguete de ellos.

Smith y O'Brian, designados por la suerte, montaron á caballo y partieron á explorar el terreno donde podian guarecerse nuestros enemigos.

---







---

---

## CAPITULO IV

---

Nuestros enemigos.—Episodios de un combate.—  
Modo de luchar de los indígenas.—Funerales im-  
provisados.—La guerra se generaliza.—Explicacion  
de los robos.—Donde resuelvo convertirme en di-  
plomático.—Una llave mágica.

Comprendiendo que nos hallábamos en pe-  
ligro, ocultamos convenientemente las bocas de  
los pozos de oro, y nos dispusimos á abandonar  
el campo ó á perseguir á los que nos moles-  
taran.

Más de cuatro horas estuvimos esperando con  
la mayor impaciencia, y durante este tiempo nos  
pareció oír á lo lejos rumores sordos y gritos  
prolongados y varias detonaciones sucesivas.

Nuestra inquietud era angustiosa cuando nos  
pareció oír el ruido del galope de los caballos.



Smith y O'Brian se presentaron: los dos venían heridos.

O'Brian, que iba sentado en la grupa del caballo de Smith, tenía toda la cabeza ensangrentada.

—¡Alerta!—esclamó O'Brian en cuanto llegó cerca de donde estábamos.—Veinte indígenas nos persiguen.

Les prestamos los auxilios más indispensables, y supimos que desde el primer momento habían encontrado las huellas de los merodeadores, partiendo sin descanso en su persecución.

Los indígenas iban despacio porque conducían el rebaño que habían robado, y ya estaban á punto de ser alcanzados por nuestros dos amigos, cuando de pronto se encontraron en presencia de un verdadero ejército de negros armados de lanzas y de mazas en medio del camino, interceptando el paso. Al ver á O'Brian y á Smith entonaron su cántico de guerra.

Sin reflexionar lo que iban á hacer, nuestros dos amigos hincaron los acicates á sus caballos y se precipitaron sobre los negros como un huracán. Esta furiosa é irreflexiva carga tuvo consecuencias deplorables.

Los indígenas abrieron paso y volvieron después á reunirse.

Smith y O'Brian se encontraron aislados.



Unos cuantos salvajes aparecieron detrás de ellos cortándoles la retirada.

O'Brian, comprendiendo su error, disparó su carabina y mató á uno de los negros que parecía el jefe, esperando aprovecharse de la confusión que esta muerte causaría para ponerse en salvo; pero al atravesar la línea á galope, dispararon contra él cinco flechas y dos le hirieron gravemente en la cabeza.

Su caballo fué muerto por un golpe de *boomerangs*. Al quedar desmontado pudo permanecer de pié, y disparando su revolver logró amedrentar á los indígenas.

Smith, viendo que se le acababa la pólvora, corrió al paraje donde estaba O'Brian arrojando al paso con su caballo á cuantos encontraba por delante, pudo colocar á su compañero en la grupa de su caballo, y sin preocuparse de los peligros que iban á correr, atravesó al galope las líneas enemigas, y pudo llegar hasta donde nos encontrábamos.

En aquel combate quedaron muertos tres indígenas y cuatro heridos. Nosotros perdimos un caballo y el pobre Pug, el perro, que sucumbió de un golpe de maza.

Curamos como mejor pudimos á nuestros dos amigos.

Antes de que pudiéramos darnos cuenta de lo que habia pasado y de que resolviéramos lo



que deberíamos hacer, nos vimos sorprendidos por la aparición de nuestros enemigos.

Numerosos indígenas se presentaron saliendo de entre las malezas, deslizándose por las rocas, colocándose delante de nosotros, agitaron sus armas, y no hacían más que dar saltos, gesticular como si fueran monos ú orangutanes.

Bien es verdad que al hallarse á la distancia de unos mil metros de nosotros, se detuvieron; pero se descubría en su actitud, en su porte, en sus saltos, en sus gritos, que estaban ébrios de satisfacción al ver que habían herido y puesto en fuga á dos europeos. Con su acción y sus gestos parecían desafiarnos.

Dos de ellos, jefes á juzgar por los brazaletes que llevaban en el brazo izquierdo, habían convertido en trofeos las dos víctimas del combate. Uno de ellos llevaba sobre los hombros con las patas cruzadas sobre el pecho, el cadáver del infortunado perro. El otro adornaba su cabellera con la larga cola gris del caballo de O'Brian.

Estos trofeos debían costarles caros.

Viendo que sus bravatas y sus pantomimas no nos impresionaban, y que en vez de hacerles caso, nos ocupábamos en recoger nuestras tiendas, resolvieron avanzar, y al hallarse á trescientos metros de nosotros, renovaron sus gesticulaciones agresivas, clavaron sus lanzas



en la tierra y se sentaron formando una fila de espaldas á nosotros.

Esta actitud indicaba el más profundo desprecio, que era el mayor insulto que podian dirigirnos. Volver la espalda á cualquiera entre los australianos, es lo mismo, ó quizás más, que dar un bofeton á una persona en Europa.

Fuimos prudentes, porque no teniamos más remedio que serlo. De los diez, los dos mejores estaban fuera de combate; los irlandeses no tenían para defenderse más que puñales; los mejicanos escopetas, y nosotros, que éramos los que estábamos mejor armados, sólo teniamos tres carabinas.

Para volver á la hacienda de los Cinco manantiales necesitábamos recorrer cincuenta kilómetros. Durante este camino podiamos vernos sorprendidos por nuevas emboscadas, y necesitábamos economizar las municiones.

A pesar de todo, uno de los irlandeses y yo cogimos las carabinas.

—Dos balas,—dije yo,—no son una gran pérdida para nosotros, y bien aprovechadas pueden hacernos un gran servicio.

—Sí, sí,—exclamaron—ya es necesario hacer un escarmiento con ellos.

Mi proposicion fué pues aceptada.

El irlandés Mac-Gregor y yo, nos dirigimos con ánimo resuelto hácia los indígenas, y estos,



sin dejar la postura que tenían, adelantando sentados, ó mejor resbalando á medida que nosotros avanzábamos, avanzaban ellos tambien, y de aquí resultó que nos vimos á bastante distancia de nuestros amigos y tan lejos como estábamos antes de los indígenas.

—¡Alto!—dije al holandés:—esos tunantes quieren tendernos un lazo. A ver si podemos matar á sus jefes: para tí el que lleva los despojos del perro, para mí el de la cola del caballo.

Instantáneamente disparamos nuestras carabinas; á las detonaciones respondieron unos gritos formidables.

Los indígenas rodeaban con el más profundo dolor á sus dos gefes, que tendidos en tierra y con el cráneo agujereado, agonizaban.

Nuestras carabinas habian hecho prodigios.

En aquel momento á través de los mirtos y de los cactus, se oyó un nuevo griterio, y cinco salvajes pintarrajeados de blanco desde las orejas á la cintura, salieron de entre las malezas. Lanzando gemidos y exclamaciones lúgubres aquellos nuevos guerreros, en vez de caer sobre nosotros como esperábamos, se colocaron en torno de los moribundos.

Su presencia nos demostró que estaban emboscados para atacarnos, y creimos prudente retirarnos á donde se hallaban nuestros compañeros, preparándonos allí á la resistencia.



Los guerreros indígenas no se ocupaban de nosotros; corrian de un lado á otro. Formaron con ramas de árbol una especie de camillas, colocaron en ellas á los cadáveres, los cubrieron de flores, y despues se los llevaron entonando cánticos fúnebres.

Entregados al dolor y á las ceremonias funerarias, parecieron olvidarse de nosotros, y al partir, ni una amenaza, ni una mirada siquiera nos dirigieron.

Sin embargo, toda la noche permanecemos alerta, y al dia siguiente al amanecer abandonamos los alrededores del *Funny-Mount*, para dirigirnos á la hacienda de los Cinco manantiales.

Nuestro viaje, dada la situacion en que se hallaban los ánimos de los indígenas, no pudo ser más venturoso.

Llegamos al fin á la hacienda y vimos que ondeaba en la casa la bandera inglesa. En el interior del edificio habia una gran agitacion; los rebaños habian sido encerrados en los rediles y los mugidos de las ovejas producian un ruido infernal.

Como nosotros habian acudido multitud de mineros, y entre todos y los criados de la hacienda, formábamos un contingente respetable.

Tres pastores habian sido asesinados, y los indígenas, autores de este crimen, habian roba-





do tambien más de quinientos corderos. Las herramientas de los mineros habian desaparecido.

Semejantes tropelias necesitaban ser castigadas, y Mac-Klowen y su vecino más próximo Hiram-Chaverlay, seguidos de una veintena de hombres decididos, comenzaron á perseguir á los negros, matando sin misericordia cuantos encontraron al paso.

Tiempo es ya de indicar los motivos que habian impulsado á los indígenas á apoderarse de las herramientas y del ganado.

Los sacerdotes en sus predicaciones les habian mandado apoderarse con maña ó por fuerza del mayor número posible de reses para su alimentacion, mientras estuvieran en los subterráneos, y de herramientas para cavar la tierra y formar cuevas, en las que deberian guarecerse cuando tuviera lugar el anunciado choque.

Así, pues, la actitud de los negros obedecia al estímulo de los sacerdotes.

En la sola provincia de Mongagap fueron víctimas de esta lucha diez y seis europeos.

La guerra duró más de siete semanas, y al cabo de este tiempo los indígenas comenzaron á desmayar.

Perseguidos, fusilados, tratados como bestias feroces, colgados de las ramas de los árboles, abrasados en sus mismas cavernas, comenzaron á desear la paz. Por otra parte, el temor de que



llegara el fin del mundo, habia ido debilitándose en ellos.

Las consecuencias de la guerra, eran, pues, funestas para los naturales del país, lo mismo que para los europeos; las haciendas estaban abandonadas, el ganado que necesitaba libertad, sucumbia en los rediles; los dueños de las haciendas veian destruirse poco á poco las obras tan trabajosa y pacientemente llevadas á cabo; los mineros se desesperaban, y en aquella crítica situacion, me pareció oportuno tomar á mi cargo la difícil, pero fecunda mision, de llevar á los nagarnooks, nuestros más próximos enemigos, el ramo de oliva.

—Puesto que los montañeses no quieren venir á hacer las paces con nosotros, —les dije, —vayamos nosotros á la montaña á proponérselo.

Participé mi propósito á mis camaradas, y me dejaron en completa libertad de accion.

Mac-Kloven y Chaverlay aceptaron mi proyecto, y consintieron en suspender las hostilidades durante un mes.

Una casualidad, que fué muy venturosa para mí, hizo que dos dias antes de marcharme á cumplir mi mision, Mac-Kloven aprisionase á un jóven indígena.

Debia ser colgado de un árbol como sus compañeros; pero descubriendo en su fisonomía generosidad y valor, puse gran empeño en salvar-



le, seguro de que su agradecimiento seria para mí una llave mágica con la que podria abrir el corazon de sus compatriotas.

Hallábase atado de pies y manos, y esperando á cada instante ser muerto ó devorado por los perros, fin que habia cabido á otros muchos de sus compañeros.

Habiendo obtenido permiso para hacer de él lo que quisiera, fuí á su lado, corté sus ligaduras, le conduje á mi tienda, y despues de tranquilizarle, le manifesté que no seria ni devorado, ni ahorcado, y que al dia siguiente, si sus fuerzas se lo permitian, iríamos juntos hácia su aldea.

El indígena me oia, pero no me comprendia; necesitaba por lo tanto repetir con la mímica y con algunas palabras que conocia yo de su dialecto, lo que deseaba comunicarle.

Dominado por la emocion, sólo pudo pronunciar una palabra, «Marra,» que quiere decir madre, y loco de alegría se arrojó al suelo, poniéndose á retozar.

Aquel jóven inteligente y vigoroso, era hijo del jefe de su tribu.

Nuevas explicaciones de mi parte le hicieron comprender que mi propósito no era otro que el de pactar las paces.

Koawur, que así se llamaba, me aseguró que haria por su parte los mayores esfuerzos para



que mi negociacion diplomática obtuviese el mejor resultado.

Adquirí las provisiones necesarias, metí en un saco ropa, calzado, medicinas, cintas encarnadas, collares de azabache, brazaletes de cristal y algunos otros objetos para regalar á los enemigos que iba á catequizar, y tambien llevaba conmigo dos hachas americanas, una para el padre de Koawur y otra para el jefe de la tribu de los nagarnooks. No olvidé ni mi cuchillo, ni mi revolver, ni mi carabina.

Koawur estaba completamente desnudo, y para granjearme más y más su aprecio, le di unos pantalones y tres lanzas, á fin de que como buen cazador, pudiera en el camino proporcionarnos los víveres indispensables.

Hechos todos estos preparativos, al dia siguiente, antes de amanecer, abandonamos la hacienda de los Cinco manantiales y nos internamos en los bosques.

No consentí que nadie me acompañase. Pensé que si un solo europeo no podia inspirar desconfianza á los indígenas, la presencia de más podria producir el efecto contrario.

Imposible es describir la alegría que experimentó Koawur al hallarse en medio de los bosques. Abrazaba los cedros, besaba los eucalictos, acariciaba las yerbas y se adornaba con las más vistosas flores.



Yo seguía sus movimientos, no sin temor, porque á cada instante esperaba que me dejase solo.

Desde el primer instante se quitó los pantalones; no podía andar con ellos, y lo mismo que un lebrel venia á mi lado, me indicaba el camino que debia seguir, y se separaba corriendo y saltando, pero no me abandonaba.

De cuando en cuando lanzaba gritos semejantes á los del águila, medio que tienen de llamarse unos á otros los indígenas.

Por fin, acudieron á sus llamamientos seis negros de la familia de los nagarnooks.

Koawur les explicó la causa de mi presencia en los bosques, y les refirió cómo hallándose próximo á la muerte, le habia yo salvado.

Al oirlo, aquellos salvajes me juraron fidelidad, y se comprometieron á seguirnos para apoyar mi proposicion.

Al cabo de tres dias de marcha, llegamos al *kraos* ó aldea donde se encontraba la familia de Koawur.

¡Qué escena tan conmovedora la que tuvo lugar cuando mi jóven guia y su madre se encontraron!

La infeliz le creia muerto. Siguiendo la costumbre de su raza, para manifestar el dolor que sentia, se habia herido la frente, las megillas y el cráneo. Débil aún y casi sin poder moverse,



el amor maternal le dió fuerzas y se la vió restablecerse por momentos.

No hay para qué decir el cariño que la inspiré desde el instante que supo que su hijo me debía la vida.

Por efecto de aquel acto de generosidad necesaria, logré captarme las simpatias de nuestros enemigos, y despues de muchos dias de reuniones y de discutir, los nagarnooks y nagotaks aceptaron unánimemente mis ofertas de paz. Se convino en que todos los indígenas borrarian de sus rostros los colores de guerra con que se habian pintarrajeado, y que unos y otros volverian á la situacion en que estaban antes de comenzar el combate. Los jefes juraron respetar fielmente las resoluciones adoptadas. Yo mismo les juramenté la paz en nombre de los colonos, y la concordia quedó restablecida.

Todo volvió á su antiguo estado.

Los dueños de las haciendas recuperaron la tranquilidad, los ganados pudieron pacer libremente en el campo, los mineros volvieron á explotar sus minas, y yo por mi parte, deseoso de conocer á fondo aquella raza, resolví permanecer una temporada al lado de los nagarnooks, y visitar, acompañado siempre de mi fiel Koa-wur, todas las tribus nómades del interior del país.

Todo cuanto observé sobre las costumbres, las



cacerias, las supersticiones, la manera de vivir de los habitantes primitivos de la Australia, constituyen el principal asunto de las páginas que ofrezco á continuacion á los lectores.

---



---

## CAPITULO V

---

Una aldea indígena.—Aves afortunadas.—Trage de caza.—Las esposas de Múlligo.

El mismo dia de mi llegada al paraje donde habitaban los nagarnooks, gente sedentaria, sin más albergue que chozas, con las que forman aldeas ó ranchos; sin más ocupacion que la caza en las montañas y en los profundos valles que se extienden desde las orillas del Murray á las del Darling; el mismo dia, repito, de mi llegada, tuve la suerte de que Kaowur me pusiera bajo la proteccion de su padre, que era uno de los jefes más importantes de la tribu.

Para recompensarme por haber salvado á su hijo de una muerte cruel, reunió un gran número de indígenas de los sometidos á su poder, y



delante de ellos me reconoció como individuo de su familia, logrando por efecto de esta gracia obtener la más completa seguridad en medio de aquellos salvajes.

El rasgo que más caracteriza al australiano, es la energía con que defiende á sus parientes, y en caso necesario los vengá.

Unidos en el bien como en el mal, cada uno de los habitantes de aquel país considera como suyo el favor que se dispensa ó la ofensa que se hace á los individuos de su familia, y no sólo de su familia, sino á los de su raza. Atacar al que les ha hecho algun beneficio, molestarle en lo más mínimo, es lo bastante para que todos en masa se subleven contra el que tal desacato cometa, llegando si es preciso hasta dar origen á una guerra el acto más insignificante de descortesía cometido en este concepto.

Kaowur tenía además de padre y madre, una hermana llamada Kaola, jóven y hermosa.

Su tez era más clara que la de las otras mujeres de la tribu, sus cabellos largos, sedosos y rubios, y estaba unida á un jefe segundo llamado Múlligo, mozo de atléticas formas, de brazos de hierro, y uno de los más diestros cazadores de la selva.

El kraos ó aldea habitado por esta familia, era uno de los más considerables de cuantos poseía aquella raza. Ocupaba una colina cuya



base acariciaba con sus ondas el Neer-Gabby, río de gran profundidad. La aldea estaba formada por unas veinte chozas, en cada una de las cuales podían albergarse de cuatro á seis personas.

Para dar una idea de estas chozas, es preciso figurarse huevos gigantescos hundidos en la tierra hasta la mitad y deprimidos en la cúspide.

Estas chozas estaban construidas con troncos de árboles, rodeados de cañizos que formaban también el techo. Entre unas y otras había una distancia de treinta metros. Casi todas ellas estaban cubiertas, como por colgaduras flotantes, por las ramas de eucalictos y cedrellas de colosales proporciones. Las puertas de madera labrada se abrían hacia el Oriente, y el espectáculo que ofrecían todas juntas era encantador.

Koawur me condujo á lo más elevado de la colina, y el paisaje que se presentó á mi vista era precioso.

A derecha é izquierda, el terreno muy ondulado, formaba escalinatas de verdura, superpuestas las unas á las otras, hasta perderse en los límites del horizonte. Enfrente había una inmensa selva, y á nuestros pies serpenteaba el río, dirigiendo su corriente con indolencia.

¡Qué calma tan apacible! ¡Qué tranquilidad tan encantadora en todo aquel vasto paisaje, en-



vuelto á la sazón en un flúido de oro, en una gasa de púrpura que formaban los primeros rayos del sol naciente!

Koawur y Múlligo, que procuraban complacerme, se esmeraron en construir cerca de su choza una cabaña parecida á las que ocupaban sus jefes, de unos cinco metros de alto por diez y seis de circunferencia.

Cubierta por la parte exterior con grandes pedazos de cortezas de árboles fijados con espigas de acacia, únicos clavos que usan los indígenas, era tan sólida que podía desafiar impunemente la lluvia y los huracanes.

Terminada la obra, la madre de Koawur colocó con solemnidad en los cuatro puntos cardinales, cuatro grandes ramilletes de flores amarillas, flores que segun creen aquellas pobres gentes, alejan los malos espíritus. Cubrió el suelo con yerbas misteriosas, cogidas de los campos mientras las bañaba la luna, circunstancia muy especial; y una vez arreglada mi habitación, tomé posesion de ella, despues de asegurarme Múlligo que me hallaba al abrigo de cualquier tentativa de los *Wumjies*, espíritus malignos que se complacen en atormentar á los que duermen.

En esta humilde choza es donde he pasado una temporada de las más dichosas y tranquilas de mi vida.



Al día siguiente al amanecer, sali á la puerta de mi cabaña, y sentándome sobre un pedazo de tronco, aguardé la llegada de Múlligo, contemplando un panorama de lo más interesante y bello que puede la imaginacion figurarse.

Toda la llanura desde la base de las selvas, estaba en movimiento.

Grupos de indígenas iban, venian, se perseguian, hacian alarde de agilidad en el valle, se sumergian en las aguas del *Neer-Gabby*; otros inmóviles y recostados sobre los troncos de los árboles, esculpian cabezas de wahnas (1) con piedras de silex afiladas; otros tegian cinturones; otros afilaban sus armas ó se fabricaban otras nuevas; y las mujeres activamente ocupadas, cantaban, avivaban el fuego y preparaban el almuerzo, ocupaciones culinarias de las más importantes, que una multitud de niños, todos desnudos, observaban con el mayor interés.

Hacia ya algunos minutos que contemplaba este espectáculo tan nuevo para mí, cuando un hecho aislado en aquella escena general llamó mi atencion.

Multitud de grullas de cabeza sonrosada, y otras aves de figuras gigantescas, se paseaban

---

(1) Bastones largos de madera fuerte, cuyos extremos afilados y endurecidos al fuego, parecen puntas de lanzas.



suavemente en medio del kraos, é iban sacudiendo sus plumas de una choza á otra.

Cada vez que un australiano pasaba cerca de alguna de aquellas aves, le veia inclinarse ante ellas como prueba del más profundo respeto. Machos se detenian y hacian como que las hablaban. Cuando esto sucedia, las aves parecian detenerse, y hasta escuchar con atencion.

Múlligo que llegó en aquel momento y que notó mi asombro, me manifestó que aquellos animales eran sagrados, que debian su nacimiento á Moo-to-Ony, dios de la raza negra, y que su mision era destruir en las aldeas los escorpiones, las arañas y los reptiles. Me dijo asimismo que aquellas aves nacidas en la tribu disfrutaban de grandes privilegios, que habia hombres destinados á su servicio, y que los que las maltrataban sufrían los más severos castigos: la muerte de alguna de ellas atraia sobre toda la comarca lluvias y tempestades terribles.

Terminada esta explicacion, me invitó Múlligo á ir á la selva para ver cómo los indígenas mataban á los kángaros.

A fin de tributarme los honores en toda regla se presentó con todos los atributos de caza de jefe nagarnook.

Estos atributos eran una pluma de héron que partia de la oreja izquierda, y un brazalete formado con dientes de serpiente, rodeaba su puño



derecho; un cinturón de cuero ceñía su talle, y una especie de trusa cubría su cuerpo desde la cintura hasta la mitad de los muslos. Del cinturón pendía un cuchillo de sílex y un hacha de piedra; en la mano izquierda ostentaba cinco lanzas con puntas muy agudas. Como adorno de este traje, debo decir que llevaba las mejillas pintadas de almazarrón.

Nos pusimos en marcha, y al pasar á alguna distancia de la choza donde habitaba su familia, lanzó tres gritos semejantes á los del cuervo, anunció de este modo su marcha á los suyos, y continuamos por la verde pradera hasta la selva.

A poco rato volví la cabeza, y ví detrás de nosotros como á cien metros, dos mujeres de quince á diez y seis años apenas, que con los ojos fijos en nosotros, y acompasando sus movimientos á los nuestros, nos seguían como pueden hacerlo dos perros atentos y sumisos.

Estas mujeres eran Kaola y T'Sadda, esposas de Múlligo.

Sus tres hijos, niños pequeños aún, iban detrás saltando y brincando.

Apoyadas cada una de aquellas mujeres en un palo de madera de ébano, llevando un morral á cuestas, nos siguieron sin fatigarse, sin que su amo y señor se dignase dirigirles una sola vez la más insignificante palabra.



Tal era la costumbre y la costumbre es también ley en la Australia.

De todos modos, aquellas mujeres no parecían sufrir por la indiferencia de su dueño.

Después de dos horas de marcha llegamos al límite de los terrenos ondulantes y floridos donde se hallan los kángaros.



---

## CAPITULO VI

---

La caza del kángaro—Conversaciones con las reses—Una cocina al aire libre.— Un banquete—  
Datos curiosos.

Desde el momento en que el indígena australiano dá comienzo á la cacería, se opera en él una trasformacion completa.

Busca la presa con penetrantes ojos, aspira el aire como si tratara de descubrir en la emanacion de la brisa el olor de la res que se propone sacrificar.

Múlligo se detuvo de pronto y quedó inmóvil, tanto que más que un hombre parecia un tronco de árbol.

Las mujeres que le seguian al verle en aquella actitud, se echaron de bruces en el suelo, y los niños se acurrucaron en torno de sus madres. Yo mismo me guarecí instintivamente detras de unas malezas.



Un silbido dulce y cadencioso, semejante al grito del *kolia*, loro de plumas azules, partió de los labios del indígena.

Este silbido indicaba que habia descubierto un *mé-nú-áh* ó kángaro.

En efecto, á unos doscientos ó trescientos metros, hácia la derecha, se descubria un kángaro, con las orejas aguzadas, y en actitud de escuchar para no ser sorprendido por el cazador.

Era una hembra, y llevaba las crias en la bolsa abdominal que poseen estos animales.

Tanto en la madre, como en las crias, se notaba la agitacion y el temor.

El kángaro permaneció en aquella actitud algunos minutos, pero como todos guardábamos silencio y hasta recojiamos el aliento para no hacer ruido, se tranquilizó al fin, y se puso á pacer.

Múlligo, que conservaba su impasibilidad, aguardó á que desapareciera todo temor de su presa, y entonces tomó una lanza, se armó con ella, y comenzó cautelosamente á avanzar hácia donde estaba el animal.

Si durante esta marcha levantaba la cabeza el kángaro y escuchaba, el indígena se detenía y permanecía inmóvil.

Estas escenas se repitieron sin interrupcion, hasta el instante fatal en que arrojada la lanza



con mano vigorosa por Múlligo, atravesó de parte á parte al desdichado kángaro.

A la cautela y al silencio siguió la expansion y la alegría.

Las mujeres y los niños se levantaron, y unas y otros corrieron como perros á perseguir al animal herido.

El kángaro corria, procuraba evadirse de sus perseguidores, y por último, subiéndose á una roca, se resolvió á hacer frente á sus enemigos, disponiéndose á desgarrar con sus uñas al primero que se le acercase.

Múlligo dió orden á su gente para que se detuviera, y con una calma, con una frialdad inconcebible, al hallarse á algunos metros de distancia de su víctima, se puso á hablarla dándole gracias por haberle proporcionado la dicha de herirla, y anunciándole que antes que los *rohi-rohi* (1) comenzasen á cantar, su carne asada haria la felicidad de su estómago.

Mientras se expresaba de este modo, arrojaba nuevas lanzas al pecho de su víctima.

Al fin y al cabo sucumbió el animal, y Múlligo llamó á sus mujeres, ordenando á T'Sadda, la más robusta, que cargase con la res muerta. Dió á Kaola sus armas para que las llevase, ar-

---

(1) Palomas que no cantan hasta el medio dia ó sea en las horas de más calor.



regló un poco la pluma que adornaba su cabeza, y poniéndose al frente de la comitiva, nos hizo á todos una seña para que le siguiéramos.

Múlligo nos llevó por el bosque, buscando un paraje á propósito para celebrar el festin, y nos situamos en un vallado por donde pasaba un riachuelo.

El indígena se entregó á las delicias del sueño, mientras que sus mujeres improvisaban una cocina. Mi buen amigo se acostó en el césped, y me invitó á imitarle, anunciándome que debíamos echar una siesta mientras condimentaban el kángaro; pero como yo deseaba conocer los secretos culinarios de las australianas, en tanto que Múlligo cerraba los ojos y dormía, yo abría los míos y no perdía un solo detalle de cuanto pasaba cerca de mí.

Kaola y T'Sadda cavaron con ayuda de sus bastones ó wahnas, un hoyo en la tierra que tenía la forma y la profundidad de una sepultura. En seguida cojieron una gran cantidad de piedras planas en la orilla del riachuelo, y cubrieron con ellas el fondo y las paredes de la escavacion. Acto continuo arrojaron en el hueco ramas secas, y Kaola encendió una cabeza de agarico, yesca que se usa en aquellos pueblos primitivos, y no tardó en formar una hoguera.

Mientras que el fuego se avivaba, y los niños le sostenían arrojando en él ramas secas,



T'Sadda con su cuchillo de silex abrió en canal al kángaro. Sin despojarle de la piel, le quitó los intestinos, y en su lugar puso unas cuantas bolas de manteca y un gran ramo de yerbas aromáticas. Tomó de su morral un huecito de *taibís* que le servía de aguja, un ovillo de un hilo muy grueso formado de borra vegetal, y cosió el addómen del kángaro.

Sin pérdida de tiempo, entre las dos mujeres colocaron la res patas arriba en la gran hornilla que habían preparado. Cubriéndola con nuevas ramas, las encendieron, y el animal no tardó en encontrarse en medio de dos capas de fuego.

Aunque todas aquellas operaciones me distraían, no podía menos de preguntarme qué gusto tendría aquel animal cocido dentro de su propia piel.

Mientras que la res se asaba, las mujeres y los niños se bañaron en el riachuelo.

Al cabo de una hora Kaola y T'Sadda buscaron un pedazo de corteza de árbol ancho y largo, y retirando el kángaro del fuego le colocaron en la corteza que parecía una enorme fuente, le abrieron el pecho en toda su longitud y le conservaron abierto, poniéndole en la abertura unos pedazos de madera preparados al efecto.

Múlligo se despertó por los gritos de alegría



que proferían sus hijos, y por el buen olor que despedía la res asada.

Kaola y T'Sadda tomaron del morral que llevaban unas grandes conchas oblongas y unos cuantos pedazos de warran, raiz que hace las veces de pan.

Nos sentamos formando círculo, y armado cada cual de una concha, nos pusimos á beber el jugo y la sangre caliente, que deslizándose por las paredes del cuerpo se concentraba en la cavidad del estómago de la res. Despues de apurar hasta la última gota de este jugo especial, Múlligo despedazó la res con su hacha, me dió la lengua, se adjudicó los sesos, y cada cual de los presentes cogió un trozo que todos, dicho sea en honor de la verdad, devoramos con muy buen apetito. Despues fuimos al riachuelo y nos echamos al cuerpo un buen trago de agua.

Múlligo me manifestó que ciertas partes del kángaro no podían comerlas ni aun tocarlas los que no habían cumplido quince años lo ménos, tales como la cola, la lengua los sesos y la médula. Los sesos y la médula cuidadosamente conservados y mezclados con una especie de pasta vegetal que se hace con yerbas, forman un manjar delicadísimo, que se ofrece en las grandes comidas al jefe de la tribu ó al anciano más estimado y de más méritos.

Mientras que Múlligo, jugando con sus hijos,



esperaba á que cayese la tarde para dirigirnos de nuevo al kraos, y las mujeres despues de empaquetar los mejores trozos que habian quedado de la res, se aprestaban á guardarlos en sus grandes morrales, logré que Kaola me permitiese examinar de cerca este curioso depósito del menaje australiano.

Estaba construido con piel de *dasyur*, animal de color negro con manchas blancas, y reforzado con anchas trenzas hechas de cañizo aromático. En su parte exterior tenia cuentas rojas y estaba festoneado con dientes blancos y multitud de piedras formando mosaicos. Dos tirantes ó abrazaderas permitian colocarlos sobre las espaldas, sujetándolos con los brazos.

Estos morrales suelen contener dos piedras planas para machacar las raices, huesos, espinas y pedazos de cuarzo escogidos para las puntas de las lanzas, conchas, cortantes, cortezas finas y sólidas que emplean como bendas cuando tienen heridas graves, madejas de nervios para tender lazos á las aves y á los animales, bolas de resina para arreglar las armas, manojos de plantas purgativas, albayalde, ocre, polvos negros en paquetes y algunas otras pinturas que les sirven para adornarse la cara y el cuerpo. Y en algunas carteras secretas que tienen dichos morrales, habia brazaletes, collares y una especie de máscara de concha con que Kaola se cu-



bria el rostro en las danzas de la primavera.

Y por último, amuletos temibles, tales como un pórfido y tres pedacitos de cristal azul que los médicos magos de su tribu habian sacado de la cabeza y del corazon de sus padres muertos.

Estas piedras, fúnebres segun la creencia indígena, los preservaba de todo maleficio, lo que basta para comprender que lo guardaban como oro en paño.

El morral que contenia todos los objetos que he enumerado, podria pesar de doce á quince kilogramos.



---

## CAPITULO VII

---

La primera cacería.—El árbol que apaga la sed.—  
Hojas inmortales.—Un arma fatal.—Un certamen.  
—Los kakatoes.—Varias aves.—Mis relaciones con  
un murciélago.—Espectáculos sorprendentes.

Antes de referir los novelescos episodios que en aquella parte del mundo y entre aquellos hombres, cuyas creencias, usos y costumbres formaban una sociedad completamente primitiva; como los principales atractivos, como las novedades, por decirlo así, que pueden ofrecer interés y curiosidad al europeo, hay que buscarlas en la Flora y la Fauna de aquel país, es decir, en las plantas y en los animales que pueblan las montañas, los valles y las llanuras de aquella region desconocida, voy rápidamente á



presentar á los lectores estas novedades, amenizando la narracion hasta donde sea posible con los episodios de caza, y con los rasgos característicos de los indígenas que recuerdo de la época que pasé en compañía de los nagarnooks.

Ya hemos visto cómo los australianos cazan el kángaro, lo adoban y lo comen.

Tambien suelen tenderles lazos, pero el procedimiento que más entusiasmo á los indígenas es la persecucion de aquella res.

Una tarde me anunció Koawur, que al dia siguiente al romper el alba, vendria á buscarme para que asistiera á una solemnidad.

Wollogong, jóven hermano de Múlligo, debia perseguir y cazar el primer kángaro, ó lo que es lo mismo, iba á hacer sus primeras armas.

Alto, fornido, esbelto, con músculos de acero, con poderosos pulmones, Wollogong en toda la fuerza de la juventud, queria conquistar el primer laurel de gloria.

En aquella sociedad rudimentaria era un verdadero acontecimiento el que me invitaban á presenciar.

Salimos, pues, y aquel dia, que nunca olvidaré, tuve ocasion de conocer la preciosa virtud de uno de los más hermosos árboles de la Australia.

Recorrimos durante la mañana terrenos áridos, y á cosa del medio dia experimenté una sed abrasadora.



Comuniqué á Wolloogong aquella apremiante necesidad, y designándome con el índice unos cuantos árboles de inmensa copa y de pobladas ramas, me dijo:

—Allí hallaremos con que apagar la sed.

Cuando llegamos adonde estaban los árboles, busqué con avidez el agua prometida: inútil afán; no encontré más que una tierra tostada, esmaltada, por decirlo así, con polvo de cuarzo que brillaba á los rayos del sol.

Debí dirigir en aquel momento una mirada aterradora á Wolloogong; porque creí que se había burlado de mí; pero sonriéndose el indígena, se acercó á uno de los grandes árboles, hirió con la punta de su lanza una raíz que apenas salía á flor de tierra, y aplicó sus labios al agujero que habia labrado.

Imitando su ejemplo, no tardé en poder apagar mi sed con el jugo de aquella raíz.

El árbol que apagaba mi sed era el eucalicto yarr-waga, de flores amarillas, y el más útil y magnífico de los eucalictos de la Nueva Holanda.

Este coloso, que eleva algunas veces á cien metros su copa, ocupa inmensos espacios en las más estériles comarcas del continente australiano.

Satisfecha mi sed, hice lo que todos hacemos en el mundo con los que nos prestan algun beneficio, volví la espalda al árbol.



—¡Cómo! exclamó Wollogong al parecer ir-  
ritado, ¿pagais de esa manera el servicio que os  
ha prestado el árbol?

—¿Qué queréis decir?—pregunté.

—Que perecerá si dejais salir toda su sávia.

—¿Qué debo hacer?

—Ved lo que yo hago.

Y Wollogong haciendo un hoyo, sacó del  
fondo de él una porcion de tierra húmeda que  
amasó y colocó sobre la hendidura que habia  
hecho en la raiz del árbol.

Acto contínuo imité su ejemplo.

—Sin estas precauciones,—me dijo,—los ár-  
boles que han apagado nuestra sed, sucumbirian  
al mudar de corteza (1).

Como habiamos convenido, Múlligo, Wollo-  
gong, Koawur, algunos otros indígenas y yo,  
nos encontramos al dia siguiente al amanecer en  
un sitio de la selva que ya se habia designado  
de antemano.

Wollogong, desnudo, sin más armas que su  
cuchillo de piedra, esperaba la llegada de los  
jueces.

Tardaban estos, y siguiendo su costumbre,  
los que aguardaban, para no permanecer ociosos,

---

(1) En la Australia nunca caen las hojas de los árbo-  
les, solo mudan estos de corteza todas las primaveras.



comenzaron á luchar entre sí, á saltar, á arrojar sus lanzas sobre los troncos de los árboles.

Entonces presencié un rasgo de destreza que llamó mi atención.

Un pájaro de color pardo, del tamaño de uno de nuestros gallos, y que llevaba en el pico un gusano de grandes dimensiones, acudió á posarse sobre un árbol próximo al paraje en donde nos hallábamos, ocultándose instantáneamente en el nido que allí tenía.

A una señal de Múlligo, Koawur, sacando de entre sus lanzas las más larga, fué á colocarse debajo del nido, mientras que Múlligo escogiendo cerca de él un paraje á propósito, desató del cinturón que ceñía su cuerpo un pedazo de madera cilíndrico, corto y pesado, arma indígena, cuyo uso no conocia yo todavía.

Koawur atravesó con su lanza de parte á parte el nido, el ave lijeramente herida, tendiendo el vuelo, abandonó espantada su asilo; pero en el momento en que se separaba del árbol, Múlligo le arrojó el arma que acabo de citar, y herido en el pecho, el pájaro cayó muerto á sus pies.

Manejan los australianos con tal habilidad el arma que llaman dowuck, que palomas, kaka-toes, ivis y cuantos pequeños cuadrúpedos pasan ó huyen á su alcance, perecen á sus manos de este modo.

No solo el dowuk es arma de caza, sino de



guerra. Cuando los indígenas empuñan una batalla, la arrojan á la cabeza de sus enemigos, y producen siempre fracturas mortales.

Por fin llegaron el jefe de la tribu y los tres ancianos, que maestros en el arte de cazar el kángaro, debían juzgar las cualidades y méritos de Wollogong.

Tres días empleó el jóven hermano de Múlligo en conseguir su primera victoria.

Hallando al fin un kángaro, corrió tras él con delirante velocidad, y desplegó toda su astucia para contrarrestar la de la res. Pasó dos noches en medio de la selva sin moverse, casi sin respirar para que el kángaro creyese que su perseguidor había renunciado á su posesion, y al cabo del tiempo indicado volvió adonde nosotros le aguardábamos con su trofeo, y allí recibió una entusiasta ovacion, declarando todos que era digno de figurar entre los más hábiles cazadores de la tribu de los nagarnooks.

Celebróse su triunfo con grandes fiestas, pero como en aquella tribu la caza era un placer y al mismo tiempo un medio de atender á las necesidades de la vida, cuando aún resonaban los vítores y plácemes en favor de Wollogong, me invitó Múlligo á asistir á una caceria de kaka-toes.

—Cuando quieras te acompañaré,—le dije.

—Pues ahora mismo.



—¿Ahora?—le pregunté admirado al ver que no llevaba ni maca (lanza), ni tomahawk, ni dowuk.

—Sí,—respondió.

—¿Y con qué matarás los kakatoes?

—Con el boomerang,—me respondió, mostrándome una especie de sable pequeño que pendía de su cinturón.

Esta respuesta despertó en mí un vivísimo interés, porque había leído muchas historias fantásticas acerca del empleo de aquel arma, y me complacía poder ser testigo de su importancia.

El boomerang ó kiley goza de gran honor entre los naturales de la Nueva Holanda.

Es un arma arrojadiza de su invención, desconocida de los demás pueblos salvajes de la tierra, construida con un pedazo de madera dura y compacta, ligeramente combada en el centro: su longitud es de dos pies ocho pulgadas, su ancho de dos pulgadas, y su espesor de dos centímetros: uno de sus extremos está afilado, el otro plano.

Los indígenas se sirven de ella cogiéndola por la parte plana con las dos manos y arrojándola con toda su fuerza sobre la víctima que elijen.

Múlligo y yo partimos hácia las orillas del Neer-Gabby. Allí nos detuvimos y aguardamos



el crepúsculo vespertino, hora en que los kakatoes rosados, hermoso pájaro de treinta y cinco á cuarenta centímetros de longitud, buscan en las orillas de los rios, de los lagos y de los pântanos un asilo para pasar la noche. Fatigados de las tareas del dia, se reúnen en bandas numerosas.

Estando en acecho no tardamos en ver una bandada de aquellos hermosos loros dirigirse hácia un rio próximo y guarecerse en los árboles que crecen en sus orillas.

Múlligo se puso en marcha y me indicó que le siguiese.

Creyéndose seguros los kakatoes, revoloteaban, y gritaban, se perseguían, y así estuvieron algun tiempo, hasta que se escuchó á lo lejos el gemido del *hepouna-ru*, pájaro nocturno que anunciaba el fin del dia.

Entónces se colocaron casi todos en un árbol aprestándose á dormir tranquilamente.

Los infelices no habian contado con Múlligo. Este, colocado debajo del árbol, despues de medir la distancia y de hacer varias observaciones, empuñó su kiley, se separó un poco del tronco, y arrojó el arma produciendo una verdadera carniceria en los pájaros que allí se guarecian.

Quince de aquellas aves cayéron en nuestro poder.

Admirando la eficacia de aquel arma, supe



que un boomerang habia producido la muerte del caballo de mi amigo O'Brian, en el deplorable encuentro que tuvo con los nagarnooks en el valle de Mongagap.

El boomerang ó kiley es, pues, el arma más peligrosa que esgrimen los indígenas.

Todos al arrojarla, saben imprimirle el movimiento de rotacion que tan terribles efectos produce, y para conseguir la agilidad y la destreza que reclama, desde muy niños aprenden su manejo.

¡Cuántas veces desde la puerta de mi cabaña á la caída de la tarde veia yo en la llanura del kraos á los niños ejercitándose en el manejo del kiley! Pero prosigamos.

Además de la inmensa familia de loros, cuyo número y especies son innumerables, la Nueva Holanda posee una prodigiosa variedad de otras aves.

Entre las de rapiña, pueden citarse el águila roja, el halcon gris, el buitre salvaje, el milano negro, y una multitud de variedad de cuervos.

Entre los carnívoros, el murciélago ocupa el primer puesto.

Nunca olvidaré mis breves, pero penosas relaciones con uno de estos mónstruos.

Muchas noches sentia un calor tan grande en mi cabaña, que no podia ménos de abando-



narla, para dormir sobre el mullido césped al pié de algun árbol.

Cuando tomaba esta determinacion, veia pasar por encima de mi cabeza grandes cuerpos negros de tres pies de diámetro lo ménos, que con vuelo silencioso y lijero, iban, venian y se cruzaban en todas direcciones. Eran los murciélagos ó vampiros que espiaban una presa, y el temor de verlos acercarse á mí, alejaba el sueño de mis ojos; pero respiraba mejor, y preferia la frescura.

Una vez, sin embargo, el cansancio del dia y la pesada atmósfera de la noche, me sumieron en sonnolencia invencible.

Abandoné mi cabaña, me acosté bajo un árbol, y á través del velo que el sueño arrojaba sobre mis ojos, veia á un gran murciélago describir próximo á mi cabeza, círculos concéntricos que se aproximaban más y más. Sus alas sedosas pasaban acariciando mi frente, y percibia hasta el olor fétido que exhalaba su cuerpo.

No ignoraba el peligro que corria: pugnaba por levantarme, por alejar de mí aquel cuerpo extraño, que hasta parecia magnetizarme; pero me faltaban las fuerzas, estaba dominado por el letargo, me era imposible levantarme y huir.

Haciendo un supremo esfuerzo, me acosté del lado izquierdo, oculté el rostro entre la yerba, y al fin y al cabo cedí á un sueño profundo.



Antes de perder el conocimiento noté que el mónstruo caia sobre mí. ¿Cuántos minutos ó cuántas horas permanecí en este estado de muerte? Lo ignoro. Sólo sé que de pronto faltándome aire, viendo que me ahogaba, me desperté. Un enorme cuerpo aterciopelado cubria mi cabeza con sus alas; la arrugada piel de su vientre rozaba mi boca.

Jamás experimenté una sensacion como aquella; queria gritar y mi lengua permanecia inmóvil, queria levantarme y me era imposible, mis piernas y mis brazos permanecian inertes, sentia detrás del cuello un dolor muy vivo, y mi pecho se hallaba inundado de un líquido caliente. Creí que iba á morir, y bajo la influencia de una profunda debilidad perdí de nuevo el sentido.

Cuando uno de estos murciélagos gigantes sorprende á un hombre ó á un animal, se acerca á él, le hace la rueda, procura con el suave aleteo adormecerle más, y despues con su punzante lengua le pica en el hombro, en el cuello, en el brazo, y apenas empieza á salir sangre, la bebe con tal avidéz que embriagado, no tarda en experimentar una especie de sopor y en dejarse caer sobre su víctima.

Esto fué lo que hizo conmigo un murciélagó, pero al fin y al cabo volví en mí, y me sorprendieron las primeras luces del alba.



El mónstruo habia volado.

Poco á poco fuí recobrando la lucidez, y comprendí que habia servido de festin á un vampiro. Perdí bastante sangre y quedé muy débil, pero aquella sangre me hizo muy buen efecto, y no tardé en restablecerme por completo.

Seria interminable la descripcion de todas las clases de aves que pueblan las selvas de la Australia, pero si no de todas, daré detalles de algunas.

El ya-goouya es un pájaro que sólo se deja ver en invierno, y cuyos graznidos anuncian las grandes tempestades, las lluvias y las inundaciones.

El pagú es un ave del tamaño de una gallina de Cochinchina de color amarillo, con rayas pardas y provista de grandes alas y de un cuello de desmensurada longitud. Puede decirse que esta ave es el payaso, el clown de la pajarería.

Presenció una escena que voy á referir.

Un pagú se hallaba en un árbol y comenzó á lanzar penetrantes gritos.

Vollogong que me acompañaba, llamó mi atencion, y frotándose las manos de gusto, me hizo observar atentamente la pantomima que iba á tener lugar.

A los graznidos del pagú acudian de todas partes multitud de pájaros, que iban situándose



en las ramas de los árboles próximos, como los espectadores de un circo en las gradas que han de ofrecerles cómodo asiento para ver la función.

Cuando el pagú dirigiendo una mirada en torno suyo notó que habia bastante auditorio, descendió del árbol, ejecutó en el trayecto multitud de cabriolas y posándose en el suelo, volvió á mirar en torno suyo como diciendo:

—Ea, señores, vá á empezar la función.

Y en efecto, comenzó á dar saltos, á describir grandes círculos, y por último lanzando sus patas al aire, y apoyándose, como si fuera un eje, en su pico, inauguró un movimiento de rotación de izquierda á derecha primero, de derecha á izquierda despues, con una destreza, con una habilidad que me maravillaron.

Terminada la función, emprendió su vuelo de nuevo, y se perdió en el bosque.

Los indígenas, que se divierten mucho con este espectáculo, respetan al pagú y no le matan sino cuando les azuza el hambre.

Wollogong me aseguró que se domesticaba facilmente el pagú y seguia con docilidad á las mujeres; pero desde el instante en que se convierten en animales domésticos, pierden todas sus cualidades de bufones y pasan la mayor parte del dia ocultos en los rincones más oscuros.

Declaro que me divirtió mucho aquel descubrimiento.



Al llegar al kraos pregunté al padre de Koawur si habia algunos otros animales dotados de los mismos instintos teatrales.

—Sí por cierto, me—contestó,—en los alrededores del lago Kuiway hallareis el bikal.

—¿Qué es lo que hace el bikal?

—Bailar, me contestó.

Impaciente por apreciar la habilidad de aquel animalito, expresé mi deseo, y Múlligo y Koawur ofrecieron complacerme.

Emprendimos la marcha. Mis dos acompañantes no llevaban armas, pero cada cual iba provisto de un instrumento de música sumamente sencillo llamado boorla, fabricado con pedazos de bambús huecos, los cuales unidos unos á otros como tubos de órgano, constituyen una especie de flauta gigantesca.

Los dos boorlas que yo ví podrian medir de un metro á un metro treinta, y constituian la orquesta que debia llevar la alegría á los bikales.

Despues de andar tres horas, llegamos á descubrir un estanque muy grande, cuyas orillas estaban cubiertas por multitud de juncos que parecia una muralla. Aquel era el lago Kuiway.

Múlligo y Koawur eligieron el paraje más á propósito, es decir, un sitio en el que estando ocultos, podiamos descubrir la vasta extension del terreno franco.

Mi dos amigos comenzaron á soplar con tal



furia en los tubos huecos de sus instrumentos, que al principio me pareció oír el mugido de veinte toros reunidos en la puerta de un establo.

Cerca de una hora alternaron Múlligo y Koawur, pero á pesar de todo ningun bikal aparecía.

Ya empezaba yo á aburrirme cuando de pronto dice Koawur:

—Bikal.

En efecto, al poco rato vimos en la llanura hasta una docena de grandes pájaros, que con majestuoso paso avanzaron como saludándose los unos á los otros, y un instante despues, al compas de la música suave y melodiosa entónces de mis dos amigos, comenzaron á bailar, imitando todas las figuras, todas las evoluciones coreográficas de un verdadero rigodon.

Como marcaban la medida abriendo y cerrando el pico, producía este movimiento un ruido muy semejante al de las castañuelas.

Sus contorsiones, sus gestos, sus figuras excitaron de tal modo mi hilaridad, que francamente me cansé de reír.

Terminada la danza, volvieron á sumergirse en el lago y desaparecieron.

Aquellas aves son del tamaño de las cigüeñas, su plumaje es blanco y encarnado en el extremo de las alas, sus cabezas están adornadas con un penacho voluminoso, tienen el cuello lar-



go, el pico puntiagudo, y los ojos pequeños pero vivos.

Otro de los pájaros que merece llamar la atención, es el balangara ó pájaro-lira, el más bello de todos cuantos hay en las islas de la Oceanía.

Su cuello parece de plata, sus alas tienen franjas de un negro azulado, su plumaje parece un arco-íris salpicado de nácar, su cola forma una verdadera lira.

Dos grandes plumas salen de derecha á izquierda, se comban, se recogen, y en su terminación forman cada una un semicírculo; en el centro hay multitud de plumas que parecen las cuerdas de la lira.

Estos pájaros, como los pavos reales europeos, no hacen más que darse tono en medio de aquellas llanuras; pero son tan estimados, que ellos, los kángaros y los emus, tienen el honor de formar las armas heráldicas de la Nueva Holanda.

Hay en el país que describimos entre los mamíferos, uno que suele pasar la mayor parte de su vida como los pájaros, guarecido en los árboles: llámase opossum.

Los indígenas conocen los árboles que contienen en su tronco alguno de estos animales, solo por la imperceptible huella que al subir á ellos dejan en la corteza.



La carne del opossum constituye uno de los manjares predilectos de los australianos, y suelen matarlos con el tomahawk, especie de hacha que manejan con gran destreza.

Debo decir que los indígenas se sirven de las dos manos con la misma facilidad.

Las mujeres del país, apenas tienen sus hijos seis años, les atan alternativamente el brazo derecho primero y luego el izquierdo, obligándoles á que á temporadas se sirvan del uno y del otro, con lo cual consiguen que al llegar á la edad varonil, pueden utilizar de la misma manera las dos manos.

Con las pieles de los opossum, cosidas las unas á las otras, fabrican las mujeres excelentes mantas llamadas *rugs*, en las cuales se envuelven por la noche cuando duermen sobre la tierra.

Con los dientes largos y blancos del mismo animal, confeccionan brazaletes, collares y otros adornos.

Tambien los pescados constituyen variedad digna de estudio y forman parte de la alimentación de los indígenas.

Los que viven en el interior de la Australia, comen indistintamente todos los pescados, orugas é insectos; pero los reunidos en las orillas del Océano, bien sea por precaucion ó por supersticion, se niegan á comerlos. Las ostras,



sobre todo, que llaman unios, son objeto de su aversion.

Preguntando yo á un nagarnook la causa de esto, me cont que segun una antigua crónica, muchas familias que se atrevieron á comer unios, murieron el mismo dia y en muy pocas horas envenenadas por una bruja, que dueña de aquellas conchas llenas de nácar, no queria que nadie tocase á ellas.

Podria llenar muchas páginas si refiriese todas las tradiciones, todas las leyendas que al reunirme con mis huéspedes en el kraos, oia contar á los ancianos al caer la tarde, en las noches de invierno, ó al amanecer antes de comenzar las cacerías.

En la imposibilidad de hacerlo, referiré las más notables impresiones que recibí durante mi permanencia en la tribu que gobernaba el padre de Kaowur; pero no sin terminar antes la descripcion de los animales más dignos de mencion.

Entre estos, debo citar al *emu*, uno de los que, como he dicho antes, disfruta el horror de figurar en el escudo heráldico de la Nueva Holanda.

Una mañana me anunció Múlligo que sus mujeres al volver del campo de recolectar legumbres, habian visto dos emus de grandes dimensiones.



El indígena quería cazarlos, y recordando el interés con que yo asistía á aquellas escenas, acudió á buscarme para que le acompañara.

Acepté, y Kaola y T'Sadda que debían servirnos de guía, partieron antes que nosotros, acompañados de Wollogong.

No tardamos en reunirnos todos.

Mientras caminábamos, Múlligo me contó que el avestruz negro ó emu, se cazaba del mismo modo que los mé-uu-ahs ó kángaros.

Una vez sobre la pista, avanzamos á través de incultas malezas, llegando á una inmensa llanura árida, en la cual no había más que un pino elevadísimo.

Wollogong trepó hasta su copa, y utilizándola como atalaya, observó en torno suyo hasta donde su vista se lo permitía. El vigía no tardó en descubrir el paraje donde se hallaban los dos emus que buscábamos; pero era necesario andar mucho para encontrarlos, y yo, á decir verdad, no tenía ánimos para emprender aquella marcha.

Antes de dar principio á la cacería, recordándome que vestía un traje blanco, y que por lo mismo podía llamar la atención de los emus, me recomendó que anduviese encorvado, que no hablase una sola palabra, y que hiciese el sacrificio de ahogar hasta los estornudos.



Estas advertencias me sirvieron de pretexto para librarme de las fatigas que me esperaban.

Abandonando á los cazadores, me dirigí á un risueño valle, donde se habian quedado las mujeres de Múlligo.

Ocupábanse en recoger algunas plantas que hacian papel de legumbres en el repertorio culinario de aquel país, y tanto trabajo les costaba sacarlas de la tierra, que el sudor regaba su frente, y sus manos, heridas por los pedazos de cuarzo y de sílice que habia en el suelo, estaban ensangrentadas.

Avergonzado de mi inaccion en presencia de la actividad de aquellas mujeres, me dispuse á ayudarlas, cuando de pronto llegaron á mi oido de diferentes partes voces que parecian unas ecos de otras.

—¿Qué significa esto?—pregunté á Kaola.

—Esos gritos,—me contestó,—anuncian la muerte de un emu.

Abandonando su faena, y como poseidas de un vértigo, se pusieron á cantar, á bailar, y á correr.

Un instante despues se presentaron á nuestra vista Múlligo y Wollogong.

Este último llevaba á cuestas un enorme avestruz negro ó emu.

Era el que habia cazado Múlligo, y le lle-



vaba encima en castigo por no haber podido matar á su compañero.

Aquella pieza fué despedazada por las mujeres, y todos nos dirigimos al kraos con la esperanza de un nuevo festin.

---







---

## CAPITULO VIII

—

Los karaculs.—Filosofía de un pueblo primitivo.—  
La afición á los muertos.—Revelaciones de ultratumba.—La supersticion.—Remedios peores que la enfermedad.—Un nuevo método de refrescar á la gente.—Los wan-guls.—Los wum-gis.—Los coradjis.—Los kobongs.—La gordura.—Idea de la belleza en Australia.

Antes de llegar á la aldea en donde habítamos, teníamos que pasar por un bosque.

Era el amanecer. La luna lucia á intervalos y se escondia tambien de tiempo en tiempo detrás de oscuros nubarrones.

De pronto Múlligo se detiene, retrocede algunos pasos y lanza una exclamacion gutural que me fué imposible comprender.

Deseando averiguar la causa de aquel movimiento de terror, miré en torno mio, y percibí



formando una silueta negra sobre la luna tras del horizonte, una gran forma humana, que colocada sobre una pequeña eminencia agitaba los brazos en todas direcciones.

La costumbre que habia adquirido de ver de noche, me permitió descubrir hasta en sus más insignificantes detalles aquel personaje original.

Su cabellera, recogida sobre el seno por medio de una ancha cinta formada con juncos y adornada con conchas, estaba dividida en largos mechones, que fuertemente engomados, permanecian erizados en torno de su cabeza.

Este tocado, semejante á la corona de siete puntas que la antigua Roma daba á los emperadores cuando los elevaban á la categoria de dioses, se llama en las tribus australianas *tocado puerco espin*.

Inmóvil y mudo aquel sér misterioso, continuaba agitando los brazos.

Deseoso de saber qué podia significar aquello, busqué á Múlligo para preguntarle; pero Múlligo, Vollogong, T'Sadda y Kaola habian desaparecido.

Los busqué, los llamé; pero todo fué inútil.

Comprendiendo que aquella figura debia ser la causa de su desaparicion, me decidí á buscarlos á toda costa, y despues de registrar los rincones del bosque, que así puede decirse, los



encontré escondidos entre unos matorrales y completamente dominados por el terror.

A todas mis preguntas respondia Múlligo:

—Karakul, karakul.

Me costó mucho trabajo hacerles salir de su escondrijo, lo que solo conseguí cuando pude afirmarles que aquello que llamaban karakul habia desaparecido.

Así y todo me obligaron, para llegar al kraos, á hacer un rodeo de algunos kilómetros, para no pasar cerca del pequeño promontorio en donde se habia colocado la aparicion, que segun me afirmó Wollogong, era una tumba que aquel mismo dia se habia cerrado.

Por fin llegamos á la cabaña, y mientras las mujeres preparaban la comida, mi buen amigo, por complacer mi curiosidad, accedió á explicarme qué eran los karakuls.

Esta circunstancia me proporcionó ocasion de conocer la filosofía de aquel pueblo primitivo.

Los indígenas de la Nueva Holanda niegan la muerte natural: no hay quien los haga creer que la llevamos en nosotros mismos.

Tal asercion es falsa, temeraria, insensata para ellos, y si no fuera por las profundas heridas que les hacen perder la sangre, por las miradas fantásticas de los boyl-yas y la pernicioso influencia de los karakuls, serian siempre jóvenes y no moririan nunca.



Esta creencia, que nadie puede desarraigar de su corazón, llena su vida entera de inquietudes y les obliga á sufrir represalias continuas.

Así pues, en el seno de la familia, cuando un indígena muere, bien por efecto de vejez, de enfermedad, de accidentes ó de cualquier otra causa, á no ser la causa de la muerte violenta, sus parientes se entregan á una multitud de ceremonias groseras, para averiguar donde reside el boyl-ya cuyos trabajos sordos han causado su muerte.

Una vez hallado este espíritu, gracias á las revelaciones transmitidas por otro boyl-ya amigo del muerto, la venganza se deposita en las manos de cinco ó seis de los más allegados al difunto, que se consagran á descubrir y á castigar al culpable.

Es sumamente curiosa la observacion que he hecho en casi todas las tribus de la Nueva Holanda, tal es el placer que experimentan los indígenas al hallarse entre los muertos.

Los cementerios, situados generalmente en los valles más bajos, donde crecen con abundancia los sauces llorones, son los parages más frecuentados, y cuando alguna noche he pasado cerca de algun sitio de estos, he visto siempre á ocho ó diez indígenas pasear al resplandor de la luna sus grandes sombras negras entre las tumbas.



El objeto que se proponen los indígenas lograr de esta manera, es obtener una comunicacion secreta, una revelacion, una confianza, saber en una palabra, cómo han muerto aquellos á quienes lloran, qué medios se han puesto en juego para destruirlos, y quiénes son los que han causado su muerte.

Estas revelaciones de ultra-tumba, se hacen, segun ellos, por voces que descenden de los árboles, que salen de los troncos, que suben de las yerbas, por corrientes de aire que pasan á su lado y que les dicen al oido los nombres de los matadores.

Pero por lo regular no son los indígenas los que descubren á los culpables, sino los boyl-yas de sus tribus.

Estos boyl-yas tienen la mision de defender á los hombres de su kraos, de descubrir á los asesinos, y por consiguiente de llevar en su vista la muerte á los kraos enemigos.

Con este motivo los boyl-yas disfrutan de poderes sobrenaturales de un golpe de vista que nada puede engañar, de una fuerza que nadie puede vencer.

Estos magos ó brujos que se llaman, segun el papel que desempeñan, boyl-ya, karakul, vogul, wunjí, coradji, etc. han logrado que los indígenas experimenten hácia ellos un temor espantoso.



Un australiano que afrontaría sin recelo alguno los peligros más grandes, temblaría como un niño y correría á ocultarse, si al pasar por un sendero notase que un boyl-ya le miraba de reojo.

Estos charlatanes de mirada fría, de frente arrugada, de labios inmóviles, son en general ancianos enjutos y delgados. Dejan crecer toda su barba y muchos tienen una expresión enérgica que asombra.

Como todos los que desempeñan su oficio, se muestran convencidos de la verdad de las tonterías que hablan, y tienen un aplomo maravilloso.

Dueños absolutos de los pobres aborígenas, se han apoderado de su espíritu, y saben herir las fibras de su corazón de tal manera, que sujetándolos en redes supersticiosas, puede decirse que hacen de ellos cuanto quieren.

Los naturales de la Australia creen que los boyl-yas pueden trasportarse á donde quieran, viajar por el aire, vivir en el agua y en el fuego, y ser invisibles cuando les conviene.

Pero mejor que á mí, gustará á los lectores oír á Kaola explicarme el extraño poder de los boyl-yas.

Paseando con ella bajo los hermosos árboles del bosque inmediato, le rogué que me facilitase algunos datos acerca de aquellos formidables brujos.



Después de vacilar y de negarse, accedió á mis ruegos, y con voz muy baja me habló de esta manera:

—Los boyl-yas,—me dijo,—han sido en un principio como nosotros; pero más tarde han adquirido el poder y la brujería. Se sientan en el suelo mirando hácia el norte, no hacen sombra á la luna.

Los boyl-yas son malos, muy malos. Desdichado el que los encuentre durante la noche. Se alimentan con hombres y mujeres, y los comen despacio, sin ruido, como Mytian (la luna) se come á las nubes, como el fuego devora los bosques.

Los boyl-yas oyen todo cuanto se dice, porque tienen unas orejas muy grandes. En cuanto sepan que yo he hablado de ellos, se encolezarán, y vos y yo no tardaremos en caer enfermos.

Los boyl-yas andan sin hacer ruido, nadie los oye, avanzan como la sombra. Antes de acercarse á la víctima que elijen, la sumergen en un profundo sueño, y después se apoderan de ella.

Se pasean por las nubes, llegan hasta donde llegan las águilas; cuando quieren ser invisibles, pasan cerca de nosotros envueltos en el viento, toman todas las formas, las hojas secas, los insectos negros, la piedra, la rama del árbol, to-



dos los objetos pueden contener algun boyl-ya.

Son muy vengativos. ¡Oh, yo no sé por qué me habeis hecho hablaros de ellos! ¡Mi cabeza arde! ¡Muy pronto vos y yo moriremos!

Los boyl-yas no muerden, no hacen ruido con los lábios, no rompen los huesos con los dientes; pero beben á un tiempo la carne y la sangre.

¿No oís un grito? ¿Por qué me obligais á hablaros de los boyl-yas?

Dadme lo que me habeis prometido, dadme esa cinta encarnada para adornar mi frente, esas perlas blancas para mis manos. Deseo volver á mi cabaña y ya no os diré ni una palabra más.

Insistí á pesar del terror que se habia apoderado de Kaola, y me dijo:

—Los boyl-yas se sientan por la noche alrededor de las tumbas nuevas, porque les gusta morder á los muertos. Cuando alguno de nosotros está enfermo, quiere decir que los boyl-yas tienen hambre. Sin embargo, á algunos los curan y entonces hay que sentir hácia ellos una inmensa gratitud. Pero son muy malos, muy malos. De pronto Kaola retrocedió dos pasos.

—Callad,—me dijo.—¿Qué es lo que me ha caído en el hombro?

—Es una hoja seca,—respondí.

—¡Oh no! es un aviso. Yo he hablado demasiado: todo cuanto os he dicho es mentira; los



boyl-yas son buenos, muy buenos, yo amo á los boyl-yas.

Acto continuo se puso en precipitada fuga mirando á todas partes con terror.

A partir de aquel momento, jamás pude lograr que Kaola me dijese una sola palabra sobre el mismo asunto.

Para saber quiénes eran los karakuls, tuve necesidad de preguntar á Múlligo, y por él supe que eran los encargados de las medicinas y de los sortilegios. Al mismo tiempo tienen la mision de ejecutar las venganzas.

Para obtener buen éxito en esta última parte, emplean un poderoso auxiliar, el mur-rokum, nombre de un hueso misterioso que solo los karakuls pueden proporcionarse.

Cuando un indígena muere, el karacul la misma noche de los funerales vá á su tumba y se acuesta en ella. Durante la noche, en el mismo momento en que se presenta en el cielo cierta estrella, el muerto llamado á fuerza de conjuros, sale de la tierra é introduce en el muslo del karacul un pequeño hueso muy fino que arranca de su propio esqueleto. La picadura que ocasiona este hueso al penetrar en el cuerpo del mágico, no produce dolor alguno.

Oculto bajo el dermis, este hueso permanece dentro del karacul sin consecuencia, hasta el momento en que puede necesitarle.



Entonces, si para vengarse de un indígena desea borrarle de la lista de los vivos, ordena al hueso misterioso que vaya á colocarse en tal ó cual parte del cuerpo de la víctima designada. El huesecito ó mur-ro-kum obedece inmediatamente, penetra en el corazon, en los riñones del condenado y causa su muerte.

Como médicos, los karakuls tienen un sistema de tratar las enfermedades sumamente sencillo.

Cuando no pueden alejar el mal por medio de palabras y de movimientos magnéticos, aplican el fuego á las caderas ó á las piernas de los pacientes, los sangran por detrás de la oreja, los suspenden de un brazo á una rama de un árbol, ó cubren sus heridas con una cataplasma de tierra húmeda.

Si no se obtiene la curacion con estos medios, los karakuls se lavan las manos y echan la culpa á los enfermos de no haber obtenido resultado; pero si sanan se llevan toda la gloria.

Algo de esto, aunque en forma distinta, hacen los karakuls europeos, los karakuls civilizados.

Su manera de refrescar y de medicinar á sus clientes al llegar la primavera, es de lo más excéntrico que puede darse.

Al empezar el *mes de los aturdimientos* (mes de Octubre), que corresponde á nuestro mes de



Mayo, y que es la estacion más peligrosa, los karakuls no recetan ni dieta, ni purgante; pero meten á los hombres y á las mujeres diez minutos en unos estanques tan llenos de sanguijuelas, que los que permanecen en ellos el tiempo indicado, salen del agua como si salieran de un baño de sangre.

Los indígenas pretenden que un baño de este género de cuando en cuando, les es sumamente favorable.

Los wau-guls son unos mónstruos marinos que residen en los rios; pero que elijen con preferencia las aguas azules y rosadas de los lagos y de los estanques.

Al contrario de lo que hacian las antiguas sirenas que no atraian más que á los hombres, estos mónstruos sólo buscan las muchachas jóvenes, atrayéndolas á la orilla de las aguas límpidas, en virtud de superiores poderes que ejercen.

Toda mujer ó niña que se baña una vez en un paraje donde reside un wau-gul, ó que bebe agua de un manantial que le pertenezca, vuelve al baño y al manantial sin cesar á pesar suyo, y cuando ménos se piensa desaparece por completo, sin dejar huella y sin que nadie pueda llegar á encontrarla.

¿Qué es lo que la pasa? ¿Se convierte en presa del mónstruo, habita con él en su gruta de



cristal, se trasforma en planta, en perla, en concha? ¿Qué la sucede?

No lo sé: lo único que puedo decir, es que las mujeres de la tribu se reían cuando yo hacía estas preguntas indiscretas, y que los hombres se amoscaban y fruncían el entrecejo.

El wum-ji ó pesadilla, es un boyl-ya muy picaron, que se divierte en agitar á los que duermen y en sentarse sobre su pecho para sofocarlos.

Los australianos se libran de estos demonios invisibles, levantándose y cogiendo una antorcha, que encienden y agitan en todos sentidos, al mismo tiempo llenan á los wun-ji de epítetos injuriosos y de formidables imprecaciones. Terminada esta operacion, arrojan la antorcha inflamada y vuelven á acostarse.

Múlligo me explicó un dia este sistema, asegurándome que el wun-ji que molesta á los que duermen, no lo hace sino cuando necesita fuego, y que en cuanto le tiene con la antorcha encendida, se retira tranquilamente.

Cuando la noche es muy oscura, si los indígenas necesitan encaminarse á cualquier sitio para buscar agua, leña ú otra provision de las que les facilitan los bosques, llevan siempre en la mano una antorcha encendida, con la cual dibujan al andar grandes ochos en el aire, á fin de alejar á los karakuls, amigos de las tinieblas, que van á dormir sobre las tumbas nuevas, ó



que vuelven de ellas con el muslo taladrado por el terrible huesecillo que acaban de darles los muertos.

Los naturales de la Nueva Holanda profesan un profundo respeto, que puede llamarse veneración, hácia las piedras que brillan, hácia las agujas transparentes de cristal y los pedazos de cuarzo con venas de oro, que designan con el nombre de toils.

Nadie en el mundo, á no ser sus sacerdotes y sus amigos, tiene derecho á poseer estos maravillosos minerales.

Ni los regalos más preciosos ofrecidos á un indígena, le decidirían á tocar con el dedo una de estas piedras, si no tenia condiciones para ello.

El que lleva consigo uno de estos toils, aparta los maleficios y nada tiene que temer de los boyi-yas.

Los poseedores de una piedrecita, que unas veces es ágata y otras ámbar, y que siempre constituye un talisman ó un amuleto que cura las enfermedades, se llaman coradjis. Estos hacen curas maravillosas con sus guijarros, y además predicán los principios de moral, anunciando los cambios atmosféricos y haciendo augurios para el porvenir.

En el capítulo de las supersticiones no quiero dejar pasar por alto una muy curiosa.



Hice con Múlligo y Koawur varias visitas á los nagotaks, y allí noté que los individuos de aquella tribu comian con verdadera delicia las arañas, al paso que los de la tribu en que yo habitaba, no solo no las comian, sino que las miraban con el mayor respeto.

En todas las cabañas habia alguna araña con su correspondiente tela.

Preguntando al jefe de los nagarnooks en qué consistia aquello, levantó el brazo izquierdo, y debajo del sobaco ví pintada con color rojo una araña.

—Es el kobong de los nagarnooks,—me dijo.

Entonces supe que cada gran familia australiana tiene por emblema, ó mejor dicho, por escudo, un cuadrúpedo, un ave, una planta, ó una flor, cuya imágen toscamente trazada de una manera indeleble sobre una parte oculta del cuerpo, servia de signo para reconocer á todos los hijos de una misma tribu.

Estas marcas de nobleza salvaje, se llaman por los naturales kobong.

Entre una familia y su kobong existe un lazo misterioso.

Así, pues, ningun miembro de la tribu de los nagotaks, que tiene al opossum por kobong, matará á un mamífero perteneciente á esta raza. Aunque le encuentre en su camino, y no haya comido en dos ó tres dias, se retirará, se ocul-



tará con respeto y le dejará pasar. Si le encuentra dormido entre alguna mata de nopales, si le cree en peligro, le despertará suavemente y le ayudará á librarse de la muerte.

Este modo de obrar procede de la creencia que tienen aquellos salvajes de que su kobong es su más querido amigo, y que matar al animal cuya forma ha tomado su kobong, seria no solo cometer una grave falta, sino atraer sobre sí la cólera del Supremo jefe de la vida y llamar á sí los más terribles castigos.

De la misma manera una familia cuyo kobong sea una planta ó una flor, no cojerá jamás las flores parecidas ni cortará las plantas semejantes.

Cada indígena australiano perteneciente á una tribu importante, tiene, pues, su kobong, que segun sus ideas supersticiosas, vela por él, le sigue á todas partes y le preserva de todas las malélicas influencias.

La araña era el kobong de los nagarnooks y todos la respetaban.

Los indígenas comen con predileccion las larvas é insectos, y censurando yo un dia á mis buenos amigos esta costumbre, me dijo Wollongong:

—Necesitamos á toda costa ponernos gordos, porque si no, no quieren ni mirarnos á la cara las mujeres.



Decir á un indígena que está delgado, es injuriarle, es llamarle débil, perezoso, dormilon, torpe.

La escena que voy á referir entre dos indígenas que estuvieron mucho tiempo á mi servicio, hará comprender esta coquetería y la idea de los australianos sobre el particular.

Durante una de mis numerosas escursiones al interior de las Montañas Azules, tuve por guia y por cocinero á dos indígenas de la tribu de los narraugars, dos tipos, llamado el uno Koon-Berra (martillo que hiere), y el otro Nirro-Gil (cigüeña alegre).

El primero, el guia, por su elevada estatura, su imperturbable gravedad y su flaqueza constitucional, se asemejaba mucho al ilustre don Quijote de la Mancha, al paso que el segundo por su glotonería, su gordura, su locuacidad y su gramática parda, salvo los refranes, era un verdadero Sancho Panza.

Cosa curiosa; en los bosques de la Australia lo mismo que en las ciudades de Europa, entre los salvajes lo mismo que entre los hombres civilizados, hay naturalezas sensuales, glotonas, que no viven más que para su estómago.

Tal era Nirro-Gil, mi cocinero, el cual á pesar de que yo le trataba con bastante dureza, me cobró gran afecto.

Queriendo engordarme como un kángaro,



antes de abandonar á su madre, se entregaba á la desesperacion, cuando despues de haber andado volvia á mi tienda cansado y débil.

Mi existencia errante, destruyendo los buenos efectos de sus guisotes, era, en su concepto, contraria á mis intereses.

Si Sancho estaba siempre de acuerdo con su rúcio, Nirro-Gil disputaba á cada instante con su compañero Koon-Berra, y entre los dos habia una continúa guerra.

Berra, amante apasionado de los bosques, me hablaba sin cesar con entusiasmo de la belleza de los puntos de vista, de los paisajes, de la frescura de los árboles.

Nirro-Gil se encogia de hombros y procuraba disuadirme con toda su elocuencia de emprender aquellos viajes, indicándome que los manjares que podria ofrecerme, eran mucho mejores que las vistas con que su colega me brindaba.

Una vez permanecí fuera de la cabaña durante nueve dias asistiendo á una cacería, y al tornar á ella, estaba tan fatigado, que mi cocinero me apostrofó de una manera brutal.

—¡Vaya, y cómo viene mi amo!—exclamó.—Las mejillas hundidas, el rostro enjuto, la mirada moribunda.

—Déjate de lamentaciones,—exclamé yo,—y dame de comer, que me muero de hambre.



—Aunque se tragara la tierra á ese odioso Berra, no haria nada de más,—prosiguió Nirro-Gil.—Teneis en nuestra tienda sesos de wombats, entrañas de tortuga, cabezas de ignanos, culebras y otra multitud de manjares exquisitos, y dejais todas estas felicidades por ir á recrear los ojos.

—La comida, Nirro, la comida,—dije yo.

Pero sin hacerme caso, prosiguió mi hombre:

—Koon-Berra, que ha tenido por padre un Boriang (pero salvaje) no puede ménos de correr por las montañas: lo lleva en su sangre. ¡Pero á tí, oh jefe mio, quién te obliga á vivir así! ¡De qué te sirve tener una cabaña de corteza de árbol, una cama de pieles de opossum y á Nirro por cocinero! Aleja cuanto ántes de tí á ese Berra, que te hará morir; envíale á bailar con los bikales, y tú permanece conmigo, que no estaré contento hasta no verte gordo como un kakopo.

Nirro se detuvo para tomar aliento, y al notar que Berra le miraba impassible sin decirle una palabra, añadió:

—¿Veis á ese indígena Koon-Berra? Su lengua está muerta, el cansancio le hace impotente, ha perdido hasta la facultad de expresar sus pensamientos; no sabe qué responderme...

Lo que sucedia, era que la rabia quitaba la palabra á Berra.

—¡Basta, Nirro!—exclamé.—No sabes lo que dices.



—¡Que no sé lo que digo!—contestó irguiendo con furor el manojo de plumas blancas que como hijo de jefe llevaba en la cabeza,—¡que no sé lo que digo!

—¡Silencio!—dije yo.

—¡Oh! no, no puedo callarme; no hay nadie que me gane á saber vivir, y la mejor prueba es que cuando llego á las aldeas las jóvenes se vuelven y me miran sonriendo; unas á otras se dicen: ¡qué hermoso es Nirro, qué gordo está, qué fuerte es! y yo sigo mi marcha irguiendo mi cabeza. Pero cuando Berra pasa por delante de las cabañas con sus piernas de avestruz y sus perfiles de esqueleto, las jóvenes se echan á reir, y se dicen unas á otras: ¡qué feo es! ¡qué delgado, parece que viene á anunciar el tiempo de tempestad! y algunas añaden: ¿qué ha hecho con sus pantorrillas? por fuerza se las ha comido.

Las inflexiones de voz, y los gestos que acompañaba á estas palabras, no pudieron menos de producir en mí una gran hilaridad.

Pero Berra indignado, contestó á su interlocutor, y tan irritados estaban uno y otro, que si yo no tomo una actitud enérgica, van á las manos, y uno, ó acaso los dos juntos, se quedan en el sitio.

---







---

## CAPITULO IX

---

El calor, los mosquitos y las moscas.--Serpientes.--  
Una escena en un hoyo.—La caza de los asesinos.  
El Gad-Gurrang.—La justicia entre los indígenas.

La estación del año en que los indígenas cogen y comen más ranas, pescados é insectos de todas clases, es la de los meses de Diciembre y Enero, los más calorosos en aquel país.

En esta época abrasadora, los crustáceos y los reptiles se sumerjen en el fondo fangoso de los estanques, y entónces las mujeres metiendo el brazo á veces hasta el hombro en las aguas pantanosas, se apoderan de ellos.

Muchas veces durante mi estancia entre los indígenas, en los dias más calorosos, cuando la atmósfera parecia una inmensa hoguera, cuando todo reposaba, sin que el más leve soplo de la



brisa agitara las ramas de los árboles, he visto bandas de seis ú ocho mujeres entrar completamente desnudas en los lagos, meterse en ellos hasta la cintura y dedicarse á la caza de los anfibios, no sin espantarse las unas á las otras los bomb-gurs ó mosquitos que las devoraban.

Como en todos los climas intertropicales, los insectos chupópteros forman una familia numerosa en el gran territorio australiano.

El culex, el taou carnívoro y la mosca de arena, esta última del tamaño de una cabeza de alfiler, en ciertas localidades de terreno bajo llegan á constituir á veces verdaderas epidemias. Pero en las provincias más pobladas de estas innumerables plagas de enemigos, los tormentos que ocasionan no pueden compararse ni con mucho á los que en otras partes producen.

He dormido años enteros durante la noche y el dia bajo los pinos y los nopales de la Australia, y jamás he visto mi rostro tan ataraceado como el que me pusieron, en un departamento de Francia, los mosquitos una tarde que eché una siesta dejando la ventana de mi cuarto abierta.

Para curarse las picaduras de estos insectos, emplean en Francia el aceite de almendras dulces, el agua de colonia, el vinagre y la saliva.

En la Australia los indígenas apenas sienten una picadura, chupan el veneno y lo arrojan.

El más temible de todos los enemigos de este



género, es la mosca de arena, casi invisible por su pequeñez y la transparencia de su cuerpo.

Estos animalitos voltigean durante las horas calorosas del día en las orillas de los ríos y riachuelos, en los terrenos bajos de las selvas, formando nubes espesas y compactas. Se introducen en las narices, en la boca de los que duermen, en los ojos, en las orejas de todos los seres animados y producen terribles torturas.

Los que se dedican á buscar oro, son los más castigados por estos insectos, que llegan á veces á obligarles á suspender sus trabajos.

El grupo de las serpientes cuenta innumerables especies en la Nueva Holanda, pero salvo cuatro ó cinco que pertenecen á la familia de las víboras, las demás no son temibles.

Entre todas figura por su belleza la serpiente diamante.

Solíamos encontrar muchas Múlligo y yo en nuestras escursiones, y cuando alguna de ellas huía herida ó amedrentada por algún lanzazo, daba un salto, se retorcia, y parecia entónces de cristal.

Algunas veces me decia Koawur:

—Esta serpiente lleva su astucia hasta el punto de construir por sí misma largos y estrechos senderos, y cuando los tiene muy arreglados se esconde hasta que pasa por ellos su víctima.



Su carne es considerada por los indígenas como un manjar de los días de fiesta, como uno de los platos favoritos.

Al morir, su piel brillante en vida, pierde todo su color y se vuelve verde.

La longitud ordinaria de una serpiente diamante es de dos metros. Su cabeza es muy fina y su forma es de las más esbeltas y graciosas.

Un reptil especial llamó mi atención. Aplastado, sin cabeza aparente, sin ojos, privado de pies, desprovisto de anillos, sin esqueleto interior y sin articulaciones, arrastrándose lentamente con el vientre, andando por medio de saltos convulsivos, y alimentándose lo mismo de la sangre de los hombres y de los animales, que de la sávia de los árboles jóvenes.

Una mañana que Koawur, Wollogong y yo con bastante apetito recorriamos la selva buscando caza, oímos á lo lejos gritos, lamentaciones y voces pidiendo auxilio.

Corrimos al paraje de donde salían aquellos gritos, y encontramos á un indígena que con la frente y los ojos casi cubiertos bajo una negra y espesa benda, se arrastraba por el suelo preso de un paroxismo doloroso.

—Vaia-neudi,—gritó Koawur.

Y mientras que Wollogong se apoderaba del indígena, le ponía de pié y le sujetaba, Koawur sacó el cuchillo de su cinturón y con su aguda



punta hirió profundamente en toda su longitud aquel objeto que mi ignorancia me habia hecho creer que era una benda, pero que en realidad no era sino el cuerpo compacto, glutinoso de un animal que yo veia por primera vez.

Al cabo de un minuto, aquel cuerpo hendidido en su longitud, se contrajo, se separó de la cabeza del indígena, é innundándose en una espuma rojiza, cayó al suelo dejando en el rostro del desgraciado seis heridas, seis profundos agujeros de los que corria la sangre en abundancia.

La infeliz víctima apenas podia hablar, estaba desfallecido, y solo al cabo de algun tiempo, despues que le levantamos y tratamos de reponer sus fuerzas, pudo contarnos lo que le habia pasado.

Examinando muy cerca y con la mayor confianza el tronco de un eucalicto para ver si encontraba en él las huellas de un opossum, el vaia-mendi saltó súbitamente á su rostro y se adhirió á él.

La vista de este asqueroso reptil y el daño que le causó su contacto, me inspiró hácia él un inmenso horror. Sin embargo, recogí el cadáver, le envolví con algunas hojas y lo llevé á mi cabaña para examinarle á mi gusto.

Koawur y Wollogong ayudaron á su compañero á volver á la aldea.



El nombre de vaia-mendi puede traducirse por el de serpiente glutinosa.

Otro de los reptiles temibles en aquel país es la víbora sorda.

Este animal de pequeño tamaño, puesto que solo tiene de veinte y nueve á treinta centímetros de longitud, condenado á una sordera eterna, sigue su camino siempre, no huye nunca, y solo cuando siente el contacto de algun cuerpo extraño, se enfurece de una manera horrorosa, dá un salto entónces, y muerde con un frenesí y un encarnizamiento sin igual todo aquello que sus dientes pueden cojer.

Algunos dias antes de la demostracion hostil de los indígenas, cuando reunido con mis amigos buscábamos juntos oro en los valles del Funny-Mount, me sucedió una aventura con una serpiente que voy á referir aquí:

Una mañana muy temprano, no pudiendo dormir, me dirigí solo hácia un pozo aurífero que habia comenzado á labrar la víspera, y que no tenia de profundidad más que unos seis ú ocho pies.

En el momento en que encorbado continuaba mi tarea cavando, oí de pronto un ruido encima de mi cabeza, y poco despues, un objeto pesado y que se agitaba, cayó sobre mi espalda.

Me levanto, y juzguen los lectores cuál sería mi asombro al ver que quien me visitaba de



aquella manera era una serpiente muy larga gruesa como el brazo, de color amarillo, y que enroscada en espiral, con la cabeza hácia atrás y la boca abierta, me miraba fijamente.

Todas estas observaciones las hice en mucho ménos tiempo del que he tardado en referirlo.

Metido en un agujero pequeño, puesto que no medía más que seis metros de circunferencia, sin ningun escondrijo, me estreché todo lo que pude, y á pesar de estas precauciones, solo algunas pulgadas separaban mis piernas desnudas de la boca del reptil.

No me atrevia á moverme, y no hacia más que mirar á la serpiente, que aturdida de su caída y probablemente embriagada al hallarme á mí, me miraba con extrañeza.

—Color amarillo,—dije yo:—ese es el traje de las víboras. ¡Adios, mi dinero, aquí dió fin mi humanidad.

Mis sienes latian con violencia, y un fuerte olor de amoniaco comenzó á llenar el pozo en donde estaba.

El reptil no se movia, parecia estar á la defensiva.

Yo no tenia armas, conservaba en la mano mi pico.

No me atrevia á levantar el brazo ni á hacer el menor gesto, temeroso de que el animal se lanzase sobre mí y me mordiese.



La serpiente y yo permanecíamos de esta manera mirándonos el uno al otro.

Un sudor frío corría por mi frente, mi agitación era inmensa.

—¿Cómo saldré de aquí?—pensaba.

El olor deletéreo de la serpiente me asfixiaba, y comprendiendo que mi paciencia no podría ser nunca tan grande como la suya, resolví con la mayor precaución y con una gran lentitud levantar el pico, resuelto á desafiar el peligro.

Pero al segundo movimiento que hice, el reptil se agitó, inclinó más hácia atrás su cabeza, que se asemejaba á la punta de una lanza, su caliente y fétido olor subía hasta mi rostro, y la punta de su cola que se agitaba sobre la tierra, tocó tres veces mis tovillos.

No habia duda: mi última hora se acercaba.

Sin embargo, tuve bastante fuerza para dominar mi emoción y recuperar mi inmovilidad.

En aquel instante oí á los lejos la voz de mis amigos. O'Brian se reía y Smith cantaba.

—He aquí mi muerte ó mi salvación,—me dije.

La víbora los oyó también, porque comenzó á agitar sus robustos anillos.

Cuando mis amigos llegaban al mismo borde del pozo, sin moverme dije:

—Mac.



Mi voz debia tener algo del timbre y la expresion de una voz de ultra-tumba, porque en seguida cesó la risa y el canto, y mis amigos se detuvieron.

—Mac solo,—repetí con el mismo tono.

La serpiente no se movia, por lo visto escuchaba.

Unos cuantos granos de arena me hicieron comprender que Mac se habia acercado al pozo y observaba.

—¿Qué es lo que pasa?—me preguntó.

—Aquí hay una víbora,—le dije.

—Pues mucha calma y silencio,—añadió mi compañero.

Por lo visto Mac habia visto y comprendido lo que me pasaba.

Diez segundos despues ví pasar por delante de mí un objeto reluciente, y poco despues noté que la serpiente perdia toda su fuerza.

Mi amigo Mac habia arrojado sobre ella, con una destreza digna de elogio, una pesada pala de hierro, y la serpiente herida en la cabeza dejó de ser un peligro para mí.

Sin embargo, apoderándome de la pala á mi vez, dí nuevos golpes al animal y le rematé.

Examinándole despues, me convencí de que mis temores habian sido infundados. No era una víbora, sino una gran culebra de agua dulce.



Aquel mismo día confeccionamos con ella una maravillosa sopa, y como su piel del color del oro media más de seis piés, Mac fabricó con ella una funda impermeable para su escopeta favorita.

De todas maneras mi susto no fué flojo.

El número de culebras que hay en la Nueva Holanda es muy considerable.

Algunas de ellas pequeñas y de hermosos colores, azul unas, coral otras, sirven á las mujeres indígenas despues de muertas de collares y de brazaletes.

Tambien se las enroscan en el brazo y en el cuello en vida, y estas culebras, emblema de constancia, suelen regalarse á las jóvenes por sus amantes, del mismo modo que se ofrecen en Europa las alondras y las tórtolas.

Entre aventuras y descripciones, hemos llegado á uno de los episodios más interesantes que merecen capítulo aparte.

---



---

## CAPITULO X

---

Vida pacífica.—Dos episodios trágicos.

Habian trascurrido algunos meses desde que habitaba al lado de los nagarnooks, y á decir verdad, me asombraba la vida tranquila y uniforme de aquellos salvajes.

Abandonaban sus cabañas por regla general al amanecer, y no volvian á ellas hasta la noche. Empleaban sus horas en la caza, en la pesca, buscando raíces ó insectos.

Las familias agrupadas en torno de la choza del jefe de la tribu, vivian en buena armonía; prestábanse con el mayor gusto un cisne, ó un kángaro.

Se dedicaban á construir las chozas, se en-



tregaban al baile, al canto y á otras diversiones, y yo, que á juzgar por lo que habia oido decir, suponía que los indígenas eran gentes brutales y temibles, estaba agradablemente sorprendido.

A cualquiera que me hubiera hablado de asesinatos, de rostros sombríos, de venganzas, le hubiera dicho que no veía en torno mio más que labios risueños, miradas tranquilas y frentes alegres.

Dos episodios trágicos que se sucedieron con mucha rapidez en el kraos que yo habitaba, modificaron por completo esta buena opinion que habia formado.

En aquella época, enterado ya de los pormenores de todas las cacerías, habia renunciado á ellas, y empleaba el tiempo en recorrer las selvas, en estudiar sus plantas, visitaba las grutas, las cascadas, todas las bellezas naturales que una mano soberana y pródiga habia trazado con verdadero amor y con profusion inconcebible en la superficie de aquel país.

Mi guia y compañero en aquellas agradables escursiones, era siempre Múlligo.

Una tarde, poco despues del medio dia, penetré con él en un bosque de nipas que se elevaba como un islote cubierto de verdura, en medio de una llanura árida.

Mi compañero llamaba mi atencion sobre la



inmensa variedad de loros que ornaban y alegraban aquel islote, cuando un indígena de elevada estatura, acostado sobre la yerba, se levantó bruscamente al vernos, y sin responder á las preguntas de Múlligo, echó á correr delante de nosotros con una celeridad vertiginosa.

—¿Por qué corre Boon-Gal de esa manera?—pregunté á Múlligo sonriendo.

Pero Boon-Gal que tenia poderosos motivos para obrar de aquel modo, no se detenia, ni siquiera volvió la cabeza, y como si le hubiera impulsado todo el viento de las Antillas, se perdió en medio de la espesura y de la oscuridad de las malezas.

Una hora despues, habiendo olvidado con los episodios de nuestra escursion aquel encuentro, nos entregábamnos á las delicias de la siesta, cuando nos sorprendió el ruido de una banda de indígenas que iban y venian corriendo, y que parecian sumamente agitados.

Eran siete, y llevaban el pecho, los brazos y la cara manchados de sangre.

Registrando con sus lanzas las malezas, examinando los huecos y las ramas de los árboles, buscando en la tierra algo, quizá las huellas de algun hombre, parecian seguir una pista, y no desplegaben los labios más que para proferir horribles amenazas.

—Gad-Gurrang,—exclamó Múlligo levan-



tándose y mostrando en su rostro una gran inquietud.

—¿Gad-Gurrang?—le pregunté yo.

Pero antes de que tuviera tiempo de responderme, los siete salvajes estaban á su lado.

Aquellos hombres pintarrajeados de sangre, producian un efecto horrible á la vista.

Los músculos de sus rostros agitados por la cólera, el furor de sus ojos, los sonidos roncocos que lanzaban sus gargantas, proclamaban tal violencia de sentimientos, anunciaban tan ciega ira, que no pude menos de conmoverme.

No sabiendo qué podian querer de nosotros, me acerqué á un árbol y eché mano al revolver, por lo que pudiera suceder.

Unas cuantas frases cambiadas con rapidez entre ellos y Múlligo, bastaron para explicar lo que pasaba.

El indígena Boon-Gal, el que habiamos visto huir con tanta celeridad al acercarnos, aquella misma mañana, escitado por los celos y valiéndose de una sorpresa, habia asesinado en un recodo de la selva á otro indígena llamado Bumburry.

Apenas se habia sabido su muerte, los parientes más cercanos de Bumburry habian salido en persecucion del asesino.

Múlligo, que por su esposa Kaola era tambien pariente de Bumburry, se unió á aquellos



hombres que formaban el Gad-Gurraug, y me dejó solo sin darme la menor excusa.

Todos aquellos hijos de Cain, sedientos de venganza, partieron como un huracan en la direccion que, en su concepto, debia haber seguido el criminal fugado.

En el código penal indígena, precioso regalo, tesoro de justicia que deben á sus antepasados, segun dicen los australianos, y que se trasmiten oral y tradicionalmente los unos á los otros, existen castigos más ó menos severos en proporcion á las culpas y á los crímenes que puedan cometer los negros.

El rapto, por ejemplo, es castigado con la pena de muerte, y si la mujer robada no se devuelve al tercer dia, no solo el seductor, sino su más próximo pariente sufren la pena capital.

El crimen de adulterio es castigado con muerte inmediata si los culpables son sorprendidos juntos.

El incesto en primer grado se considera como el asesinato, y como tal se castiga al que le perpetra.

El robo en ciertos casos graves, es tambien castigado con la pena de muerte, y en otros el ladron recibe en la parte del cuerpo que designa el jurado cierto número de lanzazos.

Pegar á un jefe, hacerle caer en una emboscada, forzar la entrada de su cabaña, penetrar



durante su ausencia en el paraje donde habitan sus mujeres, son actos que se castigan igualmente con la pena de muerte.

Todas estas ejecuciones que se practican en público, en pleno día, con ayuda de un hacha y de un cuchillo y con el consentimiento de todos, no producen ninguna represalia, son consideradas como muy justas, y su recuerdo se borra en las memorias como desaparece el cuerpo del ajusticiado.

Pero no sucede lo mismo respecto de los homicidios voluntarios. La ley de las tribus nada tiene que ver con ellos.

Los jefes no pueden intervenir, y el castigo del culpable queda por completo en las manos de los interesados, es decir, la justicia de la venganza se reserva á las familias de las víctimas.

Con arreglo á este principio, si un indigena es asesinado por fuerza ó por caer en algun lazo que le han tendido, cuando sus parientes se apoderan del asesino, le matan en el mismo instante sin más formación de causa.

Esta ley de sangre implacable y terrible entre los salvajes, exige que si un asesino huye ó no puede ser descubierto, y por consiguiente se libra de la justa pena que merece, sus parientes de cualquier grado que sean, adquirieran la responsabilidad de su mala accion.



Su padre ó su hermano son los primeros condenados á muerte, y si estos pueden colocarse en lugar seguro, el primer varon ó hembra de la familia que encuentre el Gad-Gurrang ó jurado vengador, es inmediatamente sacrificado.

He aquí por qué desde el momento en que el indígena que ha cometido un asesinato, de que el autor principal del drama ha logrado escapar, se llenan de espanto todos sus parientes, porque ninguno puede asegurar cuál de ellos será el que sufra el castigo.

Los hermanos del culpable, aunque exentos de toda censura, se consideran tan criminales como él.

De tal manera está arraigada en la conciencia de aquella gente este injusto principio de la responsabilidad consanguínea, que todos los parientes, apenas saben la noticia, corren á ocultarse en los bosques.

Los gono-gals solo, los que no tienen ninguna relacion de familia ó alianza con el asesino, son los que pueden considerarse seguros, y hasta los niños de ocho á diez años, apenas oyen las voces que anuncian una muerte violenta, si son extraños, permanecen tranquilos; pero si tienen algun parentesco con el matador, tambien se ponen en salvo.

Apenas se comete un crimen de esta naturaleza, los que le descubren primero, lanzan in-



mediatamente grandes gritos, y estos, oídos y repetidos por los otros indígenas, estallan como una tempestad y como un oleaje de ecos llegan á todas partes.

La calidad y cantidad de estos gritos, indican quién ha sido el muerto y quién el matador.

Los parientes del muerto se llaman entónces los unos á los otros, se arman y se reúnen, mientras que los parientes del asesino se indican los parajes en donde deben agruparse para librarse del peligro y defenderse en caso necesario.

Aquellos gritos de dolor y de cólera que en ciertas ocasiones recorren todos los bosques como si fueran rugidos de bestias feroces, aquel cuerpo ensangrentado que se llevan sobre una angarilla de bambús, aquellas mujeres que acuden llorando, gesticulando, arrancándose los cabellos, ofrecen al oído y á la vista un espectáculo difícil de olvidar.

Inmediatamente se celebran los funerales, y apenas terminan, comienza la persecucion del asesino.

Los designados para ejecutar la ley del Talion, se manchan con la sangre del muerto, buscan las huellas del asesino, y semejantes á una manada de lobos, comienzan su persecucion con un entusiasmo y una perseverancia mucho



más terrible que la que emplean para cazar los emus y los kángaros.

Corriendo sin cesar durante el día, duermen por la noche sobre la pista, y reanudan su loca correría al día siguiente, para no cesar en su marcha hasta encontrar al reo.

Muy difícil es que tanta energía no encuentre recompensa, y á no ser que el asesino se refugie en el seno de alguna tribu amiga, y que esta tribu se levante en masa para defenderle, no tarda en ser descubierto, y por lo tanto, en caer á los golpes de los enemigos.

La mision más importante, el deber más sagrado que un indigena australiano está llamado á desempeñar en todo el curso de su existencia, es la de vengar la muerte de alguno de los suyos. Hasta que no haya arrancado ojo por ojo, diente por diente, ni duerme en paz, ni su ánimo reposa.

Pero si lo que no suele suceder, vacila, tarda en buscar represalias, aplaza un día ó una hora siquiera el castigo, se muestra túbio en preparar *el festin de la venganza*, las mujeres ancianas le calumnian con desprecio, sus esposas le amenazan con abandonar su tienda, ninguna jóven le responde si la habla, su padre vuelve la cabeza para no mirarle cuando se le acerca, y hasta su misma madre, que no hace más que gemir, le echa en cara constantemente su tibieza,



se dá golpes en las mejillas y en el vientre en su presencia por haber dado la vida á un hijo tan cobarde y tan degenerado.

Múlligo y el Gad-Gurran no volvieron al kraos hasta el día siguiente.

Uno de los hermanos de Bumburry llevaba al cuello suspendidas de una cuerda la mano derecha y la cabeza ensangrentadas del desdichado Boon-Gal, que sorprendido al amanecer de aquel día, habia sido sacrificado sin piedad.

Trascurrieron algunos días, cuando una mañana al salir de mi cabaña noté gran movimiento en el kraos.

Los hombres mostraban los rostros sombríos, las mujeres gesticulaban y muchas de ellas se deshacían en lamentaciones.

En la llanura que habia enfrente de la cabaña del jefe de la tribu, habia una especie de tablado cubierto de largas hojas y adornado con banderolas de corteza de árbol teñidas de encarnado.

Al ver que todos los indígenas se dirigían hácia aquel punto, los imité y Wollogong, á quien encontré, me puso en breves palabras al corriente de lo que sucedía.

Uno de los más importantes individuos de la tribu, llamado Bulbaliko poseía tres mujeres.

Una de ellas, la más jóven y bonita, trabajaba en secreto desde hacia mucho tiempo en



confeccionar un adorno como el que suelen usar los guerreros, un koa, especie de tegido de mallas, en las que cada lazo tenia una concha de color.

Este koa muy semejante, aunque embrionario, á las cotas de la edad media, es uno de los adornos más estimados de los indígenas.

Bulbaliko, hombre ya de edad, de un carácter muy violento, receloso y envidioso hasta no más, sorprendió una vez á su mujer trabajando en aquel objeto; pero la infeliz estaba tan entregada á su labor escogiendo conchas y casando colores, que ni le vió ni le oyó.

Bulbaliko, poseido del secreto de su esposa, no dijo una palabra á nadie.

—Tal vez será para mí,—pensó,—esperemos.

Juzguen los lectores cuál seria el furor de Bulbaliko, al ver algun tiempo despues aquel magnífico koa, brillar, como una prueba irrecusable de alta traicion, sobre el pecho y las espaldas de un vecino y amigo suyo, de un indígena vigoroso, esbelto, llamado Wal-luk.

Imediatamente acusó Bulbaliko á Wal-luk de haber robado el koa.

Al oir Wal-luk la acusacion, se echó á reir burlándose de Bulbaliko.

Bulbaliko jura y perjura que aquel adorno de los dias de fiesta era suyo, y que habia sido fabricado para él por su mujer favorita.



Wal-luk continúa riéndose y mofándose de su vecino.

Débil, pero valiente, Bulbaliko hirió á Wal-luk con su hacha. Wal-luk, que no tenia armas, dió tal cabezada en el estómago á su contrin-cante, que por poco le mata.

Para evitar que esta cuestion adquiriese gravedad, y para impedir que los miembros de las dos familias se pusiesen al lado del uno ó del otro, se convino en que el asunto seria sometido al jefe de la tribu, y que los dos rivales se conformarian con el fallo que pronunciase.

El padre de Koawur, auxiliado por dos ancianos, fué, pues, el encargado de desenredar aquella madeja; y despues de apreciar con toda la calma necesaria la queja del agraviado, de escuchar la defensa y de tomar todos los informes necesarios para ilustrar su inteligencia, los tres aichontes de la selva resolvieron que Bulbaliko tenia derecho á la sangre de su enemigo; pero como la prueba del delito de que se quejaba no era muy clara, y no tenia en su favor testimonio formal, la pena de muerte que pedia Bulbaliko para los dos culpables, fué conmutada, decidiendo los jueces para satisfacerle que este hiriese de un lanzazo en el muslo á Wal-luk, colocándose ambos á veinte pasos de distancia.

La ejecucion de este fallo era lo que íbamos á presenciarse.



El jefe de la tribu, los dos ancianos ó asesores y Múlligo, subjefe, ostentando cada uno en el brazo izquierdo el brazalete blanco que indicaba su graduacion, tomaron asiento sobre el improvisado tablado.

Wal-luk, completamente desnudo fué conducido por su familia delante de los jueces, y Bulbaliko, armado con su mejor zagaya ó lanza, llegó despues.

Gran número de indígenas de ambos sexos formaban un ancho círculo en torno del grupo principal.

El jefe de la tribu pronunció entonces un discurso, enumerando las razones que habian servido de base á su fallo; midió despues con la mayor escrupulosidad veinte pasos, colocó convenientemente á los dos adversarios, y volvió tranquilamente á su puesto.

Wal-luk, tranquilo y frio, con la mirada altanera y los brazos cruzados, parecia desafiar á Bulbaliko con su burlona sonrisa.

Bulbaliko se hallaba poseido de la sed de venganza, y podia creerse que toda su vida habia refluído á sus ojos.

En medio del solemne silencio que reinaba, el jefe de la tribu lanzó un grito imitando al del halcon.

Al oir esta señal, Bulbaliko afirmó sus pies en el suelo, se arqueó un poco y levantó la lanza.



Su ardiente mirada expresaba á la vez una profunda ira y una inmensa alegría, por tener la vida de aquel hombre pendiente de su brazo.

No sé por qué al contemplarle pasó por mi imaginacion la idea de que iba á presenciar una catástrofe.

La escena á que asistia, grandiosa é imponente hasta entonces, oprimia nuestros corazones; pero de pronto cambió de aspecto, llegando á ser cómica durante algunos segundos.

Wal-luk, aprovechándose de la libertad de movimientos que le permitia la ley, se puso á saltar, á bailar, á mover los brazos y las piernas de una manera fantástica; todo con el objeto de distraer la atencion de su enemigo, y de impedir que su mirada se fijase bastante tiempo en el punto indicado para permitirle arrojar sobre él su arma.

Ante la vista de aquella pantomima, todas las frentes se desgarraron; pero aquel episodio fué de corta duracion.

Bulbaliko conservaba siempre la misma posicion, el mismo rostro impassible; la misma mirada amenazadora.

Su inmovilidad, á medida que se prolongaba, era más terrible.

En torno mio oia decir:

—Aguarda un instante favorable. Apenas se detenga su enemigo, apenas manifieste el pri-



mer síntoma de cansancio, el brazo de Bulbaliko herirá á Wal-luk.

—¿Y en dónde le herirá?—pregunté yo.

—¿Dónde ha de ser? Donde han indicado los jueces: en el muslo, —me respondió sin vacilar.

Sin saber por qué, no participaba de su opinion.

Las nubes sombrías que pasaban por la frente de Bulbaliko, las llamaradas que despedían sus ojos, su palidez mortal, me revelaban la venganza y la tempestad que rugía en su seno, y casi me permitían adivinar lo que meditaba.

Con efecto, Bulbaliko durante los dos minutos que duraron aquellas diferentes escenas, se preguntaba á sí mismo si debía vivir ó morir.

¿Qué le importaba atravesar el muslo de Wal-luk? ¿Qué era esto para su ódio? Lo que necesitaba era su vida, su vida entera.

Apenas tomó una resolución, su rostro se calmó, sus ojos siempre fijos y ardientes, se mostraron ménos iracundos, una sonrisa indefinible asomó á sus labios, hizo un ligero movimiento de hombros, y su lanza despedida con la celeridad del rayo, fué á fijarse en el pecho de Wal-luk, atravesándole el corazón de parte á parte.

Sorprendido Wal-luk en el momento en que



hizo una pirueta, cayó como una masa inerte, sin lanzar un solo gemido.

Apenas pasó el primer momento de estupor, noté en torno mio un rumor espantoso.

Jamás se habia manifestado en la tribu un acto semejante de desobediencia, un desprecio tan profundo á los fallos del jefe.

Con la cabeza baja y los ojos en el suelo, Bulbaliko, agoviado por sus pensamientos, y como extraño á lo que pasaba alrededor suyo, permanecia inmóvil en su puesto.

La madre de Wal-luk lanzaba espantosos gritos y se desgarraba el rostro con las manos.

A una señal del jefe, multitud de indígenas se apoderaron del asesino y le aprisionaron.

Acto contínuo tuvo lugar una deliberacion de algunos minutos. El consejo acordó que Bulbaliko merecia la muerte por el crimen injustificable que acababa de cometer, y anunció que á la sentencia debia seguir la ejecucion.

En vista de este decreto, el padre de Wal-luk que se hallaba presente, arrancó por sí mismo del cuerpo de su hijo el arma fatal. Instantáneamente Bulbaliko que ya empezaba á interesarme, cayó atravesado de parte á parte por su propia lanza.

Cuando al terminar esta terrible escena nos retiramos al kraos, la esposa favorita de Bulbaliko, causa de aquella tragedia, fué hallada



muerta; un cuchillo estaba hundido hasta el mango en su pecho.

Creo que no es posible un drama más horrible y á la vez más interesante, que el que con los vivos colores de la verdad acabo de ofrecer á los lectores.

---







---

## CAPITULO XI

---

Las mujeres en la Australia.—Matrimonios infantiles.—Herencia de carne y hueso.—Triste privilegio de la belleza.—Los varones.—Cortar por lo sano.—Un manjar inconcebible.—Perros con amas de cria.—Precauciones de los casados.—Una escena de comedia de magia.

Si aquel drama salvaje me habia afectado, si el destino de aquellos hombres que habian caido á mi vista de una manera tan inesperada habia llenado mi corazon de tristeza, al dia siguiente tuve ocasion de olvidar aquellas escenas de sangre, asistiendo á otra completamente opuesta.

Pero antes de narrarla debo decir algo acerca de las mujeres indígenas y de la posicion que ocupan en la tribu.

Apenas nace una niña en la tribu de la Nueva Holanda, es inmediatamente pedida y otorgada en matrimonio, y á partir de aquel mo-



mento pertenece á aquel á quien sus padres se la han concedido.

Aunque viviendo siempre bajo la salvaguardia de sus padres, estos no ejercen sobre ella ningun poder: puede abandonarlos cuando le parezca, cualquiera que sea su edad, é irse al lado de su marido.

Si este último muere antes que la jóven desposada ha llegado á la edad de mujer, diez ó doce años, cae, con arreglo á derecho, en poder del heredero del muerto, cuyas viudas é hijos van á habitar á su choza tres dias despues del fallecimiento de su padre y esposo.

Conforme á esta ley que les favorece, los jefes y los ancianos al darse sus hijas los unos á los otros, se arreglan de la mejor manera, á fin de conservar ellos solos las dos terceras partes de las mujeres de la trébu, y gracias á estos cambios, practicados en gran escala, apenas nace una niña en una cabaña, procura su padre el medio de que entre á vivir bajo el mismo techo nna nueva esposa.

Si una mujer indígena se halla dotada de encantos especiales, los primeros años de su vida no la proporcionan más que sufrimientos y dolores.

Destinada desde la cuna á un hombre que la tiraniza, á medida que llega su juventud y la guarda con mayor cuidado, no puede, sin espo-



nerse á los tratos más crueles, demostrar sus preferencias ni dar á conocer sus simpatías.

Los preliminares de una intriga, la primera sombra de una falta basta para aplicarle un castigo. El más suave de todos los que sufren, es atarla á un tronco, azotarla y privarla de alimento.

Si su esposo la sorprende en alguna cita clandestina, es asesinada sin misericordia.

Ya sabemos que las esposas infieles y los Otelos son de todas las épocas y de todos los países; pero lo horroroso en la Nueva-Holanda es que las mujeres se hallan en la imposibilidad absoluta de vivir en paz y de cumplir sus deberes.

Ninguna proteccion eficaz las cubre con la egida, ninguna ley, ninguna justicia, ninguna fuerza organizada las protege.

Niégameles toda garantía para vivir tranquilas y felices bajo el techo de sus cabañas.

Por virtuosa que sea una indígena, si posee grandes atractivos, la tenderán infinitos lazos, y tarde ó temprano se apoderarán de ella sus perseguidores.

A esto sucederán luchas furiosas entre su poseedor y sus admiradores, pero unos y otros maltratarán á la bella Elena. El vencedor la obligará á seguirle, y si se niega, si resiste, la asesinará sin compasion.

Así, pues, lo general es que una jóven á los



trece ó catorce años tenga todo el cuerpo bordado de cicatrices y surcado de contusiones.

La primera juventud de una indígena que posee algunos encantos, es, pues, una série de raptos, de heridas y de fugas rápidas.

Siendo el precio de combates continuos, el ramo de oro que cada cual se disputa, perseguida sin descanso, pasando de mano en mano y conducida al fondo de los bosques por sus amos de un dia, muchas de estas mujeres recorren las selvas años enteros, duermen en las cavernas, y en el fondo de los barrancos, y siempre errantes, recorren millares de kilómetros de paises desconocidos, sin que jamás les sea permitido acercarse á las colinas que las han visto nacer, á los valles que las han sonreido en su infancia, á los parajes en donde su madre las dormia y las acariciaba durante su niñez.

Para colmo de infortunio, si la desdichada en estas expediciones interminables se halla en cinta, no por eso está ménos obligada de seguir á su vencedor, viéndose sometida á fatigas excesivas en las épocas en que el reposo del cuerpo es para ellas de necesidad absoluta.

Por esta razon, los abortos son muy numerosos en las mujeres de la Nueva Holanda.

Los indígenas gozan más cuando les nace un hijo que cuando les nace una hija; pero si uno ú otro al venir al mundo traen alguna deformi-



dad, es muy raro que no los maten inmediatamente.

Un día en una de mis visitas á los nagotaks, hallándome en la cabaña de un jefe, su madre acudió á anunciarle que una de sus mujeres habia dado á luz un niño cojo, es decir, con la pierna derecha más larga que la izquierda.

El padre, sin pronunciar una palabra, sin pedir consejo á nadie, agarró á su heredero, se lo colocó bajo el brazo, y sin más ceremonias lo arrojó á un estanque próximo, donde el pobre-cillo fué devorado en breve tiempo por las innumerables legiones de salamanquesas y de otros reptiles que pululaban en aquellas aguas.

Hablaré aquí de un rasgo de costumbres locales.

Los indígenas en ciertas épocas del año se dedican con gran energía á la caza de los perros salvajes ó dangous, buscando sobre todo las crias, porque estos perrillos asados ó cocidos constituyen el más rico manjar de su cocina. En muchas ocasiones hasta los ceban.

Hay algunos, sin embargo, que los cuidan y los domestican, para que sean más tarde sus compañeros, convirtiéndose en auxiliares suyos en sus cacerías.

En este caso, los perrillos salvados del fuego, son confiados á las mujeres, las que sin repugnancia ninguna los crían á sus propios pe-



chos, y cosa extraña, despues de algunas semanas de cuidados, estas nodrizas parecen experimentar por aquellos mónstruos un afecto tan tierno como si fueran sus propios hijos.

Los llaman, los buscan en las selvas, los acarician y juegan con ellos.

La víspera del suceso que acabo de referir de la crueldad del jefe nagotak, este se apoderó de tres perros dangous y por nada del mundo quiso verlos perecer. Los tres ocuparon el puesto que dejaba vacio el pobre chico cojo.

La poligamia practicada por los naturales de la Nueva Holanda, la desigual distribucion de las mujeres entre ellos, son la causa verdadera de todas las riñas, venganza y malas pasiones que agitan su corazon.

Basta recordar que los trabajos más penosos, como la limpieza y reparacion de las armas, la construccion de las cabañas, la recoleccion de vegetales etc, etc, son los que desempeñan las mujeres, para comprender el valor que tienen, dada la pereza de los indígenas. Con este fin han inventado medios de poder vigilarlas.

Cuando una tribu se halla reunida en un mismo punto de la selva, cada familia tiene su cabaña aislada y en ella se reunen el padre, las mujeres y las hijas que aun no se han reunido con sus maridos.

Los jóvenes desde que tienen diez años son



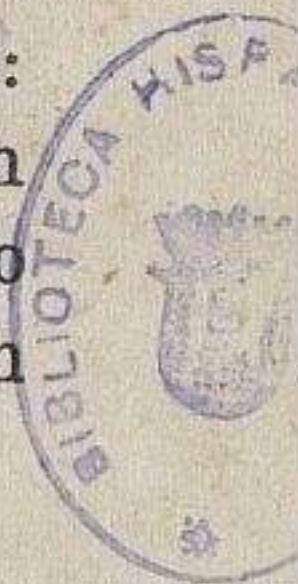
alejados de la cabaña principal, y eligen otro paraje próximo, y auxiliados por su madre, fabrican una nueva cabaña.

En estos campamentos fijos ó provisionales, no se permite, bajo ningun pretexto á un indígena adulto ó soltero aproximarse al albergue de un hombre casado.

Durante el dia cazan, pescan, recorren la llanura y las montañas; pero apenas cae la tarde, no pueden, sin esponerse á un fuerte castigo, abandonar los alrededores de su hogar.

Hallándose situadas todas estas cabañas á una gran distancia las unas de las otras, pasearse en torno de ellas llega á ser peligroso; pero á pesar del aislamiento, todos los individuos de las tribus, por lejanas que estén sus viviendas, se entienden por medio de cantos y ciertas palabras y ciertos sonidos y gritos especiales que forman un lenguaje convencional.

Las jóvenes que hallan ense intrigas y sienten un ódio mortal hácia el viejo que les han dado por esposo, hallan siempre medios de abandonar, siquiera sea por breves instantes, su choza para cambiar una palabra ó una mirada de inteligencia con sus preferidos. Pero desdichada si el ojo avizor de su propietario la sorprende: en aquel instante siente la herida que produce en su pantorrilla la lanza conyugal, y si el esposo ultrajado se siente bastante fuerte para dar un





castigo á su rival, le arroja todas las zagayas que tiene á la mano.

Entonces de unas y otras familias salen á la respectiva defensa, empieza el combate, y despues de algunos minutos de griterío y de golpes, son separados los combatientes y se lleva á cabo una reconciliacion.

En cuanto á la mujer herida, lo que puede hacer es escaparse llevándose el dardo que la ha herido, porque nadie se ocupa de ella.

Al dia siguiente de la muerte de Wal-luk y de Bulbaliko tuvo lugar en nuestra aldea el episodio siguiente.

Un viejo guerrero nagarnook, célebre en toda la tribu por su valor y su destreza salió aquel dia á recorrer sus dominios y notó que unos cuantos merodeadores habian destruido sus árboles, pescado sus tortugas y diezmado sus kángaros.

Al volver por la noche á su cabaña lleno de ira, llamó á sus mujeres, y con voz terrible las ordenó que le entregasen sus hachas y sus zagayas.

Sentado al amor de la lumbre, con las piernas cruzadas, se puso á afilar las lanzas, y para distraerse durante su tarea se puso á cantar:

Mañana, mañana,  
(Baramba baramba)



Atravesaré los hígados de esos miserables,  
Apagaré la luz de sus ojos,  
Beberé la sangre de sus pulmones.

Deteniéndose de cuando en cuando, tocaba con el dedo índice las puntas de sus lanzas, y si veía que los pedazos de cuarzo estaban bien afilados, lanzaba un rugido de placer.

Sus esposas, correspondiendo á su furor y aprovechándose de los momentos en que él descansaba para tomar aliento, apostrofaban á su vez á los enemigos.

Ellas en coro cantaban de este modo:

O los vagabundos de cabeza chata,  
De piés torcidos,  
De paso vacilante,  
De mejillas huecas,  
Mañana, mañana,  
Verá el sol su agonía.

Cuando el salvaje tuvo afiladas sus armas, se levantó, blandió una lanza, y creyendo que tenía delante á sus enemigas, se entregó ni más ni menos como don Quijote solía hacer, á efectuar las diferentes peripecias de la batalla en que esperaba tomar parte al día siguiente.

Sus cuatro mujeres le hacían coro. El ruido que entre todos producían era infernal.

Los chicos y los jóvenes de la aldea, atraídos por aquellos gritos, acudieron.



El viejo indígena cada vez más excitado, se entregó á una pantomima enérgica, y figurándose que luchaba con sus enemigos, los pisó en medio de grandes convulsiones.

Las muchachas del kraos que hasta entonces habian permanecido alejadas del tumulto, abandonaron sus cabañas, y llenas de curiosidad prestaron atención á lo que pasaba.

No tardaron en confundirse con los grupos, aumentando el número de los espectadores.

Los hombres maduros, cuya dignidad no les permitia conmoverse ni prestar atención á lo que pasaba, al ver que los gritos se prolongaban, enviaron á sus madres y á sus esposas de más edad para vigilar á las más jóvenes; pero muy felices por verse libres por un momento, comenzaron á correr de un lado á otro y á jugar á un juego parecido al escondite.

La escena tomó entonces un aspecto verdaderamente fantástico.

Como desde el momento en que anochece, aquellas mujeres experimentaban un gran terror por los malos espíritus, Boyl-yas y Karakuls, ninguna de ellas se atrevia á moverse sin llevar en la mano una antorcha de resina, y como unas y otras corrian de un lado á otro con estas luces, saltaban y brincaban, se subian á los árboles, bajaban á los barrancos, y se colocaban en las colinas, declaro que el efecto que



aquella escena me produjo no lo olvidaré nunca.

Las viejas perseguian á las jóvenes para llevarlas al redil; estas, deseosas de libertad, y como más ágiles, se burlaban de las viejas.

Al fin y al cabo, cansadas unas y otras, y apaciguados tambien los principales causantes de aquella sublevacion, todos fueron poco á poco retirándose, y al alboroto siguió el silencio.







---

## CAPITULO XII

---

La música y la poesía entre los naturales de la  
Australia.

Como todas las razas primitivas, los aborígenas de la Australia son muy apasionados del canto y del baile.

Sus alegrías, y sus dolores se manifiestan por medio de canciones.

Tienen buen ó mal humor, cantan; tienen hambre, cantan; están desesperados cantan con más fuerza que nunca; y estos cantos que los alibian y los alegran en todas las circunstancias de la vida, deben esta influencia benéfica á la armonía particular que los distingue.

Las canciones de las tribus australianas son sueltas y cortas, no encierran por regla general más que una ó dos ideas, y la melodía que las



acompañía sorda y monótona, dura horas enteras.

Esta música, que casi siempre parece ruda y fastidiosa á los europeos poco acostumbrados á modulaciones guturales, á esas notas eternamente repetidas; se presentan por el contrario para el hombre de las selvas llenas de gracia y de encanto.

Rara vez hace una familia australiana una visita á una tribu vecina, sin llevarles dos ó tres nuevos cantos, los cuales durante cierto tiempo se ponen de moda y se repiten por todos los individuos de la tribu.

Algunas veces estos cantos llevan el nombre del que los ha compuesto, aunque por regla general su autor permanece desconocido.

Aunque la mayor parte de los cantos australianos carecen de toda entonación armónica y son poco susceptibles de producir en el alma la más insignificante emoción, contienen, sin embargo, perfiles y detalles que nosotros no comprendemos.

Duros y disonantes para nosotros; para los salvajes que los escuchan, son la quinta esencia de lo sublime, el ideal de la melodía.

Un indígena de mi vecindad muy aficionado á cantar, producía en mí un efecto desgarrador; su cántico para mí era un suplicio intolerable.



Sin embargo, los de la tribu, al oírle se extasiaban, le aplaudían, y cuando terminaba un cántico le asediaban para que empezase otro.

Alguna que otra vez solía yo cantar canciones europeas, árias de ópera, y que me perdonen Rossini y Bellini, sus melodías no producían efecto en aquella gente.

Los instrumentos con que los indígenas acompañan la voz, son muy sencillos.

El primero de ellos está en sus manos: como los andaluces, baten palmas.

Otro de sus medios de acompañar es dar golpes con un palo sobre su lanza.

Otro es un instrumento formado con la concha de una tortuga cubierta de piel de kángaro, y sobre esta piel dan golpes con un palillo, como se hace con un tambor.

De cuando en cuando celebran algunas fiestas musicales, y si algún desgraciado cantante da un gallo ó pierde el tono, el director de la orquesta, para anunciarle que se equivoca, le envía á los muslos una de sus mejores zagayas.

También figura entre sus instrumentos el boorla que ya he descrito.

Voy á reproducir un cántico que goza de gran prestigio entre los indígenas del Oeste. Se refiere á una venganza llevada á cabo en tiem-



pos remotos por un indígena llamado Warbunga.

Dice así:

Kad-ju bar dook,  
Warbunga loo,  
Warbunga la,  
Kad-ju bar dook,  
Warbunga loo.  
Narra dau-na,  
Warbunga la, etc.

Tu hacha de guerra está allí,  
Oh Warbunga,  
Oh Warbunga,  
Tu hacha de guerra está allí,  
Oh Warbunga.  
Cójela y hiere,  
Oh Warbunga, etc.

Las madres y las jóvenes esposas suelen cantar cuando un hijo ó un hermano se aleja, esta estrofa:

Kavro-yol, tagol ya,  
Wal but kyle sin doll boula?  
Yol tagol, kavro ya.  
Vuelve querido mio,  
Vuelve pronto.  
¿Qué puedes hacer lejos de mí?

Tambien las jóvenes indígenas suelen bur-



larse de los jóvenes, y muchas veces oía una canción cuyo sentido es este:

¡Oh, qué piernas, qué piernas tan flacas!  
Parecen las de un kángaro.  
No se concibe cómo puede vivir  
Con semejantes piernas.  
¿Quién querrá seguir á esas piernas?  
Al primer choque, al primer salto  
Van á romperse como leña seca.

En otra de las coplas de esta canción, se aconseja á los desgraciados jóvenes que tienen piernas largas, que las utilicen como si fueran retama para encender el fuego.

Esta canción es considerada por los indígenas como la flor y nata de las canciones cómicas.

Nada puede despertar en el alma sentimientos de una tristeza más profunda que los cánticos fúnebres de los indígenas, ejecutados por un coro de mujeres que se lamentan y se desgarran el rostro.

Hé aquí una estrofa de una de las más cortas, muy en boga en la selvas de la Illawara. Los ancianos, rodeando el cadáver, cantan:

Mam-Mul, Mam-Mul,

Las jóvenes cantan:

Kardang, Kardang,



Todos juntos:

Garro á lo  
Me-la Nadjo  
¿Nunk á broo?

Hijo mio, hijo mio,  
Querido hermano, querido hermano;  
Objeto querido de todos.  
¿Ya no te volveré á ver,  
¿Ya no te veremos nunca?

Los guerreros de las tribus tienen tambien sus cantos de guerra, que recitan en sus marchas al blandir las lanzas para animarse al combate.

No brillan estos cánticos por la belleza de sus ideas, solo son notables por su concision y brutalidad.

Y si no juzguen los lectores:

En el momento en que van á empezar á combatir los guerreros, con el rostro, el cuello y los hombros pintarrajeados con rayas blancas, lanzando miradas terribles, rechinando los dientes y gesticulando, cantan de este modo:

Tid-na danna,  
Yudou danna,  
Diglio danna,  
Myeri danna,  
Goordus youla,  
Gonogos Tila,



Marras miarla,  
Bolgalas bida, etc. etc.

La traduccion es la siguiente:

Atravesémosles la cabeza,  
Atravesémosles la frente,  
Atravesémosles el pecho,  
Atravesémosles el corazon,  
Cortémosles las orejas  
Saquémosles las entrañas  
Rompámosles las costillas  
Mutilémosles los brazos, etc, etc.

Y de este modo enumeran rápidamente todas las partes del cuerpo que se proponen maltratar.

Por regla general, cuando un suceso notable acaece, se inventan enseguida canciones para perpetuar su recuerdo.

Así, pues, cuando Miago, el primer negro que abandonó la Australia para visitar la Europa se embarcó en la *Beagle*, fragata inglesa de la marina real, los siguientes versos compuestos por un indígena testigo de su despedida, fueron segun refieren las crónicas, constantemente cantados por la madre de Miago hasta su regreso.

Los versos se han trasmitido de generacion en generacion, y las mujeres indígenas se complacen en repetirlos.

Hélos aquí:

¿Ship dal win-jo balo?  
¿Tar dal kio dola gul?



Mela nad-jo,  
Nunc á broo,  
¿Oh mam-mul, Oh mam-mul?

La traduccion es la siguiente:

¿Adónde se encamina ese buque gigantesco?  
¿Adónde le impulsan sus blancas alas?  
Oh hijo mio, hijo mio,  
Volveré á verte,  
¿Volveré á imprimir en tu frente otro ósculo?

Hé aquí una cancion que las jóvenes cantan por la noche al aparecer las estrellas.

*Una voz.*

¿D'jal-lo lya lana?  
¿D'jal-lo lya lana?  
¿Iremos á la danza, iremos á la danza?  
¿Iremos á la danza, iremos á la danza?

*Coro.*

Mongada, Mongada,  
Mongada, Mongada,  
Iremos, iremos.

*Una voz.*

¿D'jal-lo iouls lana?  
¿D'jal-lo iouls lana?  
Vamos á bailar y á cantar  
Vamos á bailar y á cantar.

*Coro.*

Wonga-da. Wonga-da.



Wonga-da. Wonga-da.

Corramos. Corramos.  
Corramos. Corramos.

Los jóvenes cuando aparece la luna, entonan la siguiente canción:

Ka-ta, garo  
Monga.  
Gwab-ba rino  
Boola.  
Yar-dig lio  
Monga,  
Gwab-ba rino  
Boola.

La traducción de este cántico es la siguiente:

Ya está ahí la reina  
De la noche.  
Vamos; flores y besos  
Nos aguardan.  
Si teneis corazón  
Venid,  
Sus flores y sus besos  
Serán para vosotros.

Las estrofas de este cántico son innumerables.

Muchas veces desaparece la luna sin que los indígenas hayan agotado su repertorio.

Voy á terminar este capítulo, reproduciendo



la traducion de un cántico que improvisó en mi presencia una anciana, con el objeto de impulsar á unos cuantos indígenas á vengar la muerte de un jóven nieto suyo, muerto naturalmente, pero cuya muerte atribuia la cariñosa abuela á influencia maléfica de los brujos y vampiros.

Los que la rodeaban y la escuchaban con la mayor atencion, exclamaban de vez en cuando:

Goran-win, Goran-win,

Que quiere decir: Muy bien dicho.

De pié, con las piernas abiertas, blandiendo un palo, inclinándose de derecha á izquierda como un oso polar para fascinar á su víctima, con los cabellos desgñados, los ojos sombríos, la frente pintarrajeada de blanco, y el cuerpo desde la cintura á las rodillas cubierto con una tela encarnada, aquella mujer ofrecia el más bello tipo de bruja.

Con el acento lúgubre y mirando con terror, como si realmente viera apariciones horribles, comenzó de esta manera:

«Jóvenes, oidme, que voy á hablar.

«Los mágicos del Norte inventan sus encantos durante la noche; ellos son los que cuando la luna se oculta tras de las nubes, conducen á nuestras tribus los mónstruos que devoran



á los hombres, los que se alimentan con la carne y la sangre de aquellos á quienes más amamos.

»Vedlos, sus dientes rechinan, los séres malditos han abandonado sus cavernas, y con cautela se acercan á su víctima cuando se halla tranquila en los brazos del sueño, la muerden y la matan.

»Mientras que el destinado al sacrificio duerme confiado, los miserables boyl-yas caen sobre la víctima, que han cuidado antes de sumir en un sueño profundo, que equivale á la muerte.

»¡Oh! Warburg, hijo mio, ¿en dónde encontraré otro igual á tí? Nadie te ha amado con más ternura que tu anciana madre, ya no te volveré á ver, ¡oh! Warburg, mi querido hijo.

»Jóvenes que me escuchais, vosotros que habeis sido siempre valientes, ¿teneis bien aguzadas las puntas de vuestras lanzas? ¿Cortarán bastante los cuarzos de vuestras hachas? Si es así, que las heridas caigan sobre los boyl-yas como las gotas abrasadas de una horrible tempestad.

»Que los boomerangs partan de vuestra mano silbando y corten el aire con sus contorsiones extrañas; que los pesados dow-uks, aplasten á los boyl-yas; que las lanzas al entrar en su cuerpo beban toda su sangre, la inmunda sangre de los boyl-yas.



»Lanzad esta amenaza que no pueden oír sin temblar. Guerra á muerte á esos enemigos de las madres, á esos demonios de la noche.

»¡Oh! Warburg, mi querido hijo, los crueles boyl-yas te han arrebatado á mi ternura, ya no te veré nunca, mi adorado Warburg.

»Venganza, apréstate á seguirme. Los hombres de mi tribu son fuertes. Venganza y maldicion á los que retrocedan, venganza y maldicion á los que no sepan herir y matar.»

El calor de la improvisacion suele prolongarse cuando alguna de estas mujeres excita al combate á los guerreros, de tal manera que hasta que les falta el aliento, no se callan; pero aún así, lo más regular es que cuando una cae rendida, la reemplace otra, y así sucesivamente, hasta que todas las poetisas salvajes quedan sin aliento.

El efecto que produce su elocuencia sobre los hombres, es prodigiosa.

La mayor parte de las luchas, de las muertes y de las represalias que tienen lugar en las familias ó de tribu á tribu, son hijas de estas proclamas incendiarias, que piden, como hemos visto, sangre y exterminio.

Podria reproducir más cantos ó improvisaciones indígenas, pero las que he enumerado, bastan para dar al lector una idea aproximada del género de poesía cómica, sentimental y



agresiva de la raza del continente australiano.

Creo que este capítulo habrá excitado el interés de los lectores. Por mí parte, declaro que la música y la poesía australianas quedaron muy grabadas en mi corazón.

Aun hay más: en estas dos manifestaciones del alma, puede buscarse y adivinarse el espíritu de aquella raza primitiva.







---

## CAPITULO XIII

---

Los bosques.—Arboles gigantescos.—Las lilas.—Lirios y otras flores.—El wi-waga.—Leyendas.—De como se formó la Australia segun sus moradores.—Un botánico y un curandero.

Durante mis largos paseos á través de los bosques en compañía de Kaowur, Wologong y Múlligo, rogaba siempre á mis tres camaradas que me designasen los árboles, yerbas y arbus-  
tos dotados de bellezas, virtudes ó defectos ex-  
cepcionales.

Las selvas australianas que los emigrantes ingleses llaman comunmente *the Bush* (el matorral), no se parece en nada á lo que en las demás partes del mundo se llama selva ó bosque.

No poseen ni la suprema grandeza de las selvas americanas, ni los salvajes laberintos de bambús de la selva de la India, ni los gigan-



tescos grupos de árboles enlazados de la selva del Cabo de Buena Esperanza. Nada de grandioso, nada de enérgico sale ni se desprende de los pliegues monótonos de sus horizontes; todas las selvas tienen una fisonomía vulgar, tranquila. En todas partes la misma calma, el mismo orden, el mismo musgo verde, la misma clase de flores, el mismo terreno accidentado de colinas, de barrancos, de rocas gruesas destilando manantiales, los mismos árboles, en fin, perfectamente separados los unos de los otros.

Ni jaguares, ni panteras, ni serpientes de cascabel. La Australia entera no abriga una sola fiera en sus contornos, ni en sus soledades y bosques.

El silencio en todo tiene algo de solemne.

La mayor parte de los árboles que forman las selvas de la Nueva-Holanda, tienen doble altura que los más elevados de nuestros climas.

Entre los más gigantescos y más útiles deben contarse, en primera línea, los encalictos, mirtos gigantescos que exhalan un olor agradable y dan una gran cosecha de flores, y que producen una excelente goma muy útil para la industria.

La madera, de un color rojo oscuro, muy pesada é incorruptible, puede emplearse con muy buenos resultados en todas las construcciones terrestres y marítimas.



El árbol más imponente y majestuoso de toda la familia de los encalictos, es el amygdalia, cuyas verdes cepas se elevan á veces á la altura de cuatrocientos piés.

A estos grandes encalictos sigue la reina de la bahia de Moreton.

Tambien deben citarse la araucania, que suele tener de ciento á ciento cincuenta piés de altura; el cedro rojo, cuyo tronco mide, por regla general de nueve á diez piés de diámetro, la acacia, muy conocida en Europa; pero cuyo origen en australiano, y el myall, cuyo aroma es muy semejante al de las violetas.

Con su maderà dura y elástica construyen los indígenas los boomerangs, los dowuks, las wameras ó mazas, y los penachos que llevan en los cabellos y que emplean para medir el ritmo en las danzas públicas y en las fiestas musicales.

Las lilas australianas se hallan en número considerable en las selvas. Dos clases de ellas merecen particular atencion.

Las lilas blancas no empiezan á exhalar sus perfumes hasta que sale el sol, y cuando se pone, cesan de embalsamar el aire. La otra clase que he citado, exhalan por el contrario, su perfume solo durante la noche.

Hay encinas blancas que crecen en medio de los rios, y al lado de estos árboles magníficos, multitud de flores y de plantas de suaves perfu-



mes y brillantes colores. Tienen una clase de flores que dá cera, del paluka sacan el maná, y no carecen ni de rosas silvestres ni de otra porcion de variedades de mimosas, que exhalan un perfume semejante al del heliotropo.

Los lirios de las rocas miden en su mayor parte cuatro y cinco metros; su flor más blanca y más aterciopelada que las camelias, mide un metro de circunferencia.

Citemos, para poner término á estos datos de las flores australianas, la amiga fiel de los manantiales, la sencilla y modesta zarzaparrilla que brota en todas las hendiduras del terreno, cerca de los arroyos, se arrastra hácia los abismos, trepa por los troncos de los árboles, y puede decirse que tapiza todo el suelo australiano.

La zarzaparrilla, cuyas virtudes medicinales conoce todo el mundo, es una de las plantas favoritas de las mujeres indígenas. Con sus tallos flexibles forman collares, coronas y hasta tejen velos.

Me falta dar á conocer un árbol funesto, terror de los indígenas y de los europeos.

Este árbol llamado wi-waga por los australianos, merece, dada su importancia y la influencia peligrosa que posee, y las leyendas que á él se refieren, ser descrito con alguna detencion.

Los indígenas cuentan innumerables leyen-



das sobre su origen, la formación de las comarcas que habitan, y el wi-waga azote de los bosques.

He aquí algunas de estas leyendas, tales y como me las han contado los mismos nargarnooks.

La Naturaleza, hija predilecta del Gran Espíritu, tuvo un día el capricho de formarse, para su uso, un jardín de recreo, y acto continuo hizo que saliera del mar todo un continente.

Le cubrió de una bóveda siempre azul, la dotó de una eterna primavera, extendió sobre el suelo su manto de terciopelo verde tejido con los musgos más finos, mandó á la brisa bienhechora que soprase sobre aquella tierra nueva, sembró sobre las colinas los frondosos árboles, arrojó en los valles las flores más maravillosas de su corona, y creó en los bosques todo un mundo de encantos, toda una pléyade de pájaros canoros.

La reina australiana, así creada y sacada de la superficie del mar, comenzó á flotar sobre su superficie sonriente y florida, y la Naturaleza quedó satisfecha de su obra.

Entonces Moo-to-Ony, la preguntó qué raza humana habitaria aquel paraíso.

Todo esto como se ve es en extremo pintoresco.

La Naturaleza y el Gran Espíritu deliberaron, y despues crearon, como única digna de poblar



aquel jardín encantador, la raza negra de negros cabellos.

—Y hé aquí por qué me decia contoneando afectadamente sus cinco piés y cinco pulgadas Tom-Borro-Ya, jefe de una tribu del Loddon, hé aquí por qué este magnífico territorio pertenece á mi raza, la gran raza negra de negros cabellos.

Mi amigo Tom-Borro-Ya, (el que muerde), jefe muy sutil, muy astuto y gran escamoteador de caballos de toda su tribu, pretendia además, que por las noches, cuando aparecia el crepúsculo, la naturaleza, siempre satisfecha de su Australia, acudia seguida de sus ninfas á danzar y bailar, de otros mundos, en la cima de las montañas.

El mismo aseguraba que en sus correrías nocturnas habia visto con frecuencia á las blancas fantasmas.

En honor de la verdad, debo decir que mi hombre parecia perfectamente seguro de lo que me contaba.

Una tradicion muy en boga entre los indígenas, refiere que para conservar las selvas en su estado de órden y de perfecta belleza, la Naturaleza, madre cariñosa, envia todas las noches una cuadrilla de jardineros invisibles, los cuales á la luz de las estrellas cuidan los árboles y las plantas, y destruyen los insectos y animales que se complacen en maltratarlas.



Al oír contar esto á Tom-Borro-Ya,  
—¿Y en qué consiste,—le pregunté,—que tus jardineros invisibles, tan solícitos en acabar con los malos gérmenes, no arrancan las malas plantas? ¿Por qué dejan crecer y prosperar los wi-wagas en las selvas?

Para responder á esta pregunta, me contó Tom-Borro-Ya esta otra leyenda:

—Un día,—me dijo,—los habitantes de la raza, cometieron grandes pecados é irritaron al Gran Espíritu.

Este, para castigarlos, envió un pájaro gigantesco, el cual, despues de estar suspendido mucho tiempo sobre sus cabezas, y de producir en las selvas horribles tempestades al agitar sus alas, fué á reposar, al caer la noche, en las sombrías llanuras de Illabara (parte del continente australiano de donde suponen que procede el árbol ortigá), y una vez allí, labrando con su pico en el suelo un profundo agujero, depositó en él cuidadosamente una semilla roja que tenia oculta bajo su lengua, le cubrió despues, obedeciendo las órdenes que habia recibido, marcó el terreno con sus garras, tomó vuelo, encaminándose á los palacios estrellados, y se perdió en las sombras de la noche.

La semilla roja llena de fuerza y de poderes sobrenaturales, germinó pronto, y millares de tallos verdes con puntas agudas más peligrosas



que los ka-as, (1) brotaron en medio de las yerbas y se extendieron por todas partes.

Jamás puede estirparse esta planta maldita, y los árboles gigantes que salieron de sus raíces más numerosos hoy en los bosques, que lo, hijos de la raza negra en las aldeas ó aduaress envenenaron la selva.

Esta semilla fué el gérmen del terrible wi-waga, árbol del pájaro como le llaman los indígenas y árbol ortiga como le llaman los colonos ingleses.

Este árbol vípero, castigo y perseguidor de la raza negra, nace sobre las vertientes de las colinas para picar á los que se acerquen á él. Segun dicen los indígenas, tiende sus hojas y sus ramas hácia los que pasan y apenas los toca, en virtud del poder mortal que le ha trasmitido el pájaro, los deja completamente paralizados sobre la tierra.

—¿Cómo suponeis,—añadía Tom-Borro-Ya, que el simple contacto de una hoja pueda producir tales estragos, si esta hoja de fuego, producto de los jardines del Vi-ami (el infierno), no fuese un instrumento de venganza, un castigo del que dispone el gran juez?

Abandonemos queridos lectores, los palacios

(1) Cuchilla de la ley que sirve para castigar á los culpables.



encantados de la ficción por la sencilla verdad, y digamos qué es el wi-waga tal como yo le he visto, desafiando á los vientos, temido de todos, fuerte é inmóvil como una torre de verdura en medio de selvas australianas.

El tronco de este árbol mide de siete á ocho metros de contorno, una altura de cuarenta metros, y el simple contacto de sus hojas produce un efecto mortal.

Las consecuencias de la picadura de las hojas de este árbol sobre nuestra especie, merece ser conocida y voy á referir un hecho del que fui testigo.

Recorriendo en 1859 en compañía de algunos europeos las selvas de Illawara, uno de nuestros compañeros, un botánico de Lyon, nuevo en el país, pero ya advertido por nosotros, á pesar de todas nuestras advertencias, se empeñó en cojer una hoja del wi-waga; pero el wi-waga le dió una lección de botánica experimental que no podía esperar, pues apenas la tocó con la yema del dedo, su brazo y su mano se sintieron heridos como por la muerte.

El efecto tenia todas las apariencias de un choque eléctrico.

Sus dedos, convulsivamente apretados los unos con los otros y lívidos, no podían separarse; los brazos pendían á lo largo del cuerpo con la frialdad y la rigidez del mármol.



Nuestro guía Ta-Via-Ya, viejo salvaje, de los más activos y experimentados, conociendo enseguida la imprudencia de nuestro camarada, y el castigo que acababa de sufrir, se apeó de su caballo, y con una agilidad maravillosa, se puso á cojer unas hojas de una forma original, redondas y arrugadas que habia en los alrededores. Se las metió en la boca, las mascó, y apoderándose del herido, le desnudó hasta la cintura, y acompañando todos sus movimientos con un cántico extraño, se puso á frotar el brazo el hombro y la mano del enfermo con la planta mascada.

Al cabo de veinte minutos de fricción y de melopeas, vimos con inmensa alegría que los dedos de nuestro amigo se cubrieron de un tinte rojo, y poco á poco recuperaron su estado natural.

La Naturaleza coloca siempre al lado de la planta que mata, la planta que cura; pero deja á la sagacidad humana el cuidado de descubrirla, y en esto, preciso es confesarlo, los salvajes son maestros.

---



---

## CAPITULO XIV

---

El Otoño.—Actividad —La recolección.—La goma.—Una peregrinación.—Mercado.—Diversiones.—La invasión europeo.

Desde mi llegada á la tribu de los nagar-nooks en el mes de Abril (mes de Noviembre del calendario australiano), habian trascurrido siete meses.

Nos hallábamnos, pues, en el otoño, y cada dia se manifestaba un cambio notable en la atmósfera.

La temperatura que hasta entonces se habia mantenido entre 37, 40, y 45 grados centígrados, fué descendiendo gradualmente á 24, 30 y 35.

La dulce influencia de la brisa otoñal se dejaba sentir, y todo renació.

El canto del loro de cabeza dorada resonaba en las selvas, los campos estaban más verdes que nunca, la vegetación era más activa, los



pulmones del hombre se sentian más á su gusto, y las piernas de los indígenas parecian querer agitarse.

El otoño australiano es lo que la primavera europea.

Esta época de transicion entre los calores ardientes de la canícula y las lluvias frias del invierno, es siempre esperada con deseo por los indígenas, y escogido por ellos para los largos viajes y las expediciones importantes.

Por entonces es cuando emprenden guerras, cuando ventilan las cuestiones que han dejado aplazadas, cuando se visitan unos á otros, cuando van á recojer las plantas y las raíces que destinan á sus provisiones de invierno.

Entre estas provisiones, hay una sustancia nutritiva que prefieren á todas las demás. Esta sustancia es la goma.

Los nagarnooks poseen á medias con los nagotaks, sus vecinos, desde hace muchos años, un terreno llamado Vérula.

Este terreno consta de inmensas llanuras cubiertas de koon-nats, especie de acacias que producen la goma más fina, mejor y más abundante del mundo.

En Octubre y en Julio acuden los nagotaks y los nagarnooks á sacar el fruto de aquella propiedad que les pertenece, y hallándonos en la época oportuna, noté que todos los de la tribu



donde yo habitaba se aprestaban á dirigirse á aquel terreno neutral.

Koawur y Wollogong me propusieron que fuera en su compañía, y acepté como siempre, sintiendo que Múlligo no nos acompañará, pero una de sus mujeres se hallaba enferma, y tuvo que quedarse á cuidarla.

Caminamos con todos los individuos de la columna guiados por un coradji.

Durante la noche andábamos, por el día descansábamos á la sombra de los árboles.

Al cabo de algunos dias llegamos á los profundos valles del Vérula á donde nos habian precedido algunos nagotaks.

Aun no habrian pasado ocho dias, cuando pude contar más de ciento cincuenta indígenas de ambos sexos, diseminados en un radio de dos ó tres kilómetros.

Despues de construir las cabañas y de instalarse cada familia, segun la costumbre establecida, se procedió á la recoleccion de las gomas.

La incalculable abundancia con que producen este artículo los koon-nats, permite á las mujeres reunir en poco tiempo cantidades prodigiosas, con las que formaban montones enormes á lo largo del ameno riachuelo, en cuyas orillas habiamos acampado.

Despojados aquellos árboles de su ámbar nutritivo, aun quedaba por hacer una operacion di-



fácil, puesto que las gomas secas y divididas en un número incalculable de bolas y fragmentos, no podían ser trasportadas de aquel modo á las aldeas.

Una mañana ví á unas cuantas mujeres indígenas, armadas de grandes martillos de bambú, dirigirse cantando al bosque próximo, y me permití seguirlas.

Una vez allí, cojieron grandes cantidades de cortezas de árboles y se dirijieron con ellas á la orilla del riachuelo.

En primer lugar las sumergieron en el agua corriente, manteniéndolas en el fondo, sujetas con grandes piedras, y cuando las cortezas estuvieron blandas se pusieron á trabajar sobre ellas.

Arreglándolas para adaptarlas unas á otras, las juntaron cuidadosamente, taparon todos sus intersticios, y al pronto creí que estaban fabricando piraguas ó pequeñas embarcaciones.

Reíame yo ante la idea de una navegacion en un rio de ocho piés de ancho y tres de profundidad, cuando noté que me habia equivocado de medio á medio.

No eran piraguas las que aquellas pobres mujeres construian con su habitual destreza, si no grandes artesones destinados á recibir la goma para ser disuelta en ellos.

En efecto, cuando las gomas despues de ha-



ber permanecido mucho tiempo en el agua, estuvieron á punto de ser amasadas, las indígenas formaron con ellas barras, tortas, panes, las agujerearon por una punta, para que cuando estuvieran suficientemente endurecidas pudieran ser trasladadas á sus aldeas metidas en un palo.

Estas tortas de goma, preparadas de este modo, constituyen la principal sustancia alimenticia de las tribus del interior cuando se presenta el demonio de las tempestades y ruje en las selvas el genio malo de las inundaciones.

—¿Y qué hacian los hombres mientras las mujeres trabajaban?—preguntará el lector.

Los hombres dormian, se bañaban, se contaban historias, hacian apuestas de agilidad, de fuerza, en una palabra, se dejaban querer.

El número de indígenas fué aumentándose, hasta el punto de convertir el valle en un verdadero mercado.

Y mercado era, porque se hacian operaciones de cambio.

Quien trocaba dos boomerangs por un tomohawk, una manta de piel de opossum por tres lanzas, cinturones de piel de murciélago por collares, plumas por instrumentos de música, etc., etc.

Terminado el negocio y los estómagos satisfechos, comenzaban los cánticos y los bailes, las intrigas amorosas, las desapariciones de las jó-



venes, á las que seguian los combates, las heridas y las muertes.

Nada más comun que ver á una esposa infiel huyendo con la lanza conyugal atravesada en un muslo, ó al seductor con un brazo roto.

Completad estos tumultos con los gritos de dolor de unos, con las excitaciones á la guerra de otros, con las idas y venidas de los curiosos, los exorcismos de los boyl-yas, las palabras de paz de los coradjis, y podreis formaros una idea de aquel cuadro.

Al anochecer se encendian las hogueras en las colinas, las antorchas se agitaban subiendo y bajando á los barrancos.

Las pinturas con que se adornaban los indígenas eran monstruosas, puesto que unos tenian rayas blancas horizontales en la cabeza y en el pecho, las que les daban el aspecto de los esqueletos; otros, teñidos de rojo, parecian hombres desollados, hombres en carne viva; otros, por último, iban cubiertos y adornados con pieles, y todos juntos imitaban los rugidos de las fieras, los gritos de las aves, procurando imitarlos tambien en sus movimientos, en sus carreras y en sus saltos.

El salvaje de la Nueva Holanda emplea su vida en recorrer la selva; pero si va constantemente del centro á la circunferencia y de la cir-



cunferencia al centro, no es como muchos creen, por el solo placer de cambiar de aire.

La causa principal de estos movimientos, es el deseo de llegar en épocas oportunas á recolectar un fruto, á beneficiar plantas y raíces maduras.

Juzguen ahora los lectores de la perturbacion violenta que la presencia de los europeos ha introducido en las costumbres seculares de estos séres, á quienes la naturaleza ha otorgado sus dones con mano pródiga, que no comprenden que sea preciso arrojar al suelo la semilla para recoger el fruto, que ignoran el valor del cultivo, que viven al dia, y que no tienen más guia en esta vida aventurera que la memoria y la tradicion.

Donde el hombre civilizado traza hoy su heredad y se forma un jardin, crecen las mejores plantas del país, todo cambia, se desarrolla y engrandece bajo la mano guiada por la inteligencia.

Multiplicad estos colonos por ciento, por mil, por diez mil, avanzando siempre hácia el interior, ensanchando sus jardines, creando toda clase de cultivos, aumentando sin cesar el número de sus rebaños, y figuraos que es lo que pensará de los adelantos de los europeos el pobre indígena arrojado del país en donde ha nacido, donde ha fabricado su casa, hambriento, perse-



guido, asesinado si se queja ó se subleva contra sus opresores.

Cierto es que la religion, acompañando al espíritu emprendedor del comercio, ofrece grandes consuelos á los indígenas al darles una idea de la moral evangélica, al ganarlos para el cristianismo; pero de todas maneras es horrible é inspiradora de piedad la situacion en que este espíritu los coloca.

Les arrebatan sus bosques, les roban sus hijas, les pegan si se quejan, les cuelgan de un árbol si no se muestran satisfechos. ¿Qué extraño es, si esto sucede, que el salvaje se apodere de su lanza, coja su maza, envenene las puntas de sus zagayas, los manantiales donde han de apagar su sed los invasores, cuelgue de su cuello el amuleto de la guerra, y se consagre á destruir á los blancos, sus enemigos?

Asesinado en todas partes sin misericordia, asesina á su vez cuando puede, y las dos razas, agitándose en un círculo fatal, siguen una senda de injusticia, de ódio y de sangre.

Pero basta de consideraciones sobre el particular.

Terminada la recoleccion de las gomas, volvimos al kraos donde nos aguardaban malas noticias.



---

---

## CAPÍTULO XV

---

Muerte de Múlligo.—Djun-Yup y Ben-i-Youl.—  
Ceremonias fúnebres.—Las sepulturas.—Ceremo-  
nias nupciales.—Un episodio trágico.—Usos y cos-  
tumbres.

Llegamos á la aldea muy tarde, y estaba tan fatigado que me acosté, aplazando para el día siguiente mi visita á Múlligo.

Múlligo no era ya vecino mio. Habia caido enfermo durante nuestra ausencia y mandó que le trasportasen al paraje en donde habia nacido. Quería morir en él, y en aquel momento habitaba con sus mujeres la choza de su madre, situada en una extremidad del kraos á tres kilómetros lo ménos de la cabaña donde yo residia.

Al día siguiente, apenas me levanté, encontré á la puerta de mi cabaña á Wollogong, silenciosamente sentado.



Las noticias que me traia de Múlligo eran muy tristes.

La enfermedad avanzaba, se sentia morir, y durante toda la noche, me habia llamado muchas veces, queriendo verme por la última vez para despedirse de mi.

Quince dias antes, Múlligo persiguiendo á un opossum, se subió á un encalicto, cayó de lo alto de una rama, y se lastimó tanto la espina dorsal, que algunas horas despues un violento ataque de paroxismo le privó de sus miembros inferiores.

Desde entonces, su estado no habia hecho más que agravarse hasta el punto, segun me dijo Wollogong, de no ser ya más que un esqueleto.

Supliqué al jóven indígena que corriese á anunciar mi visita, y por mi parte me apresuré á realizarla.

La costumbre que ya era ley en las tribus indígenas, de que tres dias despues de la muerte del esposo, sus mujeres fueran entregadas á su hermano, ó por falta de este á su más próximo pariente, me hacia pensar que dos jóvenes viudas tan bellas como Kaola y T'Sadda no serian abandonadas á Djun-Yup, hermano mayor de Múlligo, hombre ya de edad, sin que se levantase oposicion contra este acto; y en efecto, al acercarme á la cabaña en donde el pobre



indígena espiraba, ví que mis suposiciones eran ciertas.

Unos doce indígenas amigos de Ben-i-Youl, que pretendia tener derecho á la posesion de Kaola, no ocultaban sus intenciones de obtenerla á toda costa, aunque fuera preciso para ello emplear las armas.

El terrible Ben-i-Youl no se hallaba presente, habia ido con veinte y cinco amigos á las orillas del Neer-Gabby para proveerse de madera de lanzas.

Sus partidarios habian ya construido su choza á la distancia de diez metros de la de Múlligo, y no esperaban más que su muerte para oponerse á que la jóven viuda fuese á parar al dueño que la ley le destinaba.

Al pasar cerca de ellos me detuvieron y se esforzaron en convencerme de que una sola de las dos mujeres era muy suficiente para Djun-Yup.

—Es un viejo de más de cincuenta años,— me dijeron,—un árbol sin sávia pronto á sucumbir, que se quede con T'Sadda y que entregue la bella Kaola al gran Ben-i-Youl, y seremos amigos suyos.

No queriendo inmiscuirme para nada en este asunto, les manifesté mi resolucion de permanecer neutral, y me dirigí á la cabaña de Múlligo.



El estado en que se hallaba aquel pobre hombre anunciaba como muy próxima su muerte, y su madre y sus dos mujeres vigilaban todos sus movimientos.

Múlligo me reconoció. Sus negros ojos dejaron escapar como un relámpago, y al mismo tiempo me dijo:

— *Val dyke, boola-ganya*, que queria decir: Amigo mio, estoy perdido.

La madre revelaba un gran temor, porque dominado por una sed ardiente, Múlligo no podia beber.

Kaola le echaba con mucha lentitud agua por una oreja.

Despues de tomarle el pulso, de humedecerle la frente y los labios, y de dirigirle algunas palabras de esperanza, salí para ver lo que pasaba fuera.

La cabaña de Djun-Yup se hallaba á unos veinte metros de distancia.

Djun-Yupafilaba sus lanzas.

Evidentemente se preparaba á mantener su derecho, y contaba además con un gran número de indígenas en su favor, puesto que su cabaña estaba rodeada de multitud de nagar-nooks.

Koawur, hermano de Kaola, se hallaba igualmente al lado suyo y favorecia su causa.

Todos estaban impacientes y decididos á cas-



tigar á Ben-i-Youl y á sus amigos, apenas hubiese provocacion alguna de su parte.

Llegó la noche, todos reposamos, y al dia siguiente 15 de julio, al romper el alba, volví á la cabaña de Múlligo.

Todavía vivia, pero su respiracion era muy fatigosa.

Su cabeza reposaba sobre el regazo de su madre Yass-Dulla, que inclinada sobre él, lloraba en silencio. Kacla y T'Sadda tenian cogidas sus manos.

Tambien habia allí otras mujeres sentadas en torno del moribundo, con los ojos bajos, el rostro demacrado, los cabellos desgredados, lanzando gemidos de dolor y desgarrándose las mejillas, la frente y el pecho.

Los hombres reunidos en la parte exterior, delante de la cabaña, se ocupaban activamente en limpiar y afilar sus lanzas.

Yo permanecia en un rincon contemplando aquella triste escena.

No tardaron en presentarse algunos grupos de mujeres indígenas. Llegaban de tres en tres y andaban lentamente apoyadas en largos palos.

A cuatro ó cinco metros de la cabaña se detenian, lanzaban gritos y acudian á colocarse en torno del moribundo.

Apenas entraban, se sentaban y gritaban como las que ya estaban en la cabaña y entonaban



con ellas cantos fúnebres de los que ya tienen noticia los lectores.

De cuando en cuando, alguna de ellas, en el último paroxismo del dolor, se levantaba, salía de la tienda, agitaba su wahna en el aire, y llenaba de imprecaciones á cierto boyl-ya que en su opinion era la causa de los sufrimientos de Múlligo.

El pobrecito indígena murió á cosa de las once de la mañana.

Su madre le cojió en brazos, le sacó de la tienda en torno de las otras jóvenes casadas, y enmedio de una inmensa desesperacion destruyeron en pocos minutos la cabaña diciendo:

—Ya no sirve para nada, desaparezca.

Terminada esta operacion, todas en coro lanzaron nuevas imprecaciones contra el boyl-ya.

Los hombres, en presencia del cadáver manifestaban una gran desesperacion, y Wollogong, el hermano menor de Múlligo, poseido de un acceso de furioso frenesí, se lanzó de un salto á donde estaban las viudas disponiéndose á pintarrajear su cuerpo con los colores de la tumba, y ya levantó su lanza para descargarla sobre Kaola y atravesarla de parte á parte, cuando por fortuna las otras mujeres detuvieron su brazo y le impidieron que llevara á cabo su propósito.

La conducta de Wollogong me parecia



inexplicable, pero no tardé en comprenderla.

Un mes antes de la catástrofe, un indígena robó ó Múlligo una manta de pieles y la dió á uno de los brujos de su familia, llamado Djikok, el cual adquirió con la posesion del objeto, un poder misterioso sobre la vida de Múlligo; resuelto á destruirle le tendió un lazo.

Segun aseguraba el indígena, el brujo fué quien tomando la forma de opossum, excitó á Múlligo á subir al encalicto, rompió la rama y ocasionó su caida y su muerte.

Así, pues, Wollogong, al querer matar á Kaola, fué para castigarla por no haber vigilado bien su casa, dando lugar á que robaran á su esposo la manta de pieles.

El cuerpo de Múlligo fué colocado sobre una angarilla hecha con juncos y cubierta de ramas floridas, le condujeran á un sitio donde habia muchos nogales, y bajo su sombra le colocaron.

Inmediatamente tuvo lugar el banquete de los funerales, en el cual no comen los indígenas más que raíces. Esta colacion que se practica en silencio y que termina con discursos en elogio del muerto, era interrumpida ó cada instante por Yass-Dulla y las demás mujeres, que gritaban:

—¡Kho-oh! ¡Kho-oh! (Desdicha).

Siguieron los preparativos del entierro.

Hombres y mujeres avanzando en fila uno á



uno, se dirigieron hácia el punto señalado del bosque.

Koawur y Wollogong, llevaban el cadáver.

Durante esta marcha, que duró cerca de media hora, la madre de Múlligo fué la única que habló, cantando plegarias fúnebres.

Al llegar al pié de un árbol gigantesco que habia sido elegido para cavar cerca de él la sepultura, Koawur y Wollogong hicieron un hoyo en la direccion de Este á Oeste.

Hecha la fosa de dos metros de largo por uno y medio de superficie, arrojaron los indígenas muchas ramas y hojas secas y las encendieron.

Un boyl-ya amigo de Múlligo se arrodilló al borde de la sepultura.

Su mision en aquel momento era ver hácia qué lado se dirigian los espíritus de los boyl-yas enemigos de Múlligo, arrojados por la hoguera.

Cuando vió que se dirigian hácia el paraje en donde habitaban los que habian robado la manta de pieles de Múlligo, no quedó duda de que ellos eran quienes habian causado su muerte, y una viva satisfaccion se dibujó en los rostros de todos al saber en donde estaban los asesinos, y á donde debian ir á tomar venganza.

Inmediatamente se procedió á enterrar el cadáver.



Yass-Dulla le entregó, no sin besar sus labios fríos.

Envuelto el cadáver en un manto nuevo hecho de corteza incorruptible, le colocaron en la tumba con la cabeza hácia el Este, entre hojas y yerbas aromáticas, y las mujeres reunidas en grupos, continuaron gritando y cantando, mientras que los indígenas que habian cogido muchas ramas y hojas, pasaban por delante de la tumba y las arrojaban sobre el cadáver.

—Duerme en paz,—dijo Wollogong;—ya sabemos quién ha causado tu muerte.

—Te vengaremos,—murmuró Koawur.

—Los nagarnooks castigarán á los de la tribu de los Cisnes,—dijo Djun-Yup.

—Ya conocemos el camino de sus cabañas,—exclamó otro.

Y todos juntos repitieron:

—Duerme en paz, nosotros te vengaremos.

Sobre las flores y plantas arrojaron unas cuantas capas de tierra, sobre estas capas de tierra las mujeres á su vez echaron flores y nuevas plantas.

Todas las armas de Múlligo fueron rotas por Djun-Yup.

Y terminada la ceremonia con esta operacion, los indígenas volvieron á la aldea por un camino distinto del que habian seguido para llegar á la tumba.



Al día siguiente al amanecer fui á la sepultura de Múlligo, y encontré á su madre poseida de un vivo dolor.

Hablaba á su hijo, le hacia mil preguntas, le recordaba su infancia, los cuidados que le habia prodigado, le preguntaba si en el país donde entónces habitaba habia sombra, aguas cristalinas, caza, si era feliz y si se acordaba de su madre.

Este monólogo, al que la armoniosa lengua de las tribus añadía un sello de melancolía indeleble, era curioso é interesante.

Segun la costumbre indígena, Djun-Yup debia dejar pasar tres dias enteros antes que las mujeres de su hermano fuesen á su cabaña; pero como Ben-i-Youl parecia resuelto á obtener á Kaola, los parientes del primero juzgaron que era necesario precipitar los sucesos.

Anuncióse, pues, que el matrimonio tendria lugar el mismo dia, tres horas antes de anochecer.

Llegué al lugar indicado en la hora oportuna, y comenzaban los preparativos de la ceremonia nupcial en presencia de un gran concurso de indígenas.

Kaola y T'Sadda coronadas con una diadema de plumas de emu, y conducidas por las mujeres que las habian dado asilo, juraron que desde que habian salido de la choza de Múlligo,



habian permanecido completamente encerradas, extrañas á todo lo que habia pasado, y que ningun hombre las habia hablado, ni siquiera las habia visto.

Esta declaracion que parecia tener una gran importancia, fué confirmada por sus amigos. Djun-Yup se manifestó satisfecho.

Las jóvenes viudas se agarraron de la mano, y Nar-Randji, el primer boyl-ya de la tribu, se adelantó y trazó en torno de ellas con la punta de una lanza sagrada, un gran círculo, que no debian ocupar más que las mujeres de Djun-Yup, cualquiera otro que probase tener sobre sus personas derechos superiores.

Llegó el momento crítico.

Desde que aparecieron las jóvenes, Ben-i-Youl acompañado de sus amigos, llegó y se colocó en primer término.

Solo algunos metros le separaban de las esposas de Múlligo.

Ben-i-Youl no hablaba, pero sus lábios cárdenos, sus puños crispados, su actitud amenazadora y la mirada de fuego con que abrasaba á Kaola, revelaban la tempestad de pasiones tropicales que rugia en su pecho.

Contrastaba con él Djun-Yup, cuya sangre fria me encantaba.

Hubo un momento de gran silencio.

Este silencio iba á convertirse en ansiedad,



cuando Djun-Yup avanzando tres pasos del círculo, dijo con voz clara:

—Kaola y T'Sadda, mujeres de mi difunto hermano, preparad la nueva choza á donde iré á reunirme con vosotras en cuanto se ponga el sol.

Ben-i-Youl se acercó tambien al círculo y exclamó:

—Kaola, por los derechos que tengoy por los que mi lanza me dará, no obedezcas á nadie más que á mí; vé á esperarme á mi cabaña.

Kaola sin dignarse responder á Ben-i-Youl, sin cuidarse de sus derechos ni de su cabaña, salió del círculo con T'Sadda. Las dos cogieron un poco de tierra con la mano derecha, se acercaron á Djun-Yup, se inclinaron delante de él, y se echaron la tierra en la cabeza, lo que significaba que obedecian á la ley de la tribu, y que consideraban como nulas las pretensiones de Ben-i-Youl, escogiendo á Djun-Yup por dueño y por señor, y estando prontas á obedecerle.

En aquellos casos, segun la ley indígena, la aceptacion de las mujeres pone término al litigio y habiendo perdido Ben-i-Youl su más dulce esperanza, lanzó un rugido, se arrojó sobre Kaola, y antes que nadie hubiera podido advertir su accion, la atrevesó el muslo de un lanzazo.

Djun-Yup se apoderó en seguida de su hacha



de piedra, y cogiéndola con fuerza, dió un golpe á su rival en medio del pecho, arrojándolo al suelo.

Sus amigos le levantaron, y un combate general iba á tener lugar cuando el anciano Nar-Randji, la madre de Múlligo, y las demás mujeres presentes se arrojaron en medio de los dos bandos y les impidieron que fueran á las manos.

Ben-i-Youl, que tenia rotas dos costillas, no pudiendo apenas tenerse de pié por los dolores, se aprovechó de la confusion, abandonando el campo sostenido por dos de sus amigos.

Al verle partir, le silbaron, le injuriaron, y se rieron de él los partidarios de Djun-Yup.

Kaola le maldijo muchas veces, y mojado sus dedos en la sangre de su herida, la arrojó, en señal de desprecio y de insulto, en la misma direccion que habia tomado el prófugo.

Cuando desaparecieron Ben-i-Youl y los suyos, Nar-Randji, el boil-ya, hizo la primera cura á Kaola, y Yass-Dulla y T'Sadda se apresuraron á construir para Djun-Yup la cabaña que habia pedido.

Cubrieron la tierra con ramitas de mirto oloroso, tapizaron el interior con corteza muy flexible, suspendieron en la parte exterior de la puerta grandes ramilletes de flores encarnadas, que llevó Wollogong, y una vez todas las cosas arregladas, el anciano extendió en el interior de



aquel albergue, una especie de alfombra formada con pieles de opussum, sobre la que tomaron asiento los nuevos desposados.

Segun la costumbre de los nagarnooks se encendieron hogueras cerca de la cabaña. Los amigos fieles de los esposos estuvieron de centinela toda la noche, y la madre de Múlligo, abandonando la felicidad que renacia en la nueva choza, fué á encerrarse á solas con su dolor en su cabaña.

Las ceremonias fúnebres son por regla general las mismas en toda la vasta extension del continente australiano. Sin embargo, en ciertas localidades y en algunas tribus, se diferencian en lijeros detalles.

En las orillas del Murray y del Morumbidgee, por ejemplo, las mujeres del difunto, en el momento en que el cuerpo de éste es sepultado en la fosa, se laceran la piel del cráneo y de las mejillas con huesos cortantes que les producen heridas profundas, cuyas cicatrices no se borran nunca.

En las riberas del Darling y del Macquerie el cadáver no se deposita en la tierra en la posicion horizontal como fué colocado Múlligo.

Por el contrario, se le sienta, se le cruzan los brazos sobre el pecho, se le doblan las rodillas de modo que toquen á la barba, y así se le coloca en la sepultura.



Entre los bong-bong, los indígenas feroces de la Nueva-Holanda, que habitan la elevada cadena del Marulo, los hombres, ántes de envolver el cadáver en una corteza muy semejante al corcho que le sirve de sudario, se hacen heridas en los brazos y en los muslos, y cuando la sangre comienza á correr en abundancia, rodean el cadáver y le dicen al mismo tiempo:

—Te traemos sangre.

Lanzando entónces gritos horribles, se empiezan á dar golpes los unos á los otros.

En estos casos, los rostros de los indígenas ostentan en su frente y en las mejillas grandes puntos blancos, signo de dolor, que conservan durante muchas semanas.

Los Gwerrinjoks, que habitan las llanuras pantanosas del Lachlan, cuando asisten á los funerales, se cortan largos mechones de pelo de la barba y de la cabeza y los arrojan sobre el cadáver. Del mismo modo despojan del cabello y de la barba al muerto y se reparten estos restos, los queman, y con las cenizas que producen, se frotan violentamente el rostro y el pecho.

En el interior del país, en las regiones desconocidas de los europeos, segun me han asegurado, los aborígenas no sepultan en la tierra los cadáveres, antes al contrario, forman con dos troncos que sujetan por sus extremos á cuatro árboles, una especie de cama con ramas y cor-



reas, depositan sobre ella el cadáver, le cubren con pieles, y le dejan de este modo ser pasto de los buitres y demás aves de rapiña.

Como se vé, los usos y las costumbres varían en el país según las localidades; pero no por eso dejan de ser en todas partes originales y curiosos.

---



---

## CAPITULO XVI

---

El infierno de los indígenas.—Creacion del mundo.—Caverna de la luna.—Las estrellas.—Resucitados.—Forma en que se presentan cualidades físicas y morales de los indígenas.

Para completar el rápido bosquejo que acabo de trazar de las costumbres, cacerías y manera de vivir de los australianos, necesitaria dar una idea á los lectores de los diferentes sistemas que constituyen sus dogmas religiosos.

Pero no solo no he hallado nunca claridad en sus ideas respecto de este particular, no solo hay nebulosidades en sus doctrinas, contradicciones en su Génesis y diferencias de tribu á tribu, sino que la mayor parte de sus creencias son tan excéntricas, sus ceremonias sagradas tan lúbricas y sus objetos de adoracion tan inconcebibles, que me parece más oportuno hacer caso omiso



de la teología de estos pueblos, y cubrir con el velo del silencio los originales extravíos de imaginación que me vería obligado á señalar.

De todas maneras la tradición es su gran norma.

Un filósofo, un iluminado, sin duda alguna, ha organizado en otro tiempo las fiestas; ha proclamado los ritos; ha redactado las tablas de la ley que obedecen en la actualidad los indígenas; pero la causa primera de estas instrucciones, el secreto de estos mandatos, el sentido oculto de estas ceremonias religiosas y orgiásticas á la vez, se han perdido en la noche de los tiempos.

Los discípulos explican difícilmente las razones del maestro, y no contestan más que con definiciones incompletas á las preguntas que sobre el particular se les hacen.

En una palabra, los australianos modernos, como la mayor parte de las naciones del antiguo mundo, hacen lo que hacen, porque sus antepasados lo han hecho ántes que ellos, y se doblegan ante la ley de la costumbre, no por convicción, si no porque sus padres y los padres de sus padres se han inclinado ante esta ley.

En medio de las tradiciones groseras, sensuales y casi siempre ridículas que constituyen su culto, se descubren, sin embargo, algunas preciosas leyendas, algunos apólogos, algunos



principios de sana moral, y una porcion de ideas sobre la vida futura que no dejarian de causar asombro á nuestros nuevos teólogos.

Así, pues, los indígenas están todos conformes en creer en la inmortalidad del alma, y por lo tanto, en la recompensa y el castigo despues de la muerte.

Tienen un sitio, un lugar de dolor, un infierno, el *viami*, que da una elevada idea de su poderosa imaginacion.

El *viami* es un inmenso desierto de arena, sin agua, sin sombra, sin yerbas, sin raíces, sin noches tranquilas, en el que tres globos de fuego, tres soles de un poder terrible resplandecen formando un triángulo y despiden sus abrasadores rayos eternamente sobre las cabezas de los que han insultado á los sacerdotes, han asesinado á los jefes de las tribus, han seducido á las jóvenes ó han maltratado á los ancianos.

Los *coradjis* son los encargados de enseñar los pormenores de la creacion del mundo.

Al ocuparse del origen de las cosas, cuentan sencillamente, que el *Autor del bien*, un hombre muy fuerte, muy sábio, muy justo, de gigantesca estatura, del mismo color que ellos, y al que llaman *Moo-to-Ony*, creó, en primer lugar, de la nada, el kángaro, las yerbas sabrosas que le nutren, y por último, el sol que ilumina y calienta la selva.



Subiendo despues al Warra-Gong, el monte más elevado de la Australia, se puso á escupir en todas direcciones, y creó de este modo los grandes lagos de donde salieron los rios.

Lo que hizo entonces Moo-to-Ony para formar la mar salada, las leyendas australianas nos lo enseñan con toda claridad, pero yo pido al lector que me permita no repetir lo que las leyendas dicen.

La tierra austral cubierta de este modo de verdura, regada por claros manantiales, poblada de animales y de aves, y defendida por una barrera de mugientes olas, Moo-to-Ony bajó á la llanura, y consagró todo un dia á la creacion del hombre y de la mujer, tipos magníficos, padre y madre de la raza negra de negros cabellos.

Terminada esta obra, y pudiendo los dos nuevos séres andar, pensar, vivir, el Gran Espíritu, para complacerlos, dispuso que los árboles abandonasen las entrañas de la tierra, se propagarán por las colinas y cubrieran de sombra los inmensos valles.

Acto contínuo se arrancó un pelo de la barba y lo arrojó á la tierra. Este pelo flexible y largo se arraigó enseguida, se desarrolló pronto, y fué la *marra* ó madre de las lianas que tapiaron el fondo de los barrancos, se abrazaron á los troncos de los árboles, y coronaron la frente



de los cedros y de los gomeros con millones de flores azules y blancas.

Dió un puntapié á una roca formidable, y la huella de este puntapié se vé aún en la más alta cima del Warra-Gong, y lanzándose en el espacio, se perdió en el éter, donde reside eternamente.

Segun los indígenas, su ocupacion favorita durante el dia es hacer dar vueltas al sol con el dedo.

Los coradjis cuentan tambien, como una cosa cierta, que en los primeros dias del mundo, la luna, que era una hermosísima mujer, vivia feliz en medio de las selvas de su continente.

El jefe de una poderosa tribu del Nord-este, me mostró una vez en su territorio, una gran caverna sombría y sin salida, en la que se escuchaba en ciertas épocas ruidos subterráneos, y á la que los indígenas se acercaban temblando.

Segun me indicaron, en aquella cueva era donde vivia en otro tiempo la luna.

La série de aventuras escandalosas con los *hijos del sol*, que dieron causa á que la luna fuese arrojada de la tierra, elevada en el espacio y condenada á vivir en la noche; la explicacion de por qué las estrellas, gotas de cristal puro, son las lágrimas de pesar que vierte la luna en las largas horas de su viudez y de su aislamiento,



formarian una odisea celeste muy larga de contar.

En efecto, cuando los coradjis por la noche en torno de las fogatas nocturnas me contaban con lenguaje cadencioso, á la manera de los antiguos Rápsodas, la historia de los planetas y de las divinidades invisibles, jamás se me ocurrió contradecirles ni manifestarles que lo que me contaban como verdades incontestables, no eran más que fábulas, hijas de la mentira y de la ignorancia.

Aquellas ficciones, aquellas revelaciones nuevas, me parecían por el contrario tan bien interpretadas, que las escuchaba con verdadero placer.

Los indígenas de la Nueva-Holanda creen también en la trasmutación del cuerpo; esto es, están convencidos de que vuelven á la vida, y se pasean por los senderos de sus hermosos valles, sin otra alteración que el cambio de color. Han muerto negros, y al revivir son blancos como los europeos.

Tan cierto es esto, que á mí mismo me tomaron por un indígena resucitado, por un miembro de la gran tribu de los Don-Darups, de los que habitaban cerca de los manantiales del Ko-ro-ro.

Cuando ménos pude imaginármelo, hallé en el seno de aquella tribu un padre, una madre,



una hermana, dos hermanos, cinco mujeres y tres hijos.

Paréceme que la relacion de esta aventura ofrecerá al lector algun interés.

Vamos, pues, á trasladarnos á la hermosa region que amenizan las cascadas del Ko-ro-ro, donde este hermoso rio recorre con su azulada cinta y sus alegres ondas la amena pradera.

---







---

## CAPITULO XVII

---

Los Don-Darups.—Una cabaña mortuoria.—Tocado de los indígenas.—Encuentro de dos tribus.—Aventura extraordinaria en la que yo fui protagonista.

Poco tiempo despues de la muerte de Múlligo, Wollogong y Koawur, de retorno de su expedicion vengadora contra los boyl-yas de la tribu de los Cisnes, me indicaron que hácia el Norte, y á pocos dias de distancia del kraos en que habitamos, habia una gran familia indígena, los Don-Darups, en cuyo territorio jamás se habia presentado hasta entónces ningun hombre blanco.

Koawur y Wollogong, los dos jóvenes, ardientes y apasionados por los viajes, se ofrecieron á acompañarme, jurando por Moo-to-Ony que aquella excursion seria agradabilísima, y asegurándome, para excitar mi curiosidad, que las mujeres Don-Darups gozaban fama de ser



los más bellos tipos, las perlas negras más finas del país.

Me manifestaron que los Don-Darups sostenían excelentes relaciones con los nagarnooks, y que no corríamos peligro ninguno.

Acepté la oferta de los dos amigos, y una mañana antes de amanecer, me puse en camino con ellos, muy contento de la ocasión que se me presentaba de visitar una tribu virgen todavía de todo contacto con los europeos.

Nuestro viaje fué sumamente ameno. Cazamos y pescamos, dormimos en los bosques, y todo marchaba á las mil maravillas, hasta que el quinto día por la mañana, Wollogong que iba delante, lanzó un kho-ho, gritó de asombro y dolor á un tiempo que me dejó parado.

Solo en los casos graves lanzan los indígenas semejante exclamacion.

Koawur corrió á su encuentro y repitió el mismo grito.

Yo le seguí y los encontré echándose los cabellos hácia atrás en señal de dolor. Su fisonomía tenía todas las apariencias de una profunda tristeza.

—¿Qué es lo que pasa?—pregunté.

—Que un jefe de nuestra tribu ha sido asesinado aquí mismo,—me respondió Koawur.

—La venganza ha seguido al asesinato,—añadió Wollogong.



—¿En donde hallais esos indicios?—pregunté yo.

Los dos me empujaron súbitamente hácia adelante, y descubrí una cabaña mortuoria construida á la manera indígena.

—A fin,—me dijo Koawur,—de proteger de la lluvia y de las tempestades al que duerme en ella un tranquilo sueño.

La tumba que encerraba esta cabaña estaba completamente cubierta de ocre rojo, y tres hermosos gomeros blancos que habia enfrente, tenían la corteza rayada. Las ramas formaban círculo, y en cada una de ellas habia la imágen de una araña.

Estos geroglíficos dicen á quienes saben interpretarlos, que tres existencias humanas habian sido sacrificadas para vengar la muerte del jefe que allí yacia.

Despues de tributar los homenajes acostumbrados á la sepultura, Wollogong, dijo:

—Abandonemos este paraje fúnebre, terreno de boyl-yas y prosigamos nuestro camino.

Así lo hicimos, y al amanecer nos encontramos en el centro de una vasta llanura.

Al dia siguiente, sexto de nuestro viaje, llegamos al territorio de los Don-Darups, y mis dos compañeros se detuvieron, manifestándome que necesitaban lo ménos una hora para adornarse el pecho, pintarrajearse la cara y ponerse



en situacion de ser dignos por su elegancia y belleza de las encantadoras miradas, que no tardarian en fijarse en ellos.

Me senté y presencié su tocado.

Terminada la operacion se dirigieron á una colina para explorar el campo y yo me quedé solo.

Un verdadero Don-Darup que estaba cerca de donde yo me hallaba, apenas me vió, echó á correr con toda su fuerza. Otros tres compañeros suyos completamente desnudos, que se hallaban á alguna distancia suya, siguieron su ejemplo.

Vollogong se enteró de lo que pasaba, y comenzó á gritarles que yo pertenecia al pueblo blanco, y que habia llegado para visitarles y hacerles regalos. Así mismo les dijo que era un gran jefe, pero ni por esas, los indígenas corrian á todo correr.

Koawur los apostrofó con energía:

—¿Qué hombres son esos,—exclamó,—que huyen así? ¿A qué tímida raza pertenecen? ¿Desde cuándo los Don-Darups vuelven la espalda á los extranjeros?

Uno de los que corrian se detuvo al oírle, llamó á sus compañeros, les habló y se reunieron con él.

Cuando dos bandos indígenas se encuentran por casualidad en medio de un bosque y se reconocen como amigos, se detienen á veinte pasos



de distancia los unos de los otros, se sientan sobre la yerba y guardan un profundo silencio, teniendo los ojos inclinados hácia el suelo.

Despues de algunos instantes de recogimiento, uno de los indígenas entona un canto en el cual refiere los méritos de su tribu, sus heróicos hechos personales y su origen ilustre.

El jefe del bando opuesto le responde, y entonces se levantan todos y se acercan.

Si por casualidad tienen que comunicarse el fallecimiento de alguno de ellos, antes de pronunciar ninguna palabra, se dan el saludo fúnebre, es decir, juntan pecho con pecho y permanecen de esta manera, mirando hácia el cielo como sumidos en pensamientos de dolor.

Una conversacion viva y general sigue á estos preliminares obligatorios de toda entrevista.

Satisfechas todas estas formalidades, fuí al encuentro del que se hallaba enfrente de mí y estreché cordialmente sus manos.

Esta galantería europea no le agradó mucho, pero cuando me oyó hablar su idioma, se tranquilizó.

Entre los otros tres Don-Darups habia un anciano que no quiso permitirme que me aproximara á él.

Me miraba lleno de espanto, y su boca, su mirada, la rigidez de su cuerpo, me recordaron involuntariamente al gran trágico Cárlos Kean



en el papel de Macbeth cuando al ir á sentarse á la mesa veia el espectro de Banquo, invisible para todos los que estaban con él.

Mi traje de dril, mi rostro blanco, mi gran sombrero, todos estos objetos y hasta la expresion de mi fisonomía, que producía curiosidad y asombro en sus compañeros, en el anciano no causaba el mismo efecto.

Parecía no ver nada, no oír nada y no respondía á ninguna pregunta.

Muy bien dispuestos en nuestro favor los Dondarups, nos propusieron guiarnos á un valle próximo, lleno de grandes árboles y de arroyuelos corrientes.

Aceptada su oferta, íbamos á ponernos en marcha, cuando el anciano que me habia mirado con una atencion tan profunda, pareció salir de su admiracion, murmuró algunas palabras incoherentes, se dió con las dos manos en los muslos, y partió á escape en direccion á una larga cadena de colinas que como un inmenso biombo se levantaba á nuestra derecha y cerraba el horizonte.

—Birro-ba,—nos dijeron los otros indígenas,—va al kraos á anunciar vuestra llegada.

Aquellas palabras nos indicaron que detrás de la colina acampaba toda la tribu.

Wollogong y Koawur hubieran querido seguir al anciano, pero se contuvieron, y conti-



nuando conmigo y los Don-Darups, llegamos á la orilla de un ancho rio brillante como un espejo.

Era el Ko-ro-ro.

En un instante me fabricaron los Don-Darups una cabaña y una cama.

Su prontitud, su destreza, y la rapidez con que comprendieron á la menor señal todos mis deseos, me hicieron desde luego descubrir en ellos una notable inteligencia.

Nos disponíamos á encender el fuego para asar dos magníficos cisnes que Koawur acababa de matar, cuando oímos gritos que parecían partir de la cima de las colinas.

---







---

## CAPITULO XVIII

---

De cómo y por qué me encontré con toda una familia desconocida para mí.

Las mujeres que lanzaban aquellos gritos inundando el paraje que habíamos escogido, interrogaban al valle, al río y á la llanura suplicándoles que les dijeran dónde estábamos.

Los Don-Darups, que estaban con nosotros, aunque sorprendidos por aquellas voces y por aquella prisa que tenían sus compatriotas de venir á vernos, se apresuraron á responder y no tardé en presenciar una escena muy curiosa.

Una procesion formada por una docena de mujeres, en la que dos de las que iban delante, una jóven y otra vieja llevaban el mando, se presentó á nosotros en las últimas gradas de la colina.

Aquellas mujeres con los cabellos sueltos hasta la cintura, avanzaron lentamente hácia mí,



y como obedeciendo á una órden, formaron un círculo en torno mio.

La más anciana, la que guiaba á las demás, se acercó, y colocándome las dos manos sobre los hombros, se puso á mirarme con la mayor atención, lo mismo que si hubiéramos estado en una feria y hubiera tratado de comprarme.

Despues de algunos segundos de este exámen, y despues de mover la cabeza en señal de asentimiento, se dirigió á las demás que la acompañaban, y exclamó;

—*Gwa, gwa, bundo-bal, Yee-Bar*,—que queria decir: es él, es él, es Yee-Bar.

Y las demás en coro repitieron sus palabras.

La anciana me tendió sus brazos, colocó su frente sobre mi pecho y comenzó á sollozar.

Aunque no comprendia ni la causa de aquellas lágrimas ni el motivo de aquella desesperacion, la pobre vieja mostraba tal seguridad, abrigaba tanta confianza, me parecia tan feliz al prodigarme aquellas muestras de cariño, que francamente me dejé querer.

Durante toda esta escena, la otra mujer, la jóven, que podria tener entonces quince años, rubia como Kaola, se abrazó á mis piernas y las estrechó con los brazos, pero no pronunció una sola palabra.

Yo ponía en prensa toda mi imaginacion para adivinar el motivo de aquel dolor y cuál



podria ser el sentido misterioso de las palabras «él es, él es, es Yee-Bar».

Al fin y al cabo, la anciana, animada por mi silencio, me dió un beso en cada megilla, y lanzando nuevos suspiros me descubrió toda la verdad.

Ella me dijo que yo era Yee-Bar, su hijo mayor, muerto un mes antes de resultas de un lanzazo; la jóven que permanecia á mis piés era mi hermana y se llamaba A-Ella.

Identificada mi persona, levanté á mi hermana, imprimí en su frente un ósculo fraternal, y me esforcé en dar á comprender á toda aquella gente afligida, que puesto que yo era Yee-Bar y estaba allí vivo, era inútil gemir más, antes bien debian todos mostrarse muy contentos y saludar con cánticos mi resurreccion.

Mi proposicion fué aceptada y la tristeza desapareció por completo.

A partir de aquel momento, mi nueva madre reveló una alegría tan viva y tan tierna por mi regreso al seno de la familia, que hubiera dado celos á mi verdadera madre, si con la existencia de una vara mágica le hubiera sido posible verme de cerca en aquel momento.

Mis dos hermanos y mi padre, el anciano que tal asombro habia manifestado al verme, se aproximaron á su vez, me abrazaron al estilo del pais, esto es, pasando el brazo alrededor



de mi cintura, colocando su rodilla derecha sobre mi rodilla derecha, me apretaron con fuerza, y me tuvieron así durante un minuto, exclamando:

—*Banella, Yee-Bar, banella*,—es decir: salud, Yee-Bar, salud.

En todo el tiempo que duraron estas ceremonias, me fué preciso conservar una actitud grave y triste.

Mirando como con cierta inquietud en torno mio para ver si me amenazaban aun algunos otros abrazos, mi madre me llamó aparte y me anunció que mis cinco mujeres, pues en su opinion ellas eran las que yo buscaba, estaban ausentes; que habian ido para consolarse de mi muerte, á hacer visitas á una trébu vecina; pero que muy pronto estarian de vuelta.

En cuanto á mis tres hijos, me ofreció que al dia siguiente por la mañana los veria.

Esta firme creencia que tienen los naturales de la Australia de que cuando mueren vuelven al mundo bajo la forma de hombres blancos, es una de las creencias más corrientes, uno de los errores más arraigados en su espíritu, y esto se explica hasta cierto punto.

No teniendo la menor idea de que existen otros pueblos en la superficie de la tierra, privados de medios para atravesar el mar, ignorantes de la configuracion del globo, del uso y



de la existencia de los navíos, no habiendo experimentado nunca el más pequeño deseo de abandonar sus selvas, el universo termina para ellos donde termina su horizonte.

Estos desdichados salvajes se hallan forzosamente, pues, obligados á atribuir á causas ocultas los hechos que sus ojos ven, pero que su falta absoluta de conocimientos náuticos les impide comprender.

Los blancos no pueden ser para ellos más que negros resucitados que vienen pálidos del país de los muertos.

El color blanco y lívido de la luna, es el que toman los rostros de los hombres que pasan por la tumba.

Las carabinas, los rewolvers que lanzan rayos, los blancos cuchillos que brillan y matan, son las armas de las tribus nuevas que Balonga (la muerte), les ha hecho conocer y visitar.

Su fe crédula acepta todas estas hipótesis enseñadas y predicadas por los coradjis.

El origen de esta creencia es muy divertido.

Cuando los ingleses en 1787, tomaron posesion de la Nueva-Holanda, no les pareció útil, al principio, más que para servir de lugar de deportacion á los criminales de su país.

Como consecuencia de esto, el 20 de Enero, el comodoro *Felipe* entró en la rada de Botany-Bay con una pequeña escuadra, llevando á bor-



do mil veintisiete personas, entre las cuales figuraban setecientos cincuenta y siete deportados; quinientos noventa y cinco hombres y ciento sesenta y dos mujeres.

Apenas se hallaron en tierra los deportados, se entregaron á sus vicios y pasiones, y los robos, los asesinatos y los actos más bárbaros fueron su pan cotidiano.

Los castigos más severos, la muerte bajo todas sus formas, no bastaron para contener el mal.

Los criminales no tardaron en apartarse de los parajes que les habian señalado para vivir, llegando á ser en breve el terror de los colonos y hasta de los mismos indígenas.

Fué necesario enviar fuerzas para contenerlos, y hubo una verdadera carnicería.

Muchos fueron fusilados, otros arrojados al mar, y otros colgados de los mástiles de los navíos.

Los deportados que pudieron sustraerse de aquella persecucion, se internaron en lo más profundo de los bosques y cambiaron de táctica.

Muchos de ellos, para no ser conocidos, se pintaron de negro todo el cuerpo y se pintarrajearon como los guerreros indígenas; otros recorrian las selvas desnudos, sin más abrigo que una piel de kángaro.

Entonces aquellos criminales errantes y perseguidos, idearon para vivir con seguridad en



medio de los aborígenas, pasar entre ellos por individuos de sus tribus, y hacerles creer que eran sus ascendientes sepultados por ellos, pero vueltos á la vida bajo la forma y el color de hombres europeos por medio de una composicion química y misteriosa, análoga á la de crisálida y la de la mariposa.

Esta engañadora version produjo un gran efecto en los indígenas, la creyeron á puño cerrado, se comunicaron unos á otros los descubrimientos, y como tenia algo de maravilloso, adquirió entre ellos carta de naturaleza.

---







---

## CAPITULO XIX

---

### Mi ingratitud.

Por circunstancia enunciada en el capítulo anterior, me encontré yo cuando ménos lo pensaba con toda una familia, y á decir verdad, no se me ocurrió decir á mi madre Birro-Ba que estaba equivocada.

Sus atenciones delicadas, sus lágrimas sinceras, sus caricias, sus miradas de afecto, me convencieron de que creia sin duda ninguna que yo era su hijo, y puesto que el error causaba su alegría y aseguraba mi tranquilidad, la dejé permanecer en él.

En la orilla del rio Ko-ro-ro se organizaron bailes, y mis dos amigos, Wollogong y Koawur, en el colmo del delirio, picados por la tarántula australiana, se entregaron á dar saltos y



brincos desordenados para indicar de esta manera su satisfaccion.

Al dia siguiente, apenas me levanté y salí á la puerta de mi cabaña, hallé á mi madre y la hermana y á otras mujeres.

Formando un grupo á corta distancia, las mujeres aquellas parecian emplear todos sus recursos para detener á tres niños, que procuraban escaparse. Desde luego adiviné que aquellos eran mis hijos.

Quisieron conducirlos á mi lado, pero los tres muchachos, poseidos de un terror espantoso á mi vista, se arrastraban por el suelo.

Me acerqué á ellos, me apoderé del más pequeño, y recibí de aquel hijo desnaturalizado una multitud de patadas en el vientre y algunos arañazos, uno de los cuales estuvo á punto de sacarme el ojo derecho.

Me apresuré á dejar en el suelo al pobre angelito, cogí en brazos á otro que parecia ménos feroz, y logré á fuerza de caricias, calmar su miedo.

Al cabo de algunos instantes, aquella vez en señal de cariño, el pobrecito empezó á tirarme de los bigotes, y nos hicimos los mejores amigos del mundo. Viendo esto los demás, corrieron á mí, se abrazaron á mis piernas, y estuvieron á punto de dejarme caer al suelo dos ó tres veces.



El anuncio de mi resurreccion habia corrido de cabaña en cabaña, y á cosa del medio dia, más de sesenta Don-Dorups entre hombres y mujeres, vinieron á felicitarme y á darme la bien venida.

Todos me rodearon, me hablaron á la vez, me observaban y me tocaban para convencerse de que era yo.

Uno me media los hombros, otro contaba los dedos de mis manos, otro me examinaba el pecho, y otro, por último, buscaba la cicatriz de la herida que me habia dado la muerte.

Aquel exámen terminó con un refrigerio y una danza.

Mi padre Nirro-Ba, que era uno de los jefes del kraos, salió á nuestro encuentro con la cabeza ornada con una ancha diadema de corteza de árbol, adornada con plumas.

Durante todo el dia no hubo más que danzas y cantos, y al dia siguiente tuvieron lugar grandes cacerías.

Despues de algunos dias de dedicarnos á estas tareas, volvimos al kraos en donde durante todo aquel tiempo no me faltaron las muestras de cariño de los individuos de mi improvisada familia.

Los chicos de la trību, y mis hijos los primeros, me seguian como bandada de monos, y era raro encontrarme sin tener dos ó tres liados



á las piernas y alguno subido en mis hombros.

Llegó, sin embargo, el momento de partir, y verdaderamente esto era lo más delicado. ¿Cómo me alejaba yo de mi familia?

Pero de todos modos, necesitaba reunirme á mis compañeros. Los conocia lo bastante para saber que si tardaba en volver á la hacienda de los Cinco manantiales, me expondria á perderlos para siempre.

A juzgar por el lenguaje de mi pobre madre, abrigaba el presentimiento de que me habia de separar de ella. Sin embargo, creí encontrar un excelente pretexto para abandonar aquella gente sin despertar sospechas.

Las razas primitivas, bañadas en los rayos del sol, gustan, como todo el mundo sabe, de las telas brillantes, de los objetos que resplandecen, de los aceros pulimentados, de las cintas de colores.

Al abandonar la tribu en donde habitaba para ir á visitar á los Don-Darups, metí en mi saco de viaje un collar de vidrios y una pieza de cinta encarnada, resto de la pacotilla que habia sacado de casa de Mac-Kloven, ocho meses antes para emprender mi conquista de los nagar-nooks.

El primer dia de mi estancia en el seno de mi improvisada familia, dí á mi madre Birroba el collar, mi padre recibió con alegría una



navaja que yo habia comprado en Melbourne, y regalé á mi hermana A-Ela el espejo que me servia para asearme.

Le llevaba pendido del cuello como medallon, y no permitia á sus amigas que se mirasen en él, sin pagar un tributo cualquiera, como una pluma de águila, una bola de ocre rojo, una banda de corteza de árbol ó cualquier otro objeto.

No crean los lectores, sin embargo, que las australianas ignoran que existen los espejos.

La coquetería es una hermosa flor que nace y se desarrolla naturalmente en el corazon de la mujer, y desde la opulenta luna de Venecia, hasta el agua sombría de un pantano, le sirven para contemplar su imágen.

Las mujeres de la Nueva-Holanda poseen, pues, espejos en los que se miran para adornarse cuando llega la hora de las danzas.

Estos espejos que son de los más sencillos, se componen de un ancho tronco de bambú cortado por un nudo, y en el fondo del cual, bajo un poco de agua, fijan una hoja de yo-kama.

Cuando esta hoja espesa, de un negro brillante y metálico, se halla colocada bajo el agua, refleja la luz de una manera viva y abundante, de modo que reproduce cuantas imágenes se fijan en ella.

Tambien regalé á mi hermana una buena



porcion de cintas, y el resto lo reparti en la tribu para que se adornaran las mujeres con ella la frente, el cuello y los puños.

La desdichada cinta se me habia acabado, y como eran muchos los que solicitaban ser agasajados con aquel regalo, pensé que haria bien en aprovecharme de aquel deseo para alejarme.

Una noche, en una reunion solemne, anuncié que iba á ausentarme por algunos dias, para volver al país maravilloso en donde crecian las perlas blancas, las navajas, los espejos y las cintas encarnadas, á fin de volver á la tribu con las manos llenas de aquellos objetos.

Al oir mis palabras Birro-Ba, lanzó grandes gemidos, negándome su permiso para emprender aquel viaje.

Al mismo tiempo, ocho ó diez mujeres de las que estaban presentes se brindaron á acompañarme, pero sus maridos se opusieron; esta fué mi fortuna.

De todas maneras se armó un tumulto espantoso.

Sin embargo, dos dias despues, sabiendo de una manera cierta que mis cinco mujeres llegaban á marchas forzadas al kraos en donde yo habitaba, resolví á toda costa no esperarlas, y organicé para el dia siguiente una cacería con el objeto de buscar un medio de llevar á cabo mi propósito.



Hice á Koawur una seña para que me siguiera, ordené á Wollogong que fuese muy despacio á anunciar al kraos mi partida, y perdiéndonos en el bosque, nos dirijimos hácia el Sur á buscar el pais de los nagarnooks.

Cosa extraña: durante los cuatro dias que pasamos en el bosque, fué mi constante compañera la tristeza.

Verdaderamente sentia haberme visto obligado á abandonar á mi excelente madre y á mi rubia hermana A-Ela.

Además pagaba tantas bondades con la más negra ingratitud y sentia el remordimiento.

---







---

## CAPITULO XX

---

Ultimos episodios de mi peregrinacion por la  
Australia.

El quinto dia por la mañana nos alcanzó Wollogong, y la relacion que me hizo de los gritos y de la desesperacion de mi anciana madre, me quitó el sueño durante dos noches consecutivas.

Al llegar aquí tengo imprescindiblemente que poner término á mi tarea. ¿Qué podria añadir á lo que ya he dicho?

Abandoné á los nagarnooks valiéndome tambien de la astucia, para que me dejaran partir, y confieso que los abandoné con pena.

Escotado durante todo el dia por unos cuantos individuos de la tribu, los más atrevidos, no me abandonaron hasta que al hallarnos próxi-



mos de los límites de la hacienda de Mac-Kloven, se oyeron los ladridos furiosos de los grandes perros ingleses.

En el momento en que llegué á la casa de la hacienda de los Cinco manantiales, mi inculta barba, mis largos cabellos, un color de aceituna, mi traje roto, me daban toda la apariencia de un salvaje disfrazado. Así fué que el primer inglés que me apercibió echó á correr y se apoderó de su fusil.

Los perros que estaban en su sitio, querian romper sus cadenas, y ladraban como si yo hubiera sido un lobo.

Al oír todo este ruido el mismo Mac-Kloven salió á mi encuentro.

Me dí á conocer, y con un gesto calmé toda la alarma, invitándome á que le siguiera al interior de su casa.

No sabré describir la emocion que experimenté al oír algunas frases de buena educacion, y al verme sentado á una mesa, sobre una silla, teniendo delante de mí un vaso de cristal, una botella de Oporto, una copa de rom, frutas secas y una caja de carton dorada llena de bizcochos y de almendras procedentes de Lóndres.

Figúrense los lectores si haria los honores á aquel banquete el que despues de nueve meses no bebia más que agua en el hueco de



las conchas y no comia más que como los indígenas. Me figuré estar en el Olimpo.

Al final de la comida y entre el humo de los cigarros, Mac-Kloven me anunció que mis amigos hacia dos meses que habian pasado por su casa de vuelta de las llanuras explotadas de Mongagap, deteniéndose allí ocho dias para descansar.

Hablamos largamente de mis escursiones, me dió las gracias por los servicios que habia prestado á los colonos de la provincia, y levantándose, pasó á un cuarto próximo, abrió un cofre de hierro y sacó de él dos paquetes sellados en los que estaba escrito mi nombre.

En uno de ellos habia una carta de Mac, el otro contenia diez libras de polvo de oro.

En su carta me manifestaba Mac que sus investigaciones auríferas del Funny-Mount habian sido muy fructuosas, y que la suma total recogida por los irlandeses y los mejicanos, ascendia á la suma de doscientos mil francos.

En una posdata añadia, que cuando tuviese á bien volver á un pais civilizado, me fuese á Melbourne, preguntase por Mrs. Wargraff y compañía, banqueros de Mac-Klowen, los que me darian nuevas noticias de ellos y me entregarían nuevas cantidades.

Maravillado de la excelente conducta de mis amigos, dí un recibo á Mac-Kloven.



Le pedí permiso para visitar sus almacenes y vestirme en ellos de piés á cabeza, me mandé cortar los cabellos, y completamente desfigurado, por lo que pudiera suceder, me fuí á descansar.

Dos dias despues, gracias á las disposiciones benévolas de Mac-Kloven, que me dió un guia seguro é hizo que me acompañáran á caballo tres criados suyos, abandoné la hacienda de los Cinco manantiales y me dirigí á Guildford.

Un mes despues llegué á Melbourne.

Los amigos á quienes buscaba se habian marchado.

El banquero á quien fuí á ver, me entregó una carta que habia recibido el dia anterior.

En ella, escrita por Mac, mis amigos me anunciaban que habian abandonado á Sandy-Creek, donde habian permanecido un mes, para dirigirse á Torran-Gower, minas nuevas que se ponderaban mucho.

Esta carta me alegró en extremo, porque como Melbourne y todos los ricos *placeros* de la Australia se hallan en comunicacion constante los unos con los otros, tenía la seguridad de poder dirigirme á Torran en un breve plazo.

Me dediqué, pues, á buscar una ocasion, y favorecido por la suerte, encontré en la mesa redonda de un gran hotel, un jóven inglés, sumamente elegante, amable, pero severo, cuyo ros-



tro, desde la raíz de los cabellos hasta la punta de la barba, estaba teñido de un hermoso color amarillo.

Como mi color era de aceituna, experimentamos el uno por el otro una viva simpatía.

Apenas cambiamos un apretón de manos, me obsequió con una botella de chiraz. Yo le hice beber champagne.

Después de contarnos á la ligera nuestra historia, le manifesté que deseaba dirigirme á Torran-Gower.

—¿Está Torran en Maryborouyh?—me preguntó.

—Precisamente.

—Es extraño.

—¿Qué quereis decir?

—Que yo tambien voy á Torran.

—¿Cuándo?

—Dentro de dos dias.

—¿Puedo acompañaros?

—Con mucho gusto.

—Entónces es cosa convenida.

—No hay más que hablar.

—Bravo. ¿Y en dónde emprenderemos el viaje?

—En un sólido dray, carro forrado de hierro y tirado por dos caballos.

—¿Y quién le vá á conducir?

—Yo mismo.



—¿Conoceis el camino?

—El camino, los manantiales y los sitios de descanso. La selva es mi familia. Desde hace dos meses el viaje que vamos á emprender á Torran, será el cuarto que llevo á cabo.

Sin duda notó que yo le miraba como queriendo adivinar qué era lo que iba á hacer con tantos viajes á Torran.

—¡Hola, hola! ¿Os preocupan mis cuatro viajes?

—No lo creais.

—Sin embargo, oid. Salvo mi ccche, mis caballos y un negro para cuidarlos, que me pertenece, no poseo nada en el mundo. A pesar de esto, gasto de veinticinco á treinta mil francos al año. ¿Cómo creeis que los gano?—preguntó.

La pregunta era delicada y vacilé en responder.

—No os molesteis, —me dijo;—no lo adivinareis nunca. Soy carretero.

—¿Carretero?

—Sí, common-drayman ó waggoner (1).

---

(1) Los draymans ó wagones en la Nueva-Holanda, son como atrevidos postillones, que solos trasportan desde Melbourne á las principales minas de oro á través de las selvas, mercancías y provisiones.



No lo hubiera creído si no me lo hubiera dicho.

—¡Conque carretero!—repetí.

—Sí señor. Durante una temporada carretero, la otra un hombre de mundo, un derrochador.

Entonces me contó que habia sido oficial de cipayos, en Madras; que estuvo enfermo y abandonó aquel país para dirigirse á Bengala, donde la pureza de la temperatura y su constante vida en los bosques, habian aliviado su enfermedad que era hipocondría, gozando una completa salud.

Dos dias despues emprendimos la marcha.

El cargamento que llevaba, era considerable.

Consistia en armas europeas, vinos, espíritus y comestibles.

El producto que John Arthur sacaba de cada uno de sus viajes unido á las lanas, al oro, al lienzo, lanzas y utensilios indígenas que compraba y que revendia en Melbourne, le daban cada mes de dos á tres mil francos.

Llegamos por fin á Torran en medio de la multitud de mineros allí reunidos, y me fué difícil encontrar á mis camaradas Ben, Smith, Mac y O'Brian.

Al cabo de algunos dias logré por fin encontrarlos delante de las cabañas que habita-



ban, entregados, al parecer, á una fuerte discusion.

Llegué muy á tiempo, puesto que mis amigos se habian convencido de que aquellos terrenos no les ofrecian ventajosos resultados.

Por estas razones, al dia siguiente resolvimos marchar á la opulenta tierra de Bendigo, en donde nos aguardaban nuevos triunfos y nuevos reveses.

Pero no he dicho al lector qué habia pasado á mis amigos, y voy á referírsele.

Los irlandeses, que habian recibido como parte de su beneficio en la explotacion del Funny-Mount, la suma de sesenta mil francos, no pudieron resistir al deseo de volver á su querida Irlanda. Al llegar á Melbourne tomaron pasaje en uno de los magníficos navios de la compañía de Blascks-Cokls, y con su oro bien empaquetado y oculto, y con su traje completamente deteriorado para evitar todo género de sospechas, tornaron á su pais.

A los mejicanos les habian tocado en el reparto cincuenta mil francos. Colocaron el dinero en el Banco, y se disponian á emprender una nueva campaña aurífera, cuando dos dias antes del señalado para su partida, hallándose en una casa de juego, se pusieron á jugar, y la suerte les favoreció de tal manera que entraron en la casa con unas veinte libras, y salieron de ella des-



pues de una lucha encarnizada, con más de cinco mil ó sean ciento veinte mil francos.

Esta fortuna fulminante é inesperada, cambió sus propósitos, renunciaron á manejar el pico, y satisfechos de lo que poseían, decidieron volver á su pátria.

---







---

---

## CAPITULO ÚLTIMO.

---

Como complemento de las observaciones y descripciones apuntadas por el viajero á quien los lectores acaban de ver en escena, vamos á reseñar algunas otras curiosidades de las muchas que encierra la Australia.

Entre los vampiros dignos de atencion y no citados, hay uno llamado *zorra volante*, se alimenta con pájaros que sorprende en sus nidos.

Este cheiróptero es de un aspecto tan repugnante, que un marinero de los que acompañaron al capitan Cook, en una de sus expediciones á la Australia, vió uno de ellos en la selva y huyó despavorido asegurando que se le habia presentado el mismísimo diablo.

Suelen esconderse en grandes bandadas en lo



más sombrío de los bosques y permanecen sorprendidos en las ramas de los eucalictos.

La Australia carece de pájaros cantores, pero en cambio no hay otro país que pueda competir con ella en la belleza, inteligencia y singularidad de los tipos de su fauna ornitológica.

¿Dónde encontrar loros más espléndidos, con formas más esbeltas y elegantes, con colores más vivos, con plumajes donde estén combinados con más arte la púrpura y el azul.

¿Qué latitud, qué zona, qué rincón ardoroso ó templado de nuestro planeta ha producido semejante conjunto de pájaros más habladores, más excéntricos y más divertidos?

Uno por ejemplo, el *loghin jackass*, ó *wr-raca risueña*, llamada vulgarmente reloj de los colonos, anuncia de una manera muy cómica las horas en que amanece y en que anochece.

Balanceándose sobre la rama más elevada de un pino ó de un cedro rojo, inmóvil y atenta mirando hácia el Oriente, espera con una especie de recogimiento fanático que la primera llama del sol muestre su rojizo color en el horizonte. Apenas la descubre, bate las alas y se entrega á una orgía de gritos disonantes con los que anuncia la salida del sol.

Por la noche hace la misma operacion, con la diferencia de que se coloca en el árbol mirando hácia el Oriente.



Y dias tras dias, semanas tras semanas, meses tras meses, esta urraca cronómetro canta con el mismo timbre las alboradas y los crepúsculos.

Es blanca y tiene la cabeza negra.

Su alimento lo constituyen reptiles y moluscos.

Su volúmen es el de los cuervos más grandes.

Lo que no sabemos es por qué la llaman risueña. Sus gritos, en vez de parecerse á los de la risa, imitan los esfuerzos violentos y convulsivos de una persona que, al comer pescado, se traga una espina y pugna por arrojarla.

La urraca no ríe, pero hace reír.

De aquí quizás el origen de su nombre.

No faltan pájaros que hagan con la luna lo que hace con el sol la urraca risueña.

Entre ellos figura el *bohi-bohi*, cuyo canto es insípido y monótono como el tic tac de la péndola de un reloj.

Este pájaro anuncia también los dias más calorosos del año.

El *ya-goonya*, pájaro diablo, pájaro de la estación fría y mala, anuncia mejor que un barómetro las lluvias y las inundaciones.

De las demás aves grotescas ya ha hablado el viajero.

Digamos algo más de los pescados.



La *nineka* ó anguila de cristal, es de lo más curioso que puede darse.

Mide ochenta centímetros de largo, y quince de ancho en la parte más voluminosa de su abdomen.

Su cabeza es sumamente pequeña.

Su cola se abre al final como las de los besugos.

Su transparencia es tal, que si se la colocase encima de un libro, podría leerse á través de su cuerpo.

Estas anguilas carecen de intestinos, de bronquios y de órganos pulmonares.

El *naga* es un animal acuático, que pesa de cuatro á cinco kilogramos.

Tiene un hocico semejante al de los perros dogos, adornado con un bigote largo y caído como el que usan los habitantes del Mogol.

Su cuerpo está cubierto de pelos blancos, largos y finos.

Vamos á reproducir un episodio relativo á una ballena, que cuenta un viajero.

»Hallándome en el país de los nagotacks, en una aldea ó kraos próxima al mar, dice, me despertaron una mañana los indígenas con un infernal griterío. Durante los tres días anteriores habíamos vivido en un continuo temporal, y declaro que nunca he visto más enfurecidas las olas del Océano que en aquella ocasión.



»La mañana á que me refiero se despejó la atmósfera, y los primeros rayos del sol esmaltaban las aguas é iluminaban los montes y los valles.

»El mar parecia un lago.

»Al oír el ruido de los nagotacks abandoné mi cabaña, y antes de llegar á la orilla, ví sobre la arena una colosal ballena que la tempestad habia arrojado á la playa.

»El jefe de la tribu, llamado Pupperrimbul, rodeado de sus siete mujeres, estaba ébrio de gozo y sus subordinados participaban de su regocijo.

»El regalo más sabroso, el manjar más delicado que las aguas pueden ofrecer al indígena australiano, es el cuerpo de un cetáceo.

»Que un tiburón ó un cachalote sean arrojados á la arena por muerte natural ó por efecto de heridas hechas con el arpon, y no hay elocuencia bastante para expresar la felicidad del salvaje al contemplar aquellos sesenta mil kilogramos de alimento que le regala el buen padre Océano.

»De pié, con los brazos cruzados, poseído de un éxtasis, Pupperrimbul contemplando á la ballena parecia una rata de Noruega, disponiéndose á engullirse un elefante.

»Sus súbditos, á poca distancia de él, se encontraban en idéntica actitud.



I. C. H.



»Al ver reunidos á todos los individuos de la tribu, llamó Pupperrimbul á sus dos esposas favoritas, cogió á cada una de una mano, é hizo seña á las cinco restantes para que le siguieran.

»Los indígenas le imitaron, y todos juntos, gritando y saltando, corrieron á las inmediatas colinas y encendieron hogueras con el fin de anunciar á las demás tribus el feliz hallazgo, y convidar á todos los buenos apetitos al banquete.

»Terminada esta operacion, volvieron todos á rodear al cetáceo, y Pupperrimbul, acercándose á él, le hizo varias incisiones, sacó de ellas puñados de grasa, con la grasa se frotó el cuerpo y frotó á sus mujeres favoritas, pintarrajeándose despues y pintarrajeándolas con los más brillantes colores.

»Lo mismo hicieron los indígenas, cuidando de pintar á cada mujer con un color distinto; y cogiéndose unos á otros de las manos como los niños cuando juegan al corro, comenzaron á bailar y á cantar en torno de la ballena.

»Como cada cual tenia un color; y procuraron al reunirse casar los colores, el efecto que producía su danza era en extremo original y vistoso.

»Pupperrimbul quiso que yo formara parte del corro y me costó gran trabajo disuadirle de esto y de lo que aún era peor, de que me pintase una



megilla de azul, la otra de verde, la nariz de carmesí y la frente y la barba de amarillo.

»Asegurábame que pintándome así me daba una gran prueba de consideración, pero yo temeroso de convertirme en papagayo, me libré como pude de aquel agasajo.

»Al poco rato comenzaron á llegar de todas partes indígenas y no tardaron en reunirse en la playa todos los nagotacks útiles para hincar el diente á la ballena.

»Entonces Pupperrimbul se adornó la cabeza con tres plumas de águila, cogió sus lanzas, se subió á un terrero, y en medio de la mayor atención pronunció un discurso, que se redujo á cantar la gloria de sus antepasados por haberle legado un país al que las olas tributaban de cuando en cuando manjares tan sabrosos como el que en breve iban á saborear.

»Terminado el discurso, se formó un corro infinitamente más numeroso que el primero y una danza frenética empezó en torno del mónstruo marino.

»Al cabo de una hora, subió Pupperrimbul al lomo de la ballena, hizo una señal, y hombres y mujeres, jóvenes y viejos armados con cuchillos de sílice ó con hachas, se precipitaron sobre el cetáceo y en breve tiempo le hicieron trizas, apoderándose cada cual de uno ó más trozos y sentándose á devorarlos.



»Después de comer se echaron á dormir, y por la noche renovaron las danzas y los cánticos.

»Más de diez días continuaron entregados al placer de la gula, es decir, mientras que la ballena tardó en distribuirse en sus estómagos; y cuando ya no era más que un esqueleto, todavía los más glotones recorrían el armazón y penetraban en las cavidades en busca de los fragmentos olvidados.

»La carne de la ballena fué devorada, cruda por unos, asada por otros.

»Como los cetáceos muertos pasan muchos días en el agua ántes de que las olas los arrojen á la playa, llegan putrefactos; y sucede siempre, que á la aparición de uno de estos monstruos siguen epidemias.

»Los indígenas, sin embargo, se olvidan de una vez para otra en presencia de un manjar que tan grato les es.

»El esqueleto de las ballenas queda en la playa, y el sol y el aire lo limpian y lo pulen. En seguida lo rompen los indígenas, y con los huesos fabrican armas y otros objetos de su ordinario uso.»

También es curiosa la lista de los principales vegetales que sirven de alimento á los australianos originarios.

Son estos: las dioscóreas, las tífes, plantas acuáticas de las que sacan aceite; los orchis que



contienen un mucílago abundante; los iris ó nenufars, y las setas.

En las inmensas llanuras pantanosas que rodean las Montañas Negras, cubren las setas la superficie entera del suelo en el mes de Julio, ó sea el de Febrero para nosotros.

Son de un gusto exquisito, y los indígenas y los káugaros se las disputan.

Todas las plantas que tienen semillas son muy respetadas por los indígenas, porque saben que gracias á ellas podrán recoger frutos al año siguiente.

Ademas hacen provisiones de alimentos vegetales para que no les falten en la mala estacion.

Terminaremos este apéndice, dando noticia de los *cisnes negros* y de las montañas llamadas *Alpes australianos*.

La Australia posee en sus costas considerables cadenas de montañas.

La más importante es la de los *Alpes australianos*, á la que los indígenas dan el nombre de Warra gong (cubierta de blanco), en la cual algunas cimas tienen una elevacion de 3.000 metros, y están cubiertas de nieve todo el año.

Estos picos, formados por rocas hacinadas unas encima de otras, son los puntos culminantes conocidos del continente australiano.

Rara vez visitadas por las tribus nativas, en



razon á su rigorosa temperatura, tambien son contados los europeos que se han atrevido á escalar aquellas cimas formidables; y sin embargo, tras de las rocas hay espaciosos y amenos valles, en los que la vegetacion es más rica, más robusta que en el resto del país; en los que los colores son más vivos y brillantes.

Hay además preciosas cascadas, límpidos riachuelos, flores maravillosas, y, como complemento de este cuadro, millares de pajaritos de matizado plumaje.

Sobre las mesetas inferiores de Gibbs-land ó Alpes, en la region media, hay una zona llamada por los naturales del país la *tierra de los lagos*, donde, continuamente alimentados por la nieve de las elevadas cimas, se suceden los lagos los unos á los otros.

Las aguas claras y tranquilas de aquellos azulados espejos de las montañas, continuamente surcados por legiones de aves acuáticas, presentan un aspecto pintoresco y animado.

Pero entre todas las aves que las surcan, la más bella y curiosa es el *Cisne negro*.

Estas aves vuelan y nadan con la misma maestría, y son tan abundantes, que algunos cazadores cogen con lazo en solo un dia, con la mayor facilidad, ciento ó doscientas de ellas.

La pátria del cisne blanco doméstico, que se ha generalizado y se halla hoy en toda la



superficie del globo, han sido los pantanos de la Prusia y la Polonia; la Nueva Holanda es el único país del mundo donde se encuentra el cisne negro silvestre.

Cuando comenzaron á ser exploradas las costas del Oeste, se vieron en tal abundancia estas magestuosas aves, que los exploradores dieron al mayor brazo de agua de aquella parte del continente el nombre de *rio de los Cisnes*.

Antes de 1849, es decir, antes que llegasen á la Australia los buscadores de oro, se veía al cisne negro en la superficie de los lagos y los rios.

El rio *Yarra-Yarra* (que corre de prisa), en cuyas orillas se ha levantado la ciudad de Melbourne, estaba plagado de cisnes.

Hoy es preciso, para hallarlos, remontar los rios *Murray*, *Lachlan Kindur* y *Morumbidgee*.

El *Neer-Gabby* y el *Kuivai*, rios que se hallan en los dominios de los nagarnooks, poseen aún numerosos cisnes negros.

Los indígenas los cogen con mucha destreza, arrastrándose como culebras á través de los juncos que crecen cerca de los rios, y apoderándose de ellos cuando más descuidados están.

El cisne constituye uno de sus más estimados alimentos.

Y ya que cito uno de sus más estimados manjares, diré que ciertos gusanos que viven en los



árboles y sobre todo en el arbusto llamado *balga*, son para los indígenas lo que para nosotros las anchoas, los pepinillos en vinagre y los rábanos.

Como los chicos de nuestros campos cogen y comen las moras de las zarzas, corriendo, saltando y charlando, así los australianos van de un árbol á otro, de una planta á otra planta, cogen el gusanillo que más les gusta y se lo comen con verdadera glotonería.

Ya que he hablado del *balga*, diré que sus hojas entrelazadas sirven de antorchas á los indígenas, y la luz que producen, gracias á las materias oleaginosas que contienen, es viva, igual y dura mucho tiempo.

Con las mismas hojas cubren sus cabañas en las épocas lluviosas del año, porque forman una capa completamente impermeable.

Pero el principal producto que les ofrece esta planta, es la goma-resina que les sirve para consolidar sus armas y fijar la punta de sus lanzas y el mango de sus tomahawks.

La tenacidad de esta goma preparada por las mujeres del país, sobrepuja á todas las que la ciencia y la práctica fabrican en Europa.

Las balgas son plantas herbáceas y vivaces, cuyas flores son de una forma y color preciosísimos.

Con las espigas que suceden á las flores y



que contienen un líquido muy dulce, hacen los indígenas una bebida muy agradable.

Aquí ponemos punto, creyendo haber dado una idea completa de la Australia primitiva.

La civilización va cambiando de día en día, las costumbres, los paisajes y hasta el color local de los naturales del país.

Natural y justo es que se conserve la pintura, al menos, de lo que desaparezca, y que se sepa qué fué lo que hoy va asemejándose á la Europa moderna.

FIN







---

---

# ÍNDICE

---

	Págs.
INTRODUCCION.....	5
CAP. I..... Terrenos auríferos.—Fogatas.— El poder de las carabinas.— Demanda de auxilio.—Tres desgraciados. ....	41
— II..... Historia de tres mejicanos.—Un amigo inesperado.—Un guia amable.—Un lazo.....	25
— III..... Las haciendas de las selvas.—La de los Cinco manantiales.—Un drama íntimo.—El Funny- Mount.—Robos en despoblado.	37
— IV..... Nuestros enemigos.—Episodios de un combate.—Modo de lu- char de los indígenas.—Fune- rales improvisados.—La guer- ra se generaliza.—Explicacion de los robos.—Donde resuelvo	



	Págs.
	convertirme en diplomático.— Una llave mágica..... 53
CAP. V.....	Una aldea indígena.—Aves afor- tunadas.—Traje de caza.—Las esposas de Múlligo..... 67
— VI.....	La caza del kángaro.—Conversa- ciones con las reses.—Una co- cina al aire libre.—Un banque- te.—Datos curiosos..... 75
— VII.....	La primera cacería.—El árbol que apaga la sed.—Hojas in- mortales.—Un arma fatal.— Un certámen.—Los kakatoes.— Varias aves.—Mis relaciones con un murciélago.—Espec- táculos sorprendentes..... 83
— VIII....	Los karaculs.—Filosofía de un pueblo primitivo.—La afición á los muertos.—Revelaciones de ultra-tumba.—La superstición. —Remedios peores que la en- fermedad.—Un nuevo método de refrescar á la gente.—Los wan-guls.—Los wum-jis.—Los radjis.—Los kobongs.—La gor- dura.—Idea de la belleza de la Australia..... 105
— IX.....	El calor, los mosquitos y las mos- cas.—Serpientes.—Una escena en un hoyo.—La caza de los asesinos.—El Gad-Gurrang.— La justicia entre los indígenas. 125
— X.....	Vida pacífica.—Dos episodios trágicos..... 135



CAP. XI.....	Las mujeres de la Australia.— Matrimonios infantiles.— He- rencia de carne y hueso.— Tris- te privilegio de la belleza.— Los varones.— Cortar por lo sa- no.— Un manjar inconcebi- ble.— Perros con amas de cria. —Precauciones de los casa- dos.—Una escena de comedia de magia.....	153
— XII.....	La música y la poesía entre los naturales de la Australia.....	165
— XIII...	Los bosques.—Arboles gigantes- cos.—Las lilas.—Lirios y otras flores.—El wi-waga.—Leyen- das.—De cómo se formó la Australia, según sus morado- res.—Un botánico y un curan- dero.....	179
— XIV...	El Otoño.—Actividad.—La re- colección.—La goma.—Una pe- regrinación.— Mercado.— Di- versiones.—La invasión euro- pea.....	189
— XV....	Muerte de Múlligo.—Djun-Yup y Ben-i-Youl.—Ceremonias fú- nebres.—Las sepulturas.—Ce- remonias nupciales.—Un epi- sodio trágico.—Usos y costum- bres.....e.....	197
— XVI ..	El infierno de los indígenas.— Creación del mundo.—Caver- na de la luna.—Las estrellas.— Resucitados.—Forma en que	



L. C. H.



	Págs.
se presentan cualidades físicas y morales de los indígenas....	213
CAP. XVII. . Los Don-Darups.—Una cabaña mortuoria.—Tocado de los indígenas.—Encuentro de dos tribus.—Aventura extraordinaria en la que yo fui protagonista.....	221
— XVIII. De cómo y por qué me encontré con toda una familia desconocida para mí.....	229
— XIX... Mi ingratitud.....	237
— XX.... Ultimos episodios de mi peregrinacion por la Australia.....	245
CAPITULO ÚLTIMO.....	255

FIN DEL INDICE.







URBANO MANINI, EDITOR  
 CALLE DE RECOLETOS, NÚM. 7, BARRIO DE SALAMANCA, MADRID

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

OBRAS ILUSTRADAS

	Rvn.
Abelardo y Eloisa; <i>por D. Ramon Ortega y Frias</i> .....	40
Don Quijote de la Mancha; <i>por Cervantes</i> .....	25
Cristóbal Colon ( <i>descubrimiento de las Américas</i> )....	50
Hernan Cortés ( <i>descubrimiento y conquista de Méjico</i> )	70
El País del Oro ( <i>descubrimiento y conquista del Perú</i> )	40
El Motin de Esquilache; <i>por D. M. F. y Gonzalez</i> ..	40
El Rey de Sierra-Morena; <i>por</i> ..... <i>id</i> .....	40
D. Miguelito Capa-Rota; <i>por</i> ..... <i>id</i> .....	40
Los Mártires de la Familia; <i>por</i> ..... <i>id</i> .....	40
Los Miserables; <i>por Victor Hugo</i> .....	56
Los Dramas de Paris; <i>por Ponson du Terrail</i> .....	62
Mendigos y Ladrones; <i>por D. Julio Nombela</i> .....	40
La Fiebre de Riquezas ( <i>viaje á California</i> ), <i>por id</i> ..	20
Ignacio de Loyola; <i>por</i> ..... <i>id</i> .....	40

BIBLIOTECA DE LUJO

OBRAS EN UN TOMO ENCUADERNADAS Á LA RÚSTICA

Los Farsantes; <i>por D. Manuel Fernandez y Gonzalez</i> ..	4
Los Tenorios de Hoy; <i>por</i> ..... <i>id</i> .....	4
Las Cuatro Barras de Sangre; <i>por</i> ..... <i>id</i> .....	4
La Candela de San Jaime; <i>por</i> .. .. . <i>id</i> .....	4
La Gente Cursi; <i>por D. Ramon Ortega y Frias</i> .....	4
El Naufragio de la Medusa; <i>por</i> ..... <i>id</i> .....	4
La Gente de Media-Noche; <i>por</i> ..... <i>id</i> .....	4
La Gente de Pega; <i>por</i> ..... <i>id</i> .....	4
Los Incendiarios del Alba; <i>por D. A. de San Martin</i>	4
Pompeya la ciudad desenterrada; <i>por</i> ... <i>id</i> .....	4
La Corte del Rey Bandido; <i>por</i> ..... <i>id</i> .....	4
La Virgen de Covadonga; <i>por</i> ..... <i>id</i> .....	4
El Enano de la Venta; <i>por</i> ..... <i>id</i> ... ..	4
La Ciudad del Sueño; <i>por</i> ..... <i>id</i> .....	4
Reina y Adúltera; <i>por D. Gonzalo Calvo Asensio</i> .....	4
El Puente de los Ahorcados; <i>por D. Julio Nombela</i> .. ..	4

Para recibir cualquiera de estas obras por el correo y porte franco, remitir el precio marcado en libranzas á su editor D. URBANO MANINI, calle de Recoletos, 7, Madrid.

En caso de no haber libranzas, puede remitirse en sellos, certificando la carta.



















